



GUILLERMO FERNANDEZ BENITO

**RECUERDOS
SCOUTS**

Cualquier scout debe sentir como suyos los “recuerdos” que aquí se narran, hacer propias las situaciones por las que Ramón atraviesa e identificarse con los altos ideales a los que hace gala el personaje.

Recuerdos Scouts es una pequeña obra de la Gran Hermandad Scout, porque todos, de una u otra forma, han atravesado las etapas aquí descritas y sentido el mismo ardoroso deseo del inconfundible espíritu scout.

Y los que ya son mayores, los que lucen el penacho o portan las cintas del liderazgo, también encontrarán entre los “recuerdos”, aquellas tradiciones ya casi olvidadas y que a buen seguro sabrán transportarlas al escultismo actual de los muchachos scouts de hoy.



Sobre esta edición digital

Esta edición ha sido realizada con el consentimiento del autor, quien amablemente ha autorizado además su libre distribución en formato digital.

La motivación principal de la presente edición es la de revitalizar este clásico y poder acercarlo a todas las generaciones de scouts. Habrá algunos a los que estas páginas les despierten recuerdos y habrá otros que hallen inspiración.

Ha sido un privilegio poner un granito de arena para contribuir a la pervivencia del importante legado que contienen estas páginas.

Editado por Pablo del Olmo López

Noviembre de 2023

GUILLERMO FERNÁNDEZ BENITO

RECUERDOS SCOUTS

Madrid

1979

© Guillermo Fernández Benito
ISBN: 84-300-1120-X
Depósito Legal: M-33874 - 1979
Impreso por: Copycentro Scout
Distribuye: Tienda Scout. Donados, 2. Madrid-13
Dibujo Portada: John Berry
Printed in Spain.

A Paloma, mi compañera.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Cuarenta y cuatro años después de su publicación y gracias al entusiasmo y perseverancia de Pablo del Olmo, sale hacia la nube esta edición digital de ***Recuerdos Scouts*** para que otros muchos veteranos encuentren sus propias vivencias de antaño y los *pie tiernos* de hoy se identifiquen con el escultismo de siempre.

Cincuenta y cinco años han pasado desde que empezó mi andadura por el escultismo, siendo ahora que me acuerdo de los muchos compañeros con los que compartí campamentos, aventuras y emociones. Algunos dejaron esa *ruta* en algún momento y otros debo suponer que continúan el camino, por lo que aprovecharé para tener un recuerdo para todos, especialmente para los miembros del Grupo Kon-Tiki (M.S.C), del Grupo Jamboree (S.B.P) y del Grupo Cruz del Sur (ASDE)

Recuerdos de fogatas, recuerdos de excursiones, que en nuestros corazones por siempre vivirán. Los que fuimos hermanos en esas aventuras, en sus vidas futuras jamás olvidarán. Porque en esta vida todo llega a olvidarse, pero nunca se olvida la alegre vida Scout.

PRINCIPIO

El campamento estaba situado alrededor de una gran explanada; una pradera limpia de árboles y vegetación. Los pinos empezaban donde aquella terminaba y se extendían por todas las laderas adyacentes y los montes más alejados, dando la sensación de que se había hecho un claro en la espesura para albergar en su interior un tapiz bien matizado de hierba. Los helechos se levantaban con grandes hojas verdes circundando una extensa charca opalina; la laguna, de dimensiones superiores a las normales por la época del año y la elevación de la zona, ocupaba gran parte del pradal, catalogando a todo el conjunto de la naturaleza como hermoso rincón terreno.

Sin lugar a dudas, aquel trozo de pinar era el más bonito de toda la zona, el más adecuado para enclavar la “ciudad de lona” que allí se levantaba. Quizá el otro lado del

monte, desde donde ya se adivinaban las lejanas huertas, fuera de más amplio horizonte, pero aquel enclave campamental había sido meticulosamente escogido para que formara parte del sentir campestre. Además, junto a la laguna se tendría agua, entre los pinos cobijo, y, por la noche, cuando la naturaleza se recoge en el silencio de sus moradores, se sentiría la inseparable compañía del saberse muy pequeños en medio de tan inmensa obra.

Allí, entre los pinos ya viejos, estaba parcelado el monte. A un lado varias tiendas de campaña, y al otro, carpas esbeltamente levantadas; hacia arriba las pequeñas de los mayores, y, en la parte más baja, tiendas grandes para los pequeños. Todo un mundo de juventud se entremezclaba con la vetusta naturaleza. Y cuando el sol salía a través de las montañas, el bullicio se hacía eco entre los riscos, y cuando la noche se extendía en oscuro manto estrellado, el silencio descendía hacia los valles. Allí estaba el campamento de los “scouts”.

Un día cuando ya el sol hacía rato que se había ido de la mano del crepúsculo, cuando la bóveda celeste se había transformado en grisáceo firmamento de lechosas vías y transparentes mundos, cuando ya se apiñaban los mil soles de las mil galaxias, la paz campamental fue tenuemente alterada con el pisar firme de unos pies por la explanada. Entre sombras se adivinaba el caminar de una persona que iba hacia el mástil, muy cerca de la laguna, y que se levantaba deslumbrante por el reflejo plateado de la luna, dejándose ver la

silueta del sombrero, el ademán del caminante y la pañoleta que quería irse con el viento.

No muy alto, de fuerte constitución, llegando quizá a los veinticinco, Ramón se había ido hasta el lugar de las ceremonias, dejando atrás el somnoliento dormir de las tiendas y el ocaso de un campamento callado. Quería verlo todo desde allí, sentir acechante el silencio real que le acompañaba, dar salida a los recuerdos que se agolpaban dentro de él, hablarle al mundo que estaba dormido y que ya le dejaba solo.

Se sentó junto al tronco elevado en donde descansaban las banderas y reposó si espalda en la firmeza de la base bien cimentada. Dejó el sombrero a un lado y rodeó su cimera con la pañoleta bien azocada. Encendió el farol de gas y lo colgó del primer cáncamo del mástil, advirtiendo en ese momento la presencia de muchos insectos que eran atraídos por la luz. Abrió la carpeta que llevaba consigo y dejó que su mano relatara en los papeles todo lo que en su cuerpo y alma estaba escrito.

PRIMER RECUERDO

Ni un solo día dejaba de sonar el ruidoso timbre del patio, a excepción de los domingos, para decirnos que ya estaba bien de matemáticas y que era el momento de salir al recreo. Y si por alguna casualidad se demoraba tan solo unos segundos el estrepitoso soniquete metálico, éramos nosotros los que organizábamos, entre pitos y flautas, una algarabía mayor para recordar al bedel que eran las once y media de la mañana. Después vendría la bronca del director para el “tres cincuenta”, don Constantino, —le llamábamos así porque siempre nos estaba amenazando con darnos una paliza y después se echaba para atrás, sin llegar nunca, por tanto, a ser “duro”—, ya que en una institución escolar tan prestigiosa no se podía permitir que los alumnos chillasen alocadamente por culpa de un reloj mal sintonizado. Era una excusa, pues tocase el timbre o no, saldríamos al patio organizando el tradicional tumulto y lanzando gritos, vivas y vítores al recreo.

Parece mentira la cantidad de cosas que se pueden hacer en media hora y en medio de tanta gente apiñada dentro de una cancha de baloncesto. Todos los cursos del bachillerato, desde primero a preuniversitario, estaban allí; cada clase tendría aproximadamente treinta y cinco alumnos, lo que da medida del inmenso gentío que entre los dos tableros de las cestas se hacinaban; y el caso es que había sitio para todos, balones para muchos equipos, espacio suficiente para correr, lugar en donde golpear las canicas y terreno para lanzar a tumba abierta las chapas de los equipos ciclistas.

La mayoría de los que aquel año estábamos en segundo manteníamos a lo largo del mes una especie de liguilla futbolística, formando equipo cada tres compañeros y emulando las correrías balompédicas de Gento. Aunque nuestro campo no fuese reglamentario, ni la pelota empleada de medidas normales, ni siquiera las porterías en donde introducirla tuviesen parecido en sus dimensiones con las de verdad, es bien cierto que se hacía un ejercicio físico y esfuerzo comparable a la entrega de los ases en sus respectivos equipos. Pues no sólo había que hacer gol entre los dos finos barrotes que sustentaban las canastas del mini-basket —porterías— con una pelotita de plástico que vendían en un puesto callejero —balón—, sino que, y ahí estaba lo más importante, teníamos que regatear al contrario, esquivar a los mayores que jugaban al baloncesto, saltar por encima de los que se ponían a pídola, fíntar a los cientos de muchachos que correteaban o se movían en el mismo terreno de juego, y, si podíamos,

marcar un gol. Y muchas veces coincidía que cuando la pelotita ya se iba camino de las mallas, después de quedarse el portero vendido, se cruzaba cualquier despistado transeúnte o imitador de Blume que estaba dando volteretas entre los hierros de la canasta e invalidaba el futuro gol. Entonces empezaban las disputas, reclamaciones y peleas, apelando al veredicto final del más fuerte y que siempre estaba alentado por las miradas y sonrisas de las niñas del pabellón femenino que se asomaban a las ventanas de sus clases.

Un día Ricardito, el musculoso y atlético acompañante de Sofía, la más guapa y de formas más desarrolladas de entre las niñas de tercero, hizo de Zamora en el momento justo en el que iba nuestro equipo a deshacer el empate, convirtiéndose el campo en ese momento en una lucha sin cuartel de todos contra todos aunque nadie se lo buscara. Empujones, puñetazos, zancadillas, bofetadas, y hasta capones que empezó a repartir a diestro y siniestro, con la derecha y la izquierda, el “tres cincuenta” desde el momento en que se percató de la monumental batalla.

Cuando se restableció el orden y los heridos regresaban de la enfermería aún quedaba recreo por delante. Así que me fui a sentar y descansar a uno de los poyetes de cemento cerca de la entrada a las clases, mientras mi ceja izquierda continuaba echando pequeñas gotas de sangre.

Allí estaba Pedro, compañero de clase, que se rió al verme y me hizo sitio a su lado. Tenía una libreta negra entre sus manos y hacía anotaciones.

— Ha estado bien la pelea —me comentó irónicamente— aunque las he visto más sangrientas y duras. Parece que hubo heridos más graves que tú.

— Sí —le contesté— y lo malo es que Ricardo sólo se ha torcido una muñeca; tenía que haberse partido la cabeza. Por culpa de ese marica empezó todo.

— ¿Te duele la ceja?

— No, nada.

— Eso es porque estas en caliente, cuando pase un rato ya verás como empieza el dolor.

— Da igual —respondí secamente—. Por cierto, ¿preguntará hoy la de ciencias?

— Supongo que no, pues lo hizo ayer, aunque yo por si acaso me he repasado un poco los temas.

— ¿Los tienes enchuleados en esa libreta? —le pregunté curiosamente—.

— No; aquí estoy anotando algunas para una reunión.

— ¿Qué reunión? —seguí indagando con curiosidad—.

— Me parece que eres un poco cotilla —comentó sonrientemente—. Yo es que soy “boy scout” y el sábado tengo una reunión con mi patrulla; además, como soy el Jefe, tengo que llevar la voz cantante y las cosas bien aprendidas, así que en cualquier momento que tengo voy anotando las cosas para que no se me olviden.

— ¿Así que “boy scout”? —ironicé con cierta malicia—. ¿Tú también eres de esos niños buenos que os pasáis la vida cruzando viejecitas de un lado a otro de las calles?

— No hombre, no sólo eso —y volvió a lucir una espléndida sonrisa —sino que también somos los que andamos más por la sierra, llegamos más lejos y subimos más alto.

— Y, aparte de andar, ¿haréis de vez en cuando algún guateque con chavalas, digo yo?

— Por supuesto. Cuando regresamos de la montaña siempre nos están esperando las niñas para irnos a bailar, lo que ocurre es que casi nunca podemos hacerlo porque las botas pesan demasiado y las pisamos continuamente, ¿comprendes?

— Por supuesto —asentí también con cierta ironía— y por eso las tías siempre se van con los de la O.J.E. Cerca de mi casa tienen un hogar y muchas veces le veo lleno de chavalas. ¡Esos sí que se lo pasan en grande!

— Mira macho —continuó Pedro, esta vez un poco alterado— dejémonos de sandeces. Si quieres saber más de los scouts, métete en un Grupo, no me des más el rollo.

— Bueno hombre, no te pongas así, sólo era una broma. A decir verdad a mí también me gustaría ir de excursión y dormir en una tienda de campaña y...

— Y no sólo eso —interrumpió Pedro con una mirada alegre— sino que también nos hacemos nosotros la comida, vamos de campamentos, cortamos árboles con hacha, construimos cabañas, dormimos al aire libre, ... Pero el ser



THE BOY SCOUT
BY ROBERT SAULT WARDEN

scout no es sólo pasarlo bien en la sierra. Mira, aquí tienes el código de los caballeros antiguos —y me dio una pequeña cartulina que sacó de la libreta— en comparación con nuestra Ley...

En aquel momento se interrumpió nuestra amena conversación. La vieja carraca oxidada por el agua de la lluvia hizo tambalear los cimientos del colegio, y, por ende, el poyete en donde estábamos sentados se estremeció como si allí se encontrara el epicentro del terremoto acústico. En los treinta segundos que duró su estrepitoso canto se metieron siete goles, trece canastas, cinco "guaes" y treinta chapas llegaron a la meta. Los dos pequeños surtidores de agua de la fuente fueron capaces de apagar la sed de ciento cincuenta sofocados deportistas, y de abastecer a ciento cincuenta depósitos bucales para entablar la tradicional guerra de chorritos.

Y cuando dejó de insistir el timbre, se organizó, como siempre, el tapón humano en las puertas de las clases, hasta que hizo acto de presencia el "tres cincuenta", bastando un capón al último de la muchedumbre para que las puertas se dilatasen y dieran paso a todo el selecto alumnado que ya se disponía a recibir las instrucciones docentes de los doctos maestros.

Aquella clase de Ciencias Naturales me resultó muy molesta, no por los protozoarios microscópicos, sino a causa de la ceja que ya dejaba sentir un fuerte dolor. Al final de los cincuenta minutos de monólogo llevado a cabo por la sabia

de ciencias, sentía pinchazos en el ojo, frente y mejilla, además de un ligero temblor de piernas. ¡Y aún quedaba el rollo de francés!

En mitad de "la lesson" saqué la pequeña cartulina que me había dejado Pedro y empecé a soñar con algo que nunca antes había tenido necesidad de imaginarme. No sé si fue a causa del dolor o del susurro al hablar del profesor, pero el caso es que me transporté a un mundo hechizado para mí. Veía la espada de los caballeros medievales caer lentamente sobre mis hombros, el sombrero de cuatro hoyos en la cabeza, y una gran lanza que clavaba en el cuerpo gigantesco de un dragón. Y dos palabras me daban vuelta a la cabeza: Boy scout. Las copié en un trozo de papel y pedí su significado a Pedro lanzándolo hacia donde él estaba.

Al rato recibí, ¡maldita sea!, el papel de vuelta con la contestación, y que se había estrellado contra mi dolorida ceja: chico explorador, decía, y nuevamente me sumergí en una fascinante aventura imaginada a través de los bosques.

Pasaron dos semanas desde aquel incidente boxístico del colegio, que yo recordaba mientras el tren iba perdiendo velocidad al llegar a una nueva estación de montaña.

Nada más abrirse la puerta del furgón una bocanada de aire frío arremetió contra nosotros. Momentos antes nos sentíamos cansados y sudorosos por lo que nos estaba costando subir el cierre metálico que se enganchaba. Y todos a una, a la voz de ¡YA!, empujamos con las fuerzas que nos quedaban después de tres intentos fallidos. Claro que

hasta entonces no tuvimos un aliciente tan grande como el grito de mando que Pedro nos dirigió. Bueno, realmente no sé si fue de Pedro o de Fernando o de Santos Pascuas, porque los nombres de todos ellos aún no me los sabía. Pero lo que sí supe, y no me hizo falta estar con ellos durante mucho tiempo para conocerlos, fue la postura que adoptaron algunos de la Tropa. No sólo se rieron de nuestra debilidad, sino que no fueron capaces de echar una mano. Pero —yo entonces no lo comprendía— la patrulla Guepardos siempre tenía que ir ADELANTE, y después de aquella dificultad marchamos adelante. Al fin de cuentas el cierre pudo ser elevado y fue cuando sentimos el intenso frío que afuera nos aguardaba.

El viaje había resultado agradable, aunque para mí no revistiera demasiada importancia. Mis nuevos compañeros me aceptaron con normalidad y más amigablemente los de la patrulla en la que estaba encuadrado. Todo el trayecto lo habían realizado cantando, y como yo no conocía las canciones me contentaba con escuchar lo bien y lo mal que lo hacían. Porque las canciones de letra suave y melódica como “he subido a Begoña”, se podían escuchar sin experimentar horrores auditivos; pero cuando cantaban “en noche gélida” o “cosacos de Kazán”, las paredes del furgón parecían desplomarse sobre nosotros y más concretamente tendían a posarse sobre mi dolorida cabeza. ¡Qué manera de desafinar!

Cuando llegó el revisor se hizo un silencio sepulcral, todos teníamos caras de niños buenos y sonrientes mientras

hacíamos un pequeño pasillo para que pudiera pasar hasta el fondo. Allí se encontraban los “jefazos”, los Guías de Patrulla, que no sé por qué misteriosa razón se habían guardado todos los billetes.

Me hizo gracia el revisor, regordete, con un rojo intenso sobre sus mejillas y los mofletes queriéndose salir de su cara en busca de una dentellada de boca ajena. Llevaba una gorra vieja calada hacia atrás, la mano izquierda perdida en un bolsillo de la chaquetilla y la derecha agarraba con cariño el “picador”, su instrumento de trabajo. No sé por qué, pero pensé en la rutina del mismo: siempre “billetes por favor: gracias”.

Al irse se quedó un poco ensimismado, pues desde el fondo del silencio artificial creado para que no protestara por nuestros gritos, se escuchó la suave melodía de una armónica. Sin comprender razón de fuerza externa todos nos sumimos en una paz y melancolía impropias del trayecto hasta allí realizado. Al fin se marchó el revisor y mientras cruzaba la puerta del furgón hacia la antesala de la plataforma, pude darme cuenta de la cantidad de gente que iba en el compartimento.

Yo me sentía incómodo, pues entre los pies de unos cuantos y los movimientos convulsivos de otros pocos mi cuerpo estaba paralizado en el fondo de la masa humana que cubría el suelo. Antes quise haberme recostado sobre mi propio macuto, pero Pedro me lo había prohibido. ¡Solemne estupidez ocasionada por el engreimiento a través de

dos cintas sobre el bolsillo de la camisa como distintivo de la jefatura! Pero más estupidez encontraba en llevar los pantalones cortos, me daba vergüenza tener al descubierto las piernas, sobre todo por la ausencia de vello y por el frío que sentí cuando al final abrimos el furgón.

Se bajaron cuatro y empezamos a organizar lo que se denominaba “cadena” Cada patrulla cogía sus macutos y los lanzaba al exterior para que los recogiese la “avanzadilla”. ¡Malditos bárbaros! Me iban a destrozar el macuto nuevo. Entonces se escuchó una voz fina, como de niño pequeño, desgarrada: “cuidado con el rojo que llevo la crishtalería y lash botellsash de champán”. Un primer comentario para darme cuenta de quien era el “patoti”, el niño, el más pequeño pero no por eso benjamín de la Tropa: el más cachondo.

Nada más bajar del furgón cogí el macuto y me lo puse a la espalda bajo la mirada alegre del inconsciente “patoti” que no hacía más que reírse. A los pocos minutos el tren comenzó a silbar y a moverse lentamente hacia la oscuridad del túnel. Nosotros nos pegamos a la valla y miramos con nostalgia irse el tren con el calor que dejamos dentro.

No sé por qué pero el caso es que me colocaron al final de mi patrulla, que era la última de la Tropa, y detrás de mí tan solo iba Fernando, el subguía de Guepardos. Empezamos a subir una cuesta muy empinada y después otra y más tarde una más y al final nos encontramos con el comienzo de la penúltima. Estaba muy cansado, tenía sed y los pies se me empezaban a helar. Pasados los quince minutos

de marcha ya no tenía ganas de ir pisando la nieve que se apelmazaba a los lados del camino.

Cada dos pasos venía a mi mente la misma pregunta: ¿por qué estaba sufriendo de esa forma? No encontraba ningún placer en andar tanto y sofocarme con la ascensión. Podía estar en casa tranquilamente, con los pies encima de la mesita, el bocadillo, la coca-cola, y la mirada fija en el televisor. Estaría calentito, tranquilo y cuando tuviera sueño me iría a la cama a dormir e imaginarme el partido del domingo siguiente, la caña en el bar, el celtas a la salida de la iglesia mientras esperábamos al resto de la pandilla. Pero por desgracia ése era un sábado distinto y el domingo un día diferente. Malditas las ganas que tenía de andar y pasar frío, aunque a decir verdad ya tan sólo sentíalo en la nariz, pues los pies estaban helados y el cuerpo no notaba la gelidez del ambiente. Más aun, tenía calor y sudaba.

Por fin nos detuvimos y fue cuando me obligaron a poner un jersey, ¡pero si estaba sudando!, y a colocarme con los pies hacia la cuesta y la cabeza mirando al valle. “Definitivamente estos scouts están chiflados”, pensaba, y tan chiflados que, después de diez minutos de descanso, comenzamos nuevamente la marcha, bueno, la subida, pero no sin antes ponernos el anorak. Si yo estaba sudando, me colocan un jersey; y si no estaba lloviendo, me ponen el chubasquero. “Realmente me he juntado con una pandilla de locos.”

Ya no podía más, estaba destrozado y las botas me empezaban a molestar.

Extenuado, rendido y renqueante llegué hasta la fuente. Estaban ya todos sentados y me miraban con cara de cachondeo. ¡Cretinos! pues no os riais de mí que todavía viene Fernando detrás mía. Y para colmo de males, cuando iba a beber agua, Pedro me lo impide y dice que aguarde. ¡Estúpido de Pedro! Quién se habrá creído que es. Cuando volvamos a Madrid le voy a mandar a freír espárragos y me olvidaré de estos momentos absurdos a los que he llegado por estúpido. Ni le tenía que haber preguntado por el origen de su libretita boba ni le tenía que hacer caso cuando me hablaba de su “maravillosa” patrulla de scouts. Lo único que sentía era rabia, por obligar a mi madre a que me comprase el uniforme y el macuto. ¡Y menos mal que no me hizo caso cuando le pedí el saco de dormir!

Ya no me iban a servir para nada, como no me sirvió para nada el dar seis vueltas a la manzana de mi casa vestido de semejante manera. Y todo para que cuando llegase Mari Carmen me viera. Y llegó Mari Carmen y se rió de mí. Y me puse colorado. Y ella se metió en el portal y yo me fui a dar la séptima y última vuelta —para despistar—. Y cuando regresaba del puesto azul de comprarme un real de pastillas de leche de burra, ella salía del portal con la bolsa del pan en la mano. Y cuando la miré, nuevamente me puse colorado. Y ella me miró a las piernas y se rió. Y yo me encendí en colores mucho más. Y ella me preguntó: ¿vas a un baile de disfraces? Y yo le dije que no. Y ella continuó: “te pareces a mi hermanito Carlos”. Y yo le contesté: “soy mayor que él”. Y ella me

preguntó: “¿eres de la OJE?” Y yo la contesté: “NO”. Y al final, riéndose, se perdió por la esquina de la casa. Y yo subí las escaleras de tres en cuatro con un cabreo supino encima por no haber sido capaz de declararme.

Bien, pues todo esto lo pensaba mientras seguíamos subiendo por el camino del vía crucis, después de dejar atrás la “cuesta de la muerte” y mientras los primeros copos de nieve se posaban tranquilamente sobre los macutos y al instante se desvanecían en pequeñas gotitas de agua.

El camino se iba perdiendo a medida que avanzábamos. La nieve lo cubría todo. Hasta el pequeño santuario de la Virgen que estaba en el tronco de un árbol. Desde allí, donde paramos nuevamente para “hablar” unos segundos con la Señora, pude ver en lejanía las luces de mi ciudad, donde quisiera estar calentito y cómodo: Pero no, me tenía que contentar con verla desde lejos mientras el resto de los chicos rezaban. Yo no necesitaba rezar. Para qué. Mientras no me separase de ellos no me perdería y si no me perdía no tenía por qué tener miedo.

Después de mucho andar llegamos hasta una pequeña casita que tiene al lado una torre de observación. Descansamos. Bueno, paramos un ratito, pues ni siquiera me dejaron subir a la torre. Yo que iba de excursión para divertirme y estaba experimentando de todo menos diversión. ¡Esto es un rollo!

Llegamos hasta una amplia zona toda cubierta de nieve. Allí nos separamos. La patrulla Castores se fue con

Ernesto, un Ayudante de Tropa, hacia adelante. Nosotros, junto a Miguel, el otro Ayudante de Tropa, nos dirigimos por entre unos pinos hasta subir un montículo nevado.

Todo aquello me parecía extraño pues nos apartábamos del camino que seguíamos desde un principio. Pedro me diría que íbamos a hacer una práctica de socorrismo. ¡Ah, pues muy bien! Yo estaba rendido y necesitaba que me socorrieran. Pero como si nada. Poco después Pedro nos explicó que todo consistiría en emitir mediante silbato la señal de auxilio y el nombre del supuesto herido que supuestamente se había roto una pierna y al que por supuesto le tenía que localizar la patrulla de rescate y trasladarle urgentemente hasta la población supuesta y que estaba en la posición mantenida por Juanjo, el Jefe de Tropa.

Fue cuando aprendí por primera vez lo que era un punto y una raya; y que tres silbidos cortos, seguidos de tres largos y nuevamente otros tres cortos, significaba socorro. ¡Qué curioso! Lo que no entendí fue la transmisión de M.I.G.U.E.L, que tampoco debieron de escuchar bien los Pumas, pues tardaron un buen rato en encontrarnos.

Mientras subían por la ladera y una vez que a Miguel le hicieran una inmovilización en la pierna mediante dos ramas y las pañoletas de mis compañeros, me acordé de lo sucedido el verano pasado.

Como todos los veranos iba con mis padres a la playa, y casi concluyendo el viaje, cuando estábamos ya cerca del mar, en la carretera que baja hacia el puerto,

presenciamos un accidente. Un motorista derrapó en una curva y fue arrollado por el vehículo que lo seguía y que iba delante de nosotros. Yo lo vi muy bien, porque desde pequeño me gusta ir siempre mirando por detrás de mi padre hacia la carretera. Y vi la sangre que salía por debajo del coche mientras el nuestro paraba unos metros delante de él. Y después ya no recuerdo nada más pues me quedé en el coche junto a mi hermana pequeña que me contagió su lloriqueo y yo también rompí a llorar.

Al final subieron los Pumas e inmediatamente fabricaron una camilla con los dos bordones y los cinturones scouts. Allí tumbaron a Miguel y todos nos bajamos turnándonos en el traslado hasta llegar a donde se debería de encontrar Juanjo. Y el muy cretino no estaba en donde tenía que estar. Llegamos antes que los Águilas y Castores, que trasladaban a Ernesto. A partir de ese momento la cosa se complicó un poco más ya que no sabíamos donde se escondía Juanjo y al mismo tiempo Miguel nos metía prisa para que le diéramos un masaje cardiaco pues decía que “la espi-chaba”.

Como existían varias hileras de huellas moldeadas en la nieve, nos tocó seguirlas a unos cuantos que nos separamos como avanzadilla del hospital ambulante. Fue cuando inconscientemente anduve tras la pista de lo que yo suponía el camino adecuado. No sabía —después me lo explicaron— el significado de dos casi imperceptibles ramitas cruzadas en cruz y colocadas al borde de la huella. Subí, bajé, anduve

siguiente aquellas “heridas” en la blanca nieve hasta que me di cuenta de la realidad: estaba perdido.

¡Ay virgencita! Perdóname por mi soberbia, yo quería haberte rezado también pero no me sabía la oración que los otros entonaron, ahora mismo te ofrezco dos salves y tres aves marías, pero no me dejes solo, que me encuentren mis compañeros, que no me muera de frío, por favor... Y rompía a llorar mientras recitaba el Dios te salve Reina y Madre.

Había pasado más de tres cuartos de hora cuando decidí ponerme a andar monte abajo, más fácil, pensaba; que subir hasta lo alto de cualquier cima. Empezaba a sentir mucho frío en los pies, pensaba en una horrorosa muerte y seguía llorando por el miedo que invadía todo mi cuerpo. En un momento tropecé con alguna retama oculta en la nieve y caí sobre su fría superficie. El sombrero quedó más arriba, retirado de donde yo me encontraba, y fue lo que me hizo mirar atrás y ver una pequeña luz entre los pedruscos de la cima. Sí, una linterna me hacía señales desde lo alto. ¡Estaba salvado! Rápidamente remonté la ladera siguiendo mis anteriores huellas y al rato descubrí las maravillosas siluetas de los scouts. Me habían encontrado antes de que me metiera en la espesura del pinar, en donde seguramente ya me hubiese perdido del todo.

A mí Juanjo no me dijo nada; es más, me miró los pies y hasta hizo que los metiera desnudos por entre sus ropas y descansarlos sobre el calor de su cuerpo, pero a Pedro le echó una bronca impresionante cuando terminó la

operación “pinrreles estomacales” que bautizó el Patoti; y todo porque como Jefe de Patrulla era el responsable de sus patrulleros, aunque estos tuvieran la culpa de algo. No lo comprendía. Y mientras me ponía calcetines y medias secas, observaba los gestos y ademanes de Juanjo ante la postura cabizbaja de Pedro, ambos separados del resto de la Tropa para que no se escuchara nada de lo que hablaban. Y cuando regresaron yo me esperaba la regañina de Pedro, pero tan sólo me dijo que me calzara, que íbamos a continuar la marcha.

Serían aproximadamente las dos de la madrugada cuando llegamos al lugar de acampada; unas praderas sin nieve en la parte baja de un collado y a unos cinco kilómetros del pueblo. Se eligieron los sitios en donde plantar las tiendas y Pedro me fue enseñando por encima cómo se levantaban. Cuatro nos quedamos con lo de la tienda, dos se fueron a buscar leña y otros dos empezaron a hacer la cena. Verdaderamente la Patrulla estaba organizada. Y las otras tres Patrullas también tenían distribuido su trabajo. Así que cuando terminamos de tensar el último viento del doble techo, el cocinero y pinche habían concluido la preparación de los alimentos y colocado los platos, y un fuego calentito nos aguardaba encendido en el centro geométrico de nuestra parcela.

“Unos tienen y no pueden, otros pueden y no tienen, y nosotros que tenemos y podemos, bendigamos al Señor”.

Yo nunca hasta entonces había probado la sopa de sobre, pero descubrí que era algo delicioso y hasta me tomé otro pote más. ¡Y no digamos de la tortilla con salchichas y chorizo frito! Y por último, leche caliente con chocolate. El cuerpo empezaba a reaccionar, ya sólo me faltaba echarme un “celtas”, pero allí no se podía fumar, nadie lo hacía, y por lo tanto me quedé sin hacerlo. Pedro me hablaría más tarde de ello; decía que no estaba permitido fumar de uniforme ni en actividad; que si yo fumaba y tenía autorización de mi padre, lo hiciese fuera de la Tropa, y sobre todo, nunca delante de chicos pequeños y de uniforme.

— Ten en cuenta —se confesaba Pedro con voz grave mientras me hablaba— que el fumar es un vicio que puede dañar la salud, sobre todo cuando se está en el desarrollo, y que de tenerlo ya es muy difícil dejarlo. No podemos dar un ejemplo a los más pequeños en el sentido de incitarles a contraer el mismo vicio y perjudicar su crecimiento o su cuerpo; además, los chicos hacen las cosas imitando a los mayores y nosotros nos creemos más hombres por fumar, cosa estúpida, ya que vemos fumar a los adultos y hasta creemos que las chicas se fijarán más en nosotros porque tengamos un cigarrillo en los labios. Y por encima de todo está el uniforme, ¿te parecería bonito ver a los scouts fumando como carreteros y estar propugnando un estilo sano de vida, con buenas costumbres y ejemplarizador para los demás? Yo también fumo, poco, pero fumo, y nunca me verás hacerlo

delante de vosotros. Así que tú tampoco muestres mal ejemplo.

De acuerdo, me había convencido, pero ya estaba cansado de tanta monserga, de tanto andar, de tantos formalismos, de tanto trabajo. Decididamente había hecho la primera y última excursión con los scouts.

El día siguiente amaneció frío, nublado, muy gris, por lo que creí que no nos levantaríamos hasta que mejorase el tiempo y saliera por lo menos el sol. Pero nada; arriba temprano y a hacer gimnasia en camiseta y calzones; y por si fuera poco, tuve que lavarme con el agua helada del río. ¿Dónde estaba mi baño calentito de los domingos antes de salir a la calle y juntarme con los de la pandilla? Allí no, desde luego. Y la panda de locos con los que me había juntado disfrutaban de todo, saltaban y corrían alegres, y hasta hubo alguno que se metió de cuerpo entero para darse un chapuzón.

Claro que una vez que empezamos a recoger y limpiar las tiendas hasta sentía un ligero calorcillo por el cuerpo. Después desayunamos y mi patrulla comenzó una de las sesiones que se denominaban de adiestramiento.

Parte de la mañana la pasamos montando y desmontando la tienda de campaña, haciendo formaciones, realizando nudos y juegos con las cuerdas, cortando con hacha y hasta tratando de cazar un “gamusino” que por allí me decían que se había visto. Después de la comida disminuyó el ritmo de la actividad pues pasamos un buen rato de reunión,

hablando de problemas en la Tropa y siendo Juanjo el que aclarase las muchas dudas presentadas. Entonces me paraba a pensar un poco en mi nuevo Jefe de Tropa, en su forma de hablar, en la cantidad de fuerza que tenían sus palabras y en todo lo que sabía. También empecé a ver la otra cara de la gente, lo serios que se ponían para decir las cosas y la forma tan sencilla que tenían para contarlas. Parecían mucho mayores que yo, aunque las edades fueran similares; no sé, pero daba la sensación de que tenían la cabeza más sentada, y el caso era que después parecía todo lo contrario, pues en los juegos y las bromas eran de lo más cachondos.

Había uno que le llamaban “patoti” y que era el más divertido, y el que también se metía más conmigo tomándose el pelo. Al principio me cabreaba, pero más tarde le empecé a seguir la corriente y hasta me cayó simpático: Tenía una forma muy particular de decir las cosas y siempre hablaba poniendo un énfasis particular para pronunciar las eses.

Estaba empezando a caer la tarde y me dí cuenta que la salida iba a terminar dentro de poco. Ya tenía ganas de volver a casa y descansar plácidamente rodeado de las comodidades que mi hogar siempre me había ofrecido... Sin embargo, y para hacer más deseado el regreso y poder separarme definitivamente de aquellos locos, la marcha hacia el pueblo la hicimos a través del campo, como las cabras, en vez de seguir la carretera hasta la localidad de donde salía el autocar para Madrid. Y, si bien el trayecto no fue largo ni penoso por

las cuestras, el sufrimiento hizo nuevamente acto de presencia en mi cuerpo, debido a la cantidad de cortes en las piernas que las zarzas salvajes me produjeron y por las innumerables retamas y espinos que crecían cerca de la orilla del riachuelo por donde andábamos. Y el caso es que me advirtieron del riesgo y de la necesidad de llevar las medias bien subidas, pero yo no hice caso de la observación y cuando llegamos al pueblo me dí cuenta de las muchas heridas que tenía en las piernas. ¡Y de las tres ampollas que me habían salido en los pies!

A la entrada del pueblo tuvimos que parar para asearnos un poco y ponernos correctamente el uniforme.

— Esa media subida; el cinturón bien abrochado — solicitaba Pedro pasándonos revista—; el faldón de la camisa por dentro del pantalón; lávate las rodillas...

Después se hizo una sola formación en fila india y se suspendieron los cantos que durante todo el trayecto se habían estado entonando.

De la vuelta en el autocar no me acuerdo pues me quedé dormido nada más sentarme y sólo desperté de mi dulce sueño cuando ya las miles de luces del Madrid nocturno me deslumbraban a través de las ventanas del autocar.

Habíamos llegado hasta la Base, después de andar en perfecta formación desde donde nos había dejado el coche, siguiendo los pies del que iba delante, mientras el de atrás hacía lo mismo, manteniendo la mirada perdida por el

cansancio a través de las frías losetas de cemento de las calles y el alquitranado negruzco de las calzadas.

Una vez en el interior del Local se dejó todo el material que habíamos llevado para la salida y se extendieron los dobles techos de las tiendas de campaña en el pasillo, ya que estaban algo húmedos y podían pudrirse al guardarlos mojados. Las hachas, cuerdas y cocinas, se guardaron en el cajón de material de cada patrulla y fue el Intendente el que celosamente iba contando todo y anotando el estado en que se encontraban las herramientas y utensilios.

Una vez recogido y limpiado el local de barro, pues las botas lo habían ensuciado bastante, se dio por terminada la excursión y cantaron la despedida mientras todos nos enlazábamos las manos y brazos en un círculo un tanto raro, pero de respetuoso ceremonial. Después del grito ¡Siempre Alerta! cada uno se marchó de allí.

Pedro y yo nos fuimos juntos ya que vivíamos cerca y el camino de regreso a casa era común para los dos. Todo el trayecto lo hicimos en silencio debido al cansancio que a ambos nos invadía; sólo al final, cuando ya nos despedimos, hablamos unas breves palabras.

— Bueno Ramón, ahora te das una buena ducha y quedas como nuevo. Si puedes hazte un zumo de naranja con mucha azúcar; es bueno para las agujetas que casi seguro te van a salir. Mañana nos veremos en el colegio.

— Esto, Pedro, quería preguntarte si pasa algo por si acaso no vuelvo con vosotros, bueno, si a lo mejor faltó a la

reunión del sábado, es que no estoy muy seguro de que vaya a continuar, y...

— No, hombre, no; no pasa absolutamente nada, sólo tienes que decírmelo y si no quieres hablar con Juanjo házmelo saber antes del viernes. ¿No te ha gustado la salida?

— No es eso Pedro, es que todavía no estoy convencido de si en realidad quiero ser Scout. Creo que tengo que pensarlo bien.

— Bueno, como quieras; ya hablaremos en el cole más despacio. ¡Hasta mañana!

— Hasta mañana Pedro.

Y continué hasta mi case cabizbajo, apesadumbrado y un poco triste. ¡Qué pensaría Pedro de mí? ¿Qué dirían los chicos de la Patrulla? Y el caso es que me empezaba a gustar el ser scout. ¿Quizá el cansancio de la salida había turbado mi ilusión?

A la mañana siguiente, estando ya fresco, cuando Pedro se encontró conmigo y me preguntó sobre lo de la noche anterior, le contesté:

— ¡Acaso crees que un Guepardo habla en serio cuando dice de no continuar adelante?

— Macho, ya sabía yo que tú tienes madera —alegremente me contestó mientras pasó su brazo a través de mi cuello—.

SEGUNDO RECUERDO

Si la tropa en la que estaba tenía muchos scouts, era porque se componía de varias patrullas diferenciadas entre sí: los Pumas, Águilas, Castores y Guepardos; y yo formaba parte de esta última, convirtiéndome desde entonces en un guepardo rápido, veloz como el viento.

Siempre íbamos juntos, trabajábamos y hacíamos las cosas por el bien de la patrulla y no para distinguirnos personalmente, tratando de engrandecer cada vez más el noble y modélico nombre de nuestra patrulla: *“los Guepardos avanzaban incansablemente por los montes, caminaban cerca de los campos de labranza, atravesaban los puentes de la ciudad, jugaban deportivamente defendiendo los colores negro y amarillo de la patrulla, montaban su parcela en los campamentos, competían en los concursos de Tropa, inventaban sus propias canciones... tenían una vida peculiar”*, era el discurso bien aprendido que Pedro soltaba a los “pietierños” cuando entraban a formar parte de la patrulla, mientras evocaba la

hermosa tradición de los Guepardos y que se remontaba muchos años atrás. También hablaba de quienes la habían formado y que ahora eran mayores y trabajaban en sitios importantes. Me decía —porque yo entonces era el pieteirno— que don Roberto Mendoza, el director de una sucursal de Banco en donde los Guepardos tenían la cartilla, había sido, allá por los años cuarenta, el Tesorero de la patrulla; y que el doctor Jiménez Ayllón, famoso cirujano traumatólogo, fue el primer socorrista de los Guepardos cuando se fundó la misma.

Pero yo entonces no tenía acceso a la historia y tradición que se encontraba encerrada en el Libro de Oro, porque no tenía la Promesa y por lo tanto no podía asistir a los Consejos de Patrulla en donde se decidían las cosas a incluir en el libro Guardián de las Leyendas. Me tenía que conformar con lo que Pedro contaba y que Fernando, como buen subguía de patrulla, ratificaba; dándome cuenta desde entonces que pertenecía a una muy antigua y tradicional Patrulla de scouts y que por lo tanto debería ser un buen miembro de ella y me sentiría orgulloso de estar entre los Guepardos.

Lo que más me llamaba la atención era el banderín. Estaba hecho de cuero muy viejo, quizá por los muchos años de existencia, cosido todo alrededor por grandes puntadas de hilo, también de cuero, y sujeto a un grueso bordón por dos arandelas o cinchas metálicas que se apretaban con dos pequeños tornillos. Por un lado del banderín estaba pintada

a silueta de un guepardo en ademán de caminar —dibujo que había sido grabado quemando el cuero— y todo el relleno por finos pelos o hilillos amarillos con mechones negros. Daba la sensación de que el animal salía del banderín debido a su perfecto relieve.

Pedro contaba que todos los años había que “afeitar” al guepardo, pues su pelo crecía como el de cualquier animal y era necesario arreglárselo para que luciese correctamente. (La realidad era muy distinta y la operación del afeitado consistía en pegar hilillos nuevos, pues se iban cayendo con el tiempo, pintarlos con purpurina dorada y algo de tinta negra y recortar la “nueva piel” para que tuviese el mismo espesor).

Por el otro lado del banderín estaba escrita, igual que el contorno del animal, con fuego que hería el cuero, la inscripción GUEPARDOS, y debajo de ese nombre, en forma semicircular: K—2. También por ese lado y rellenando todo el espacio que quedaba, numerosas chinchetas claveteadas, unas de color dorado y otras plateadas. Las doradas, que se colocaban en hileras superiores, señalaban los años de vida de la Patrulla; las plateadas, en la parte inferior, el número de scouts que habían sido Guepardos. Cuando yo vi por primera vez el banderín contaba veintidós puntos dorados y ciento dieciocho plateados.

Entre las dos arandelas metálicas que ceñían el banderín al bordón, existía una especie de hueco en donde se había cortado parte de la madera para disminuir su grosor, y

tenía incrustada una flor de lis hecha de minúsculas piedrecitas multicolores y la inscripción: JAMBOREE 1955 CANADA.

Aquella tarde teníamos reunión de patrulla según la comunicación oficial a través de la “cadena”. Comenzaba las llamadas telefónicas Pedro como Jefe de Patrulla y continuaban a través del resto según los números asignados a cada uno en relación con su antigüedad. Yo, de momento, era el número seis y para cerrar la cadena llamaba a Fernando, el subguía de la patrulla.

La cadena era un sistema rápido y eficaz para transmitir órdenes y avisos, siempre y cuando todos cumplieren adecuadamente las observaciones para su uso. Era normal que los jueves, al finalizar la tarde y comenzar la noche, a eso de las ocho y media, el Jefe de Tropa empezara la cadena de la Alta Patrulla, es decir, la compuesta por los Jefes de Patrulla, él, y sus Ayudantes de Tropa. Después, seguidamente, cada Jefe de Patrulla comenzaba su cadena particular para informar de lo conveniente a todos los scouts o únicamente a los de su patrulla. Si por cualquier circunstancia algún teléfono comunicaba o no contestaba después de realizar dos intentos, se debía pasar al siguiente de la cadena para continuar el ciclo, y más tarde se llamaría particularmente al ausente. Una cadena de Patrulla bien hecha no duraba más de cinco minutos: *“¿Fernando, por favor? Oye, cadena. El sábado a las cuatro reunión en el local, de uniforme y con el cuaderno de técnicas. Hasta luego.”*

Y aquella tarde nos reunimos todos en el local. La base de la Tropa no era muy grande pero sí lo suficientemente espaciosa como para que las cuatro Patrullas tuviesen un pequeño rincón particular en donde colocar su “morada”, y además, corriendo los mamparos transversales que hacían las divisiones, se podía convertir el local en una espaciosa habitación para las reuniones de Tropa. Nosotros, los Guepardos, teníamos el de más al fondo, junto a un muro y por lo tanto sólo una división de madera por el otro lado. En el rincón teníamos un armario grande y sólo cerrado en uno de sus lados, donde se guardaba todo el material de la patrulla: la tienda de campaña, el doble techo, los palos, suelo y piquetas, mazas, algún que otro tronco y varias “rodajas” de madera. En la parte superior estaba el cajón con todo lo demás: hachas, piquetas, cocina, farol, guantes, brocas, martillos, formones, perolas, sartenes, cazos, potos, tronzadoras, etc. Aquel cajón se abría por su parte superior y contenía todo el material adecuadamente colocado con un lugar para cada cosa. (Era el cajón del campamento, en donde todo estaba dispuesto para su transporte y que el Intendente de la Patrulla se preocupaba de mantener en buenas condiciones).

La otra parte del armario estaba abierta y en varias estanterías sucesivas se colocaban los papeles, la pequeña biblioteca, recuerdos, varios moldes de huellas, una colección botánica, las carpetas del Secretario, la caja fuerte del Tesorero y una fotografía de B.P. enmarcada en rustica madera.

En el centro del local teníamos una mesa redonda que estaba dividida en ocho partes iguales para cada uno de los patrulleros y en donde se encontraba grabado el nombre de la patrulla, los cargos de J.P. y S.P., juntamente con los números del uno al seis. También teníamos ocho sillas y dos pequeñas banquetas arrinconadas junto al muro.

En el mamparo divisorio estaban colocadas cuatro cartas topográficas de una parte del Guadarrama. (Cuando se transformaban los rincones de Patrulla en local de Tropa, se corrían los mamparos hasta tapar los armarios de cada patrulla, y al juntarse de canto los cuatro quedaba un muro longitudinal con todos los mapas de la sierra, ya que cada patrulla “poseía” cierta zona de la misma). En el otro muro teníamos un gran croquis o cuadro de adelanto, en donde figuraban nuestros nombres junto al grado conseguido y que marcaba la progresión mediante chinchetas en los respectivos recuadros de clase, especialidades, campamentos, cargos, etc. También en aquel muro estaba colgada una gran flor de lis, custodiada de cerca por la silueta del guepardo pintado y el bordón que se encajaba en un pequeño agujero inclinado hecho en el muro, de tal forma que el banderín de patrulla siempre se encontraba extendido y en ademan protocolario.

Yo tenía ganas de que cuando Jaime, Alberto, Ricardo o Manolo me hicieran la “seña scout” como saludo a la entrada del local, pudiese corresponderles, pero aún no había formulado la Promesa y me daba la sensación de que

no era un auténtico scout como para poder utilizar los signos externos. Mi uniforme se encontraba incompleto sin la pañoleta y la flor de lis.

Entramos todos en el local y colocamos la división para cerrar nuestro rincón.

*“Señor Jesús, enséñanos a ser géneros,
a servirte como mereces
a dar sin medida
a combatir sin miedo a quien nos hiera
a trabajar sin descanso
y a no buscar más recompensa
que saber que hacemos tu Santa Voluntad
Amén”*

—¿Guepardos?

—¡Adelante con sigilo!

— Bien —continuó Pedro después de escuchar el grito de la patrulla— sentémonos que vamos a comenzar la reunión.

Siempre había solemnidad al principio de las reuniones y al final, antes de despedirnos, mientras que durante el desarrollo de la misma se perdía por la informalidad e inconstancia de los asistentes. Pero como si empezábamos de cachondeo terminaríamos mal, era preciso darle un aire de seriedad extrema para qué nos sumergiéramos en la vivencia plena de la reunión.

Entonces el Tesorero nos ponía al corriente de la liquidez en sus arcas, mostrándonos orgulloso cómo le cuadraban las cuentas y teniendo archivados todos los recibos y facturas. ¡La semana anterior se había podido comprar el transportador de ángulos que la patrulla necesitaba! Las cuotas de la actual se dedicarían a comprar varias “camisas” de farol y una piedra de afilar, pues había necesidad de poner a punto las hachas y las hojas de los machetes.

Pagábamos cada uno quince pesetas a la semana — el Tesorero siempre hacía presión para conseguir aumentarlas y disponer de más metálico— y si alguno no podía abonarlas por falta de recursos los demás tratábamos de conseguírselas.

La cuota era una de las formas de tener dinero propio en la Patrulla, que gastábamos en lo que creíamos más necesario y en respuesta a una buena inversión, mientras que el dinero que la Tropa repartía entre las patrullas —procedente de trabajos especiales, subvención de Grupo, rifas o colectas organizadas— pasaba a nuestra disposición siempre y cuando el J.T. aprobase el gasto a realizar. De tal forma que si al principio de un trimestre Juanjo nos informaba a través de los J.P. que había una subvención de mil pesetas para cada patrulla (al margen de lo que cada una tuviese en particular) debíamos presentarle un proyecto o memoria de inversión para esa cantidad, y si no necesitábamos gastarlas pasarían íntegramente a engrosar la cartilla de ahorros abierta a nombre de la patrulla.

Recuerdo una gran lección con motivo de la compra a realizar para el Campamento de Semana Santa. Necesitábamos tres rollos de cuerda de pita, dos hechas, siete piquetas para la tienda, una maza de madera, dos mapas topográficos y un kilo de pintura. Pues, bien, a la patrulla Águilas, que también necesitaba entre otras las mismas cosas, se le había dado la autorización de compra mientras que a nosotros se nos devolvió el proyecto. ¿Qué había pasado? Hablamos con los Águilas —después de mucho rogar a su Tesorero y Jefe de Patrulla— para que nos explicasen la diferencia existente entre ambos pedidos. ¡Cuál sería nuestra sorpresa! al comprobar que por el mismo dinero solicitado ellos eran capaces de comprar un hacha y medio kilo de pintura más. La diferencia estaba en el planteamiento. Mientras que nosotros nos habíamos guiado por los precios solicitados en una sola tienda, ellos habían contrastado los de varios establecimientos y elegido el más provechoso. ¡En un hacha había hasta cincuenta pesetas de diferencia! En el barrio de un patrullero Águila se podía comprar ¡cuatro rollos! de pita por el precio de tres en el establecimiento preguntado por nosotros. Tanto la maza como las piquetas de la tienda habían decidido fabricarlas ellos mismos, con trozos de madera que les dieron gratis en una carpintería y con unos hierros viejos de una fábrica de tubos. En definitiva, los Águilas estuvieron más preparados que nosotros para la administración. Y como Juanjo nos dijo: *“para cumplir con nuestro noveno artículo de la Ley —el scout es austero y económico— es necesario*

aprender a desechar la tentación de gastar el dinero tontamente o pagar por las cosas más de lo que valen. Por supuesto, hay que cuidar de no convertirse en un ávaro. Hay peligros en ambos extremos de la economía: el desperdicio por un lado, la avaricia y mezquindad por otro. El buen scout conserva el equilibrio entre los extremos”.

— Bueno señores, —intervino Pedro—, ahora que tenemos las cuentas de patrulla claras, vamos a empezar la reunión tocando un tema de mucha importancia, sobre todo para vosotros los nuevos —se dirigía a mí entre otros— y que también interesa a los viejos: la Buena Acción. Veo por vuestras pañoletas que ya hicisteis la de hoy...

— ¿Qué significa eso? —interrumpí—.

— Mira, cuando uno se pone la pañoleta debe atar las dos puntas que cuelgan mediante un pequeño nudo llano, como recordatorio de hacer la Buena Acción, y cuando ya se hizo, se desatan. Es lo mismo que anudarse un cordel al dedo para que a uno no se le olvide alguna cosa. Bien, aparte de que tenemos que hacer el proyecto de la B.A. de patrulla para este trimestre, vamos a tratar de señalar la importancia que tiene una sencilla Buena Acción. ¿Puedes contarnos algo acerca de ella, Fernando?

— Sí, claro —respondió el subguía—, y lo mejor es narrar la historia de una buena acción que hizo posible, a pesar de su pequeñez, llevar el escultismo amillares de muchachos. Fue durante el otoño de 1909; —relataba mientras perdía la vista en un lugar de la mesa—, Londres estaba

sumida en una inmensa niebla. Un tal señor Boyce, que era norteamericano, andaba perdido y tenía dificultades para encontrar una dirección en el centro de la ciudad; se paró bajo uno de los faroles de la calle para orientarse, cuando repentinamente apareció un muchacho entre la niebla. Le preguntó si podía hacer algo para ayudarlo, y el americano le contestó que si podía indicarle cómo llegar a su destino. Entonces el muchacho le llevó, y cuando llegaron, el señor Boyce sacó de su bolsillo unas monedas para dárselas de propina. El muchacho le contestó que no, que como scout no debía aceptar nada por ayudar a alguien. El americano no conocía quienes eran los scouts, así que le pidió que le hablara de ellos y de lo que hacían. Y quedó tan interesado que al finalizar sus negocios fue a la Asociación de Scouts Británicos. Allí desapareció el scout que en principio le ayudó. En la Asociación, el señor Boyce conoció a Baden Powell, y quedó tan impresionado de todo lo que le contó acerca del Escultismo que decidió ponerlo en práctica en los Estados Unidos. Lo que nunca se supo fue quién era el scout que hizo aquella B.A. al hombre, transformándose después en una B.A. a millones de muchachos. Pero tampoco se le olvidó, pues los scouts de los EE. UU. regalaron al parque de Adiestramiento de Gilwell, en Inglaterra, una estatua de un búfalo americano con una simple inscripción que decía más o menos: *“al scout desconocido quien en su lealtad al diario cumplimiento de la*

Buena Acción, hizo posible traer el Movimiento Scout a los Estados Unidos de América”.

— ¿Os dais cuenta de la fuerza que puede tener una Buena Acción? —intervino de nuevo Pedro—. Por eso hay que buscar las oportunidades de ayudar, calladamente y sin esperar recompensa. Una buena acción es un acto “extra” de bondad y no algo que se hace por cortesía. Cuando respondemos a la solicitud de una persona referente a tal calle, no se puede considerar Buena Acción, porque simplemente es una cortesía. Pero dejar nuestro camino para mostrar su destino a quien lo pide, eso sí es una Buena Acción. Y como scouts, debemos hacer una cada día, sea grande o pequeña, o muchas si se presentan; no por hacerla en la mañana vamos a dejar de pensar en hacer un servicio por la tarde. ¿De acuerdo? Bien, vamos a ver cómo pasan los nuevos la prueba de Kim.

Y después de que todos hiciéramos varias veces el juego de retención, entre cachondeo y mofa colectiva —pues a Jacinto le habíamos cambiado una moneda de cinco pesetas por otra de cinco duros cuando cerró los ojos, y al abrirlos recordó haber visto la de menos valor, y nosotros instándole a reconocer que tenía dones sobrenaturales que aumentaban el valor de las monedas; y al probar nuevamente, le cambiamos la de veinticinco por una de cincuenta, y ya, definitivamente, Jacinto se lo creyó— pasamos de nuevo a la seriedad de la reunión (en parte debido al toque de atención que la patrulla contigua nos dio, por

nuestro alboroto de “ultratumba”) para concretar cuál sería nuestra B. A. de Patrulla. Al final triunfó la propuesta de Fernando, ir un domingo a limpiar el parque de Berlín, y programamos el material necesario para nuestro trabajo. Harían falta sacos para la basura, clavos para los bordones con los cuales pinchar las hojas caídas de los árboles, y algún carrito en donde depositar todo lo recogido. Pedro quedó en pedir a Juanjo que nos consiguiese permiso del Ayuntamiento para utilizar varios carros de barrendero y algunos escobones. (¡Cómo nos divertimos aquel domingo! Nos habían dejado hasta botas de agua. Y estuvimos toda la mañana trabajando. Al principio la gente nos miraba de cachondeo. Y después algunos chavales se juntaron a nosotros y terminamos de limpiar todo el parque en poco tiempo, pues éramos más de cincuenta personas que alegremente trabajamos en su limpieza. A media mañana un señor nos invitó a la Patrulla a tomar un refresco, y cuando devolvimos los utensilios al parque del Ayuntamiento, el encargado que nos recibió tuvo la amabilidad de convidarnos nuevamente).

Después llegó la hora de la reunión de Tropa, así que recogimos el local y extendimos los muros de madera transversales para dejar el espacio necesario. Juanjo estuvo hablando del próximo Campamento de Semana Santa, ya muy cercano, y de las muchas cosas que en él haríamos. Nos informó de que deberíamos preparar un campamento austero y rudimentario, para darle aspecto de antigua colonia de campo y recordar aquel primero realizado por Baden-Powell

en la isla de Brownsea. Las patrullas harían auténtica vida como tales y cada parcela recibiría un nombre como el de las cuatro patrullas scouts que existieron en aquella isla y, por tanto, en el escultismo: Lobos, Chorlitos, Cuervos y Toros. Para aquel campamento no se iban a utilizar cocinas ni faroles de gas, ni tronzadoras, pues íbamos a aprender a manejar correctamente el hacha, luces de petróleo y carburo, y todos los tipos de fuegos para cocinar. Debíamos parecernos a los primeros exploradores ingleses y a los antiguos colonos del oeste.

La reunión continuó después con el aprendizaje de una nueva canción, como cada mes, y que servía para aumentar el repertorio, darnos cuenta del mal oído que casi todos teníamos y observar la lucidez de Fernando y Chemari cuando tocaban la armónica.

*“Por valles y por montañas va el alegre explorador,
sin adredarle los hielos ni el peso ardiente del sol. Siempre
Alerta y vigilante sin dejarse sorprender, siempre adelante,
siempre avanzando, cumpliendo alegre su deber”*

Ya por último, y antes de pasar al adiestramiento en técnicas, Juanjo tomó nuevamente la palabra:

— Señores: hemos venido observando hace algún tiempo que no se utilizan debidamente los signos externos scouts, como fidelidad al Movimiento y orgullo por pertenecer a él. Si somos scouts tenemos el derecho y el deber de significarnos como tales, diferenciándonos de los demás y estando orgullosos por demostrar al mundo lo que somos. Y

no sólo a los ajenos al escultismo, pues a ellos no van precisamente nuestras peculiaridades, sino a los que están en el Movimiento, a los muchos scouts como nosotros sean o no del mismo Grupo. Entonces, ¿por qué nos avergüenza el hacer la seña scout cuando nos cruzamos con otro scout y hay gente a nuestro alrededor? ¿Por qué no saludamos con la mano izquierda cuando nos presentan a otro scout y convencionalmente apretamos con la derecha? No debemos olvidar el origen tan bonito de ese apretón con la “zurda”. Muchas veces lo hemos contado, pero en honor a los que llevan poco tiempo entre nosotros, vamos a repetirlo una vez más.

Fue cuando Baden-Powell capturó a “Prempeh”, el jefe de la tribu Ashanti, que durante la ceremonia de rendición le ofreció su saludo con la mano derecha, como era y es normal, en prueba de amistad y reconocimiento hacia su valeroso comportamiento y el de sus guerreros. Pero el jefe Ashanti por su parte le extendió la mano izquierda, e insistiendo en hacerlo, le dijo: “no, en mi país el más bravo entre los bravos da la mano izquierda; es la mano del corazón”. Ese fue un símbolo de buena fe; por ello los scouts saludamos con la mano izquierda en prueba de sinceridad, sentimiento y hermandad.

De igual forma hacemos nuestra seña scout al saludar y utilizamos el mismo saludo en todo el mundo; es fácil reconocer a un hermano scout en cualquier lugar. El significado de nuestra seña es el resumen de la Promesa; los tres dedos levantados significan, igual que el pétalo central de la

flor de lis, los tres puntos de la Promesa: Dios, Patria y Hogar; también servicio al prójimo, como el pétalo de la izquierda, y observar la Ley Scout que nos recuerda el pétalo derecho de la flor. Y el dedo pulgar sobre el meñique, nos recuerda la protección hacia los débiles e imposibilitados: *el fuerte ayuda al débil*.

Hay una historia muy bonita que sucedió durante la segunda guerra mundial y que relata la importancia de nuestra Señá. Después de una ardorosa lucha entre japoneses y americanos, uno de estos quedó mal herido y tendido sobre la arena de una playa. Como quiera que el japonés observó que aquel enemigo estaba todavía con vida, fue a darle muerte. Y cuál sería su sorpresa, que al verle yaciendo herido en el suelo, observó que con su mano estaba haciendo la Señá Scout. Dejó inmediatamente sus armas y se puso a cuidarle las heridas. El americano perdió el conocimiento y cuando lo recobró, se encontraba con el cuerpo vendado junto a unos arbustos escondido y con una cantimplora de agua y algunos víveres. En ese momento el japonés se levantó y haciendo la Señá Scout se despidió de su “enemigo”.

Esa es la fuerza de nuestra Gran Hermandad, del esculismo en cualquier lugar del mundo, y la importancia tan trascendente de una sencilla señá. Así que ya sabemos, no nos avergoncemos de ser scouts y hagamos un correcto uso de todos nuestros símbolos. En la próxima reunión de Tropa repasaremos las formas de saludar, ya sea de uniforme, con



bordón, o sin sombrero. Entonemos nuestra Oración y que cada uno se vaya a su equipo de adiestramiento.

La reunión de Tropa había terminado y ahora iba a comenzar la sesión de técnicas. Yo formaba parte del equipo de orientadores y topógrafos como representante de mi patrulla, mientras que otros, eran de cocina, intendentes, transmisores, pioneros o acampadores. Algunas técnicas las impartían instructores o especialistas que no pertenecían al Grupo, otras las dirigían los Ayudantes de Tropa, y Juanjo se encargaba personalmente de la Orientación y Topografía.

— Bueno, ya estamos todos. Hoy vamos a tratar de las “proyecciones” y el trazado de “rumbos magnéticos”. Después hablaremos un poco de los “indicios naturales” ...

El empleo de las distintas técnicas scouts por parte de cada responsable en la suya supuso para mí algo muy importante: sentirme útil en la patrulla, eslabón de una cadena, parte de un conjunto. En las patrullas no éramos entes pasivos o meros espectadores, sino que cada uno era responsable de algo para el buen funcionamiento de la comunidad. Y la comunidad era de arraigo democrático, en donde se mandaba y obedecía como necesidad que emanaba de la aprobación colectiva.

Aparte del aspecto técnico en el que cada uno” se adiestraba para ser el “líder” y responsable, también teníamos una misión dentro de la vida cogestiva de patrulla. Había un tesorero, secretario, intendente, responsable del periódico, encargado del Libro de Oro, fotógrafo, etc. Como

decían que yo era el que tenía la escritura más bonita, me eligieron, una vez que hice la Promesa, como responsable del Libro de Oro, en donde iría relatando todo el acontecer de la Patrulla y la Tropa; así como los hechos más destacados que formarían la historia continuada de los guepardos. Pero había otras cosas o anécdotas que no se incluían en él y que pasaban a ser publicadas en nuestro periódico mensual de patrulla: el “guepardo vespertino”.

Hacíamos una tirada de cincuenta ejemplares a través de la multicopista parroquial, que vendíamos en el Grupo y a nuestros familiares, así como algún que otro ejemplar a despistados transeúntes...

En el número doce del guepardo vespertino apareció un artículo firmado por “patoti” y que narraba, desde su punto de vista, claro está, la salida de patrulla que habíamos hecho un fin de semana. Este era el artículo: “Salimos del campamento base, bueno, si campamento puede llamarse a cuatro tiendas de campaña mal colocadas (las de los Castores, Águilas, Pumas y Jefes) y una perfectamente plantada, la nuestra, a las cinco en punto de la mañana (según el reloj de sol de Juanjo) y que en realidad eran las cinco y cuarto, pues con los datos de Ramón, nuestro gran “desorientador”, dedujimos que las hormigas toman la luna entre las cinco y diez y las cinco y veinte de la mañana de un día cualquiera en el que las estrellas están en su sitio. Con todo, a las seis de la mañana ya estábamos perdidos. Pedro se cabreaba, Alfonso quería desayunar, Jorge se empeñaba en curarme la

herida de la rodilla, y yo, el heroico y salvador patoti, con media pierna en carne viva y gran dolor de corazón (pues la pierna no me dolía) mantenía la serenidad propia de un sereno orensano. Al final pudimos encontrar el camino, la senda oculta en lo más tenebroso del bosque, la trocha que nos conduciría a nuestro destino kilómetros por delante: la carretera nacional.

“Y es que no nos pusimos de acuerdo porque las curvas de nivel estaban muy juntitas. Ramón quería seguir el tendido eléctrico que pasaba por donde estábamos y por el pueblo al que íbamos, pero según el mapa, iba y venía por zona montañosa a veces escarpada (apelotonamiento de cientos de líneas marrones en un milímetro de papel) y no teníamos ganas de ir escalando o subir pendientes fuertes. Jorge propuso seguir un río hasta el puente que, inequívocamente, estaría en el pueblo, y practicar en él algo de socorrismo acuático, dando por descontado, que nos salvaría a todos de perecer ahogados; pero Pedro le preguntó que qué era lo que quería practicar, y Jorge respondió que la respiración boca a boca, por lo que todos nos negamos a que semejante vampiro nos chupase malamente. Fue desechada la idea del río. Alfonso, entre bocado y bocado que le daba a una barra de pan (no llegaron al pueblo más que unas migajas que se habían ocultado entre la lana del jersey), propuso ir siguiendo un camino de herradura, pero el camino de herradura terminaba en una bifurcación de herradura y los caminos de herradura que arrancaban de la bifurcación

llegaban hasta los comienzos de otros caminos de herradura y así sucesiva y eternamente hasta conseguir una complicada red vial en donde seguramente erraríamos nuestra dirección de herradura.

“Pero gracias (de nada) a que el gran patoti (ese soy yo, que narro y escribo este maravilloso artículo titulado “una salida cualquiera”), estaba allí, todo salió perfectamente. Tan sólo tuve que decir: ¿y por qué no seguimos el asfalto de la nacional VI?

“Llegó la hora de comer (puagf) y, como siempre, no comimos. El cocinero se empeñó en conseguir un arroz blanco pastoso y acementado (nada más sacarlo de la perola era imposible meterle el diente, a menos que utilizases la piqueta para desmenuzarlo) que lo tintó mediante tomate frito, en donde se había perdido la sal que no encontró cuando frió los huevos. De segundo plato nos sorprendió con unos minúsculos, raquíuticos, encogidos y quemados trozos de suela “segarra”, llamados vulgarmente carne, que sabían a.... bueno, ya sabéis, a lo que sabe un filete frito por cualquier cocinero de patrulla. El postre sí estuvo bien: pasta de plátano que chupamos de la cantimplora de Fernando, pues éste, Fernando, había colocado aquella, la cantimplora, encima de aquellos, los plátanos, consiguiendo que ninguno se salvase de la opresión a la que fueron sometidos. Y lo más curioso del caso (a s c o) es que el menú presentado al J.T. para ese día decía: huevos a la cubana, solomillo grillé y bananas al kirch.

“Después de andar cuarenta y cinco kilómetros según Ramón, veinte con las cuentas de Pedro y doce, según los mojones de la carretera, llegamos al pueblo en cuestión, punto de reunión con el resto de la Tropa.

“Y como siempre, llegamos los últimos. Pero antes de entrar en el pueblo nos aseamos y lavamos en el río. Caras limpias, manos limpias, rodillas limpias; botas sucias, macutos sucios, uniformes sucios. En fin, lo de siempre.

“Y, como siempre, nos juntamos en el bar hasta que el vigía (estratégicamente colocado) nos informó jadeante de que llegaban los Jefes.

“Y como siempre, los Jefes de Patrulla les dieron las novedades.

“Y como siempre, nos echaron la bronca por utilizar la carretera.

“Y como siempre, se pasó el enfado y nos permitieron ir a tomar un refresco.

“Y como siempre, contestamos que no.

“Y como siempre, los Jefes dijeron que demostrábamos con muestra negativa un auténtico estilo de comportamiento.

“Y como siempre, regresamos en el tren rendidos y destrozados de la excursión.

“Y como casi siempre yo no fui al colegio al día siguiente. Me dolía la rodilla.”

TERCER RECUERDO

Llevaba días dando vueltas a la cabeza para encontrar solución a mi problema: quería hacerme el “tocho”. Muchas veces había oído hablar que los auténticos scouts se fabricaban el “nudo” antes de hacer la Promesa y siempre lo tenían listo para cuando llegase el momento. Claro que en la pañoleta se puede poner un trozo de cuerda, un imperdible, o, como en tantos casos, una caja de cerillas vacía. Pero el elevado significado del pañuelo no puede mancharse con algo desdeñoso, circunstancial o ridículo. Era menester estar a la altura del esfuerzo y sentimiento de la Promesa, por lo que había necesidad de trabajar en algo muy propio y que fuese el exponente del amor y cariño con que aquello se concebía para hacer honor al grado alcanzado. Yo también me tenía que hacer un “pasador”, y si pudiese, el más bonito y hermoso de todos.

No sabía que fuera a hacer la Promesa, algo que aunque fundamentalmente dependía de mí, era la Corte de

Honor quien la otorgaba, pero Pedro siempre estaba recordándome la necesidad de estar Listo y Alerta en cualquier momento. Además tenía mucha ilusión por hacerla e igualarme a la mayoría de mis compañeros, convirtiéndome en un auténtico scout de pañuelo al cuello. Decidí, en definitiva, poner manos a la obra y empezar a trabajar en algo que fuera el fruto de mi trabajo y que llevaría encima para siempre.

En el cajón de herramientas de mi padre había encontrado dos grandes tacos de madera, que serían —tan sólo uno en principio— la base para formar un posible pasador. Aunque aquel trozo era excesivamente grande como para llevarlo colgado, no me faltaron ganas, ni escamoteé esfuerzo para serrarlo, moldearlo y limarlo, hasta conseguir un cilindro macizo de dimensiones reducidas y ya pequeño. (Esta operación me llevó más de un día, lo que puede dar muestra del trabajo realizado en un principio).

Continué haciendo un pequeño agujero central por donde meter una lima redonda y ahuecar la madera con objeto de poder pasar las puntas del pañuelo por su interior. Aquel nudo estaba casi listo, pero un día, al ponerlo entre las mordazas del tornillo de sujeción y continuar limando el interior, apreté demasiado y todo quedó reducido a varios trozos de madera inservibles. Aquella circunstancia recuerdo que me enfadó, pero no hizo que desistiera en mi trabajo. Cogí el segundo taco, último de la caja, y empecé de nuevo a trabajarlo, esta vez en sentido inverso y ya con cierta

experiencia. Primero el agujero central y después la forma exterior. Al final tenía un casi perfecto cubilete artesano que utilicé para estropear un pañuelo, pues su interior tenía virutas y maderillas que lo desgarraron.

Seguí trabajando con limas más finas y un poco de lija, después lo barnicé todo y “maté” los cantos. Había quedado muy bonito, y lo que es más importante, había sido el fruto de mi propio trabajo —quizá fuere la primera cosa hecha verdaderamente por mí mismo—, pero no estaba contento, era muy vulgar y lo encontraba falto de algo. Efectivamente, más hermoso lució lo cuando forré con piel de leopardo. Fui a una peletería a ver si me daban un trozo de guepardo, pero semejante animal no era conocido en aquel establecimiento y tuve que contentarme con un pedazo de leopardo, que para el caso es lo mismo. Ahora sí que el pasador era bonito, más que antes, pero menos “fino” que cuando recorté los pelillos de la fiera y fui dibujando una pequeña flor de lis con el hueco dejado. Tenía el nudo listo, sólo faltaba poder llevarlo.

Después de casi seis meses en la Tropa, sin faltar a ninguna reunión o salida o actividad, pasando satisfactoriamente todas las pruebas que me pusieron, demostrando mi espíritu scout y haciendo de la Ley una constante y observada norma de conducta, llegó, por fin, el día de la Promesa. Bueno, eso creía, pues hasta el mismo momento de formularla no lo supe realmente.

Ya me parecía extraño que Pedro me llamase por teléfono aquel martes por la noche, para decirme que debía ir a la Base el miércoles a eso de las ocho y media de la tarde y de uniforme. Por más que le pregunté la razón de mi presencia en un día laborable y de uniforme, no pude enterarme a ciencia cierta de qué se trataba: que si era digno de confianza, que ya lo sabrás a su tiempo; que si no quieres ir que no vayas; que si patatín y patatán. El caso es que me presenté puntualmente la cita.

Allí estaba Alfredo y también “el Yesus”, ambos correctamente uniformados y balanceándose sobre las sillas.

— ¡Hombre, tú también! —exclamó “el Yesus”.

— Lo mismo os pregunto yo —contesté—, creía que iba a estar toda la Tropa o cuando menos mi Patrulla, y ya veo que sólo hemos venido tres. Pero como verás, los Guepardos somos más puntuales que vosotros, Castores, y de momento vamos ganando por dos a uno.

— No, Ramón —intervino Alfredo— no se trata de una reunión ordinaria en la que participen todos y que podamos contabilizar para nuestra particular guerra de puntualidades, sólo hemos sido invitados a la fiesta nosotros tres.

— ¡Qué bien!, ¿pero dónde está la música y la merienda?

— La música está allí dentro —continuó Alfredo, señalando el Kraal de Jefes que se encontraba cerrado—. Llevan reunidos desde las siete y media de la tarde y eso que sólo somos tres. Mal me huele el asunto.

— ¿Pero qué narices pasa?

— Hay Corte de Honor —contestó “el Jesus”— uno de los temas a tratar en ella, creemos que sea nuestra posible Promesa. ¿Por qué si no esta cita y de uniforme? Dentro de poco nos irán llamando, entraremos en el Kraal y que Dios se apiade de nosotros. A mí es la segunda vez que me llaman y espero que sea la última. Aunque realmente no estoy muy seguro de que me la concedan. Es igual, de no hacerlo, me iré del Grupo, estoy ya cansado de esperar tanto.

— Hombre, no te pongas así. De no dársela a alguien sería a mí, que llevo menos tiempo en el escultismo, tú ya tienes casi un año y Alfredo estaba en la patrulla antes que yo.

— Pero eso no lo dice todo —intervino Alfredo, mientras hacía que su silla recobrase la postura normal— influyen mucho las faltas a reuniones o salidas, además, ahora creo que mi comportamiento no ha sido del todo perfecto.

— De eso precisamente —volvió a hablar “el Jesus”— estarán hablando ahora. Si el jefe de patrulla sabe defender a sus patrulleros correctamente, la Promesa se concede a pesar de los posibles contras. Hubo una vez que se tiraron más de dos horas hablando de un tío y al final se la dieron.

En aquel momento se abrió la puerta del Kraal y salió Pedro impecablemente uniformado.

— Que pase Alfredo Cancelas, los demás aguardad aquí.

Alfredo se levantó un poco nervioso, nos miró excitado y marchó hacia el Kraal mientras intentaba meterse los faldones de su camisa por el pantalón.

— ¡Crees que se la darán? — le pregunté “al Yesus”.

— No sé, tú le conoces más, está en tu patrulla. Ten en cuenta que la Promesa se consigue por uno mismo a pesar de que sean otros quienes por tí la piden y para tí la conceden. Si ellos han visto la capacidad y espíritu scout de cualquiera, ten por seguro que se la dan; pero como Juanjo haya anotado algo en su famosa libreta negra, malo, es muy seguro que hasta el Jefe de Patrulla se encuentre con una bronca.

— No será para tanto.

— Sí, sí que es para tanto y mucho más. ¿No te has dado cuenta de que Juanjo nunca regaña a nadie? Dice que si alguien falla es porque su jefe de patrulla falla y por lo tanto, es a él a quien debe rectificar, Ya llevo mucho tiempo aquí y sé cómo funciona el tinglado. Estarás de acuerdo conmigo en admitir que es un excelente Jefe de Tropa, pero algunas veces es excesivamente rígido. Siempre lleva consigo una libreta de color negro en donde anota las cosas malas. Dice que las buenas no se necesitan apuntar porque lo bien hecho es contestación a una actitud normal y no requiere halagos ni justificaciones; en cambio, las malas, son fruto de anormalidades que necesitan corregirse, si no en el momento, por determinadas circunstancias de tiempo o lugar,

sí en el futuro, por lo que necesita apuntarlo para no olvidarlo.

— Macho, es una teoría muy buena.

— En esencia sí, pero ¡quién no tiene errores personales inachacables al Jefe de Patrulla?

— Bueno, la teoría creo que radica en la transmisión de poderes o algo parecido. De tal forma que una Tropa funciona todo lo bien que la Patrulla menos buena lo haga, igual que una cadena resiste tanto como su eslabón más débil. Y si aquella tiene la responsabilidad de un Jefe de Patrulla, será él quien responda de la buena o mala marcha de la Tropa ante Juanjo, que, en definitiva, es el máximo artífice del esculptismo en la Tropa. Si un scout falla, es porque su Jefe de Patrulla falla, y éste porque su Jefe de Tropa también falla. ¿Comprendes? Transmitiendo o canalizando las responsabilidades, se llega a conseguir algo compacto en lo que todos son parte esencial de su funcionamiento. Por lo menos yo lo veo así y admito la jefatura de Pedro, a pesar de tener casi la misma edad que yo.

— Ves, ese es otro de los puntos en los que yo no estoy de acuerdo y que quizá sea el que más influye para dejar el Grupo si no me dan la Promesa.

— Un momento, no me vas a decir que tu esculptismo está en función de un pañuelo más o menos vistoso.

— No es eso Ramón, pero me encuentro como fracasado, vencido. Es la segunda vez que discuten si me la dan o no; no te puedes imaginar cómo salí de aquí, estaba

convencido que me la daban y... Zas, se me calló el mundo encima. ¿Qué harías tú, si después te dicen que no estás preparado para hacer la Promesa? Sinceramente...

— Hombre, no sé, pero desde luego no pensaría en irme, continuaría, y a ser posible mejor que antes, más convencido y esforzándome al máximo en todo. Me daría cuenta de que el escultismo es algo más que un juego de niños y que debo prepararme para hacer una Promesa tan seria, con todas las garantías para ser un buen scout. Bueno, pero también me fastidiaría un tanto...”

— Ves, pues eso es lo que me pasó a mí. Salí hundido y me repuse para comenzar con más fuerza. Así que ahora tengo tanta ilusión que otro paso negativo sería desastroso. No quiero ni pensarlo. Sólo deseo ser un scout completo, con mi compromiso sellado, ser un auténtico scout.

— Macho, me estoy dando cuenta que si se la niegan a alguien, será a mí, pues te encuentro más capacitado que yo.

— De eso nada...

En aquel momento se abrió nuevamente la puerta del Kraal y salió Alfredo. Le miramos con expectación, pero su rostro no dejó transmitir ninguna respuesta.

— Que pase Ramón de Soto.

— Suerte — me deseó “el Yesus”.

— Gracias.

El Kraal de Jefes no era muy grande, quizá algo mayor que el rincón de Patrulla, pero la penumbra en la que se encontraba influía para que yo lo viese enorme y oscuro. Allí estaban los cuatro jefes de patrulla, Juanjo y sus dos Ayudantes. Todos llevaban el uniforme a la perfección, sus pañoletas, los distintivos de clase, insignias... que me produjeron más seriedad y respeto que la idea tenida en principio. Sólo habló mi Jefe de Patrulla, Pedro, mientras el resto escuchaban y mantenían la mirada baja y perdida.

— Ramón, ¿sabes el 7º artículo de la Ley?

— Sí, —contesté—. El scout es obediente, disciplinado y no hace nada a medias.

— La Ley Scout no hay que saberla de carrerilla — dijo Pedro— hace falta cumplirla; no se trata de conocer 10 puntos, sino de vivir conforme a ellos. ¿Crees estar capacitado para formular próximamente la Promesa?

— El tiempo que llevo en el escultismo —contesté— es poco, comparado con el que pretendo estar, pues deseo enormemente convertirme en un scout y llevar mis ideales por donde vaya, cumpliendo, como acabas de decir, la Ley Scout.

— Bien, la Corte de Honor ha decidido que en la próxima salida de Tropa hagas la Promesa; la decisión ha sido tomada después de estudiar los informes relativos a tu comportamiento y adiestramiento; al final, hubo cinco votos a favor y dos en contra. Espero que seas capaz de mantener la confianza que esta Corte de Honor deposita en tí.

— Gracias.

— Antes de marcharte: no debes comentar con nadie el resultado de la Corte de Honor, ni lo que aquí se ha decidido y votado.

— De acuerdo.

Pedro entonces me estrechó su mano izquierda y nos saludamos como verdaderos scouts. (Ese simbólico saludo con la zurda, que mantiene la tradición a raíz del encuentro entre Baden-Powell y aquel Jefe Boer, el saludo sincero con la mano que está más cerca del corazón).

Seguidamente me despedí del resto de los allí presentes y me abrieron la puerta del Kraal. Salí. Me crucé con la mirada interrogativa “del Jesus” y bajé la vista para no enfrentarme con él.

— Jesús Bustillo, puedes pasar —se escuchó de nuevo desde la puerta.

La salida que hicimos en la sierra aquel fin de semana pudiera parecer normal, aunque en mi interior se revistiese como importante por considerarla especial; era excursión de Tropa, a pesar de haber salido las patrullas de lugares distintos, y era en la que yo iba a formular mi Promesa.

En Madrid nos juntamos todos como: era habitual en el local y partimos hacia la estación de cercanías, siguiendo el recorrido cotidiano por las calles y plazas y formando la silenciosa hilera monocolor por la ciudad, bajo las curiosas miradas de las gentes. (Realmente el pañuelo y el sombrero atraen mucho la atención).

El viaje fue normal aunque anormal fuese la llegada a destino, pues dos patrullas se bajaron en una estación y las otras dos en la siguiente. En aquella salida hicimos una especie de raid por patrullas con encuentro de Tropa en un punto común. Y a pesar de la tardanza de los Castores —que ya empezaban a inquietar al flemático Juanjo— por la noche estábamos toda la Tropa reunida en el lugar señalado. Y después de la cena, esa comida estupenda que los cocineros de Patrulla se empeñan en hacer difícil y que siempre sirven fría y mal hecha, tuvimos velada de la tradicional Vela de Armas.

Unos suaves cantos acompañaron el comienzo de la reflexión nocturna, en torno al fuego encendido y que calentaba nuestros entumecidos cuerpos. (La marcha había sido larga y al caer la tarde refrescó bastante y junto a la “exquisita” cena, pues eso, estábamos rotos).

La velada estaba exclusivamente reservada al comentario de un tema común: La Promesa scout. Los que ya la tenían y eran más viejos en la Tropa, hablaban de lo que para ellos había significado su enunciado y la transformación sufrida desde entonces, siempre para bien de su formación y como punto de partida de un nuevo sistema de vida. Los que no la teníamos —aún éramos ocho y sólo tres la haríamos al día siguiente— nos manteníamos a la escucha para aprender, aunque de vez en cuando soltásemos alguna parrafada de nuestra propia cosecha.

— Considero que la Promesa es un trampolín de lanzamiento hacia nuevas cosas, nuevas aventuras y nuevos



horizontes. Hasta ahora he tratado de portarme de acuerdo con el modelo scout que me presentasteis, pero sin el reconocimiento exterior y el compromiso interno. Era como si estuviese buscando una meta a mi forma de ser, para que cuando la consiguiese, no dar por concluido mi camino y dejar ya de esforzarme por el escultismo, sino todo lo contrario: olvidar el trayecto recorrido y partir de una base ya reconocida por todos y que me exigirá una mayor vivencia de la Ley Scout.

— Yo creo que sí, que como más importante está el efecto de lanzadera o trampolín, según lo que acabas de decir, para ir buscando cada día cosas mejores y superarnos efectivamente en todo cuanto hagamos.

— Para mí la Promesa es algo más que un significado o una aprobación. Por encima de todo está la idea de ligarse definitivamente a todos esos millones de muchachos, que como nosotros, creen en el escultismo y aceptan libremente el compromiso para con el Movimiento Scout. Es como sentirse partícipe de una gigantesca obra que necesita del esfuerzo y trabajo de todos cuantos en ella están, unidos entre sí, con mucha fuerza, sólo con el compromiso libremente aceptado que se expone a través de la Promesa.

Sí, cada uno decía lo que mejor le parecía y con las palabras más asequibles, sencillas, pero que al salir de un interior reflexivo y cariñoso se transforman en importantes y

decisivas. Como decisivo fue para mí, el comentario final que Juanjo realizó:

— Vosotros no sabéis aún, a ciencia cierta, el alcance de las palabras que mañana pronunciaréis, solemnemente, ante la flor de lis de nuestra Bandera y el testimonio perpetuo de vuestros compañeros. Yo tampoco sé todavía hasta dónde puede llegar mi propia Promesa. Cada día encuentro nuevas razones y me enfrento con hechos reales que de alguna forma están ligados con el pañuelo que llevo al cuello. Este mismo trozo de tela me ayuda en los momentos difíciles y hace que me supere constantemente; es el guardián perpetuo de mi vida y la causa primaria de mi amor por ella. Las frases que mañana evocaréis son todo un mundo a vuestro alcance, será la contestación a vuestros actos y el norte que os guiará hacia los más hermosos e importantes ideales a los que un hombre puede aspirar.

Terminó aquella emotiva velada y todos los compañeros se fueron a las tiendas de campaña. Cerca del fuego permanecimos los tres que haríamos la Promesa al día siguiente, juntos en nuestra Vela de Armas.

Aquella noche debía reflexionar sobre todo lo que había escuchado y tratar de llegar a un convencimiento personal. Pensé en mi corta vida dentro del escultismo, desde aquella primera excursión por la nieve, hasta ese momento junto al fuego, tendido con mi saco en el suelo y con la presencia cercana de los otros dos scouts. Pensé en el modelo humano que orientara mi vida y que sería la invocación a

ciertas cualidades que presidirían mi Promesa y la futura vida a imitar. Salomón. La idea obsesiva por una justicia. Salomón, el personaje bíblico, se presentaba ante mí como la cualidad idónea a observar. Sí, quería parecerme a Salomón para que siempre prevaleciese en mí la sabiduría, justicia y equidad de actos. Estaba decidido.

Durante toda la mañana del domingo sentía el nerviosismo recorrer mi cuerpo. Andaba como tonto de un lado para otro, dentro de las actividades normales, siempre pensando en la Ceremonia y tratando de memorizar correctamente todo cuanto tendría que decir en ella. Me habían entregado un papelito en el que se condensaba todo el planteamiento y ceremonial de la Promesa. Era sencillo, pero la tensión a la que estaba sometido y el nerviosismo interior influían para que me pareciese difícil.

A media mañana llegó el Consiliario juntamente con el Jefe de Grupo. Me pareció importante que el “gran jefe” se llegase hasta nosotros por el sólo hecho de asistir a la Ceremonia. Era un detalle que me halagaba y un honor para toda la Tropa contar con su presencia.

Hubo misa. Sencilla. Casi rústica. Como todas las celebraciones al aire libre y baja la mirada y el sentimiento de la Naturaleza. Álvarez, el consiliario, habló en la homilía de la Promesa, del compromiso que íbamos a contraer dentro de poco, de la unión entre el ser scout y el cristiano, de la alegría de Dios por el escultismo y sobre el aspecto misionero y evangelizador de nuestro Movimiento. Al final, casi

sin romper la intimidad de la celebración, al “podéis in paz” comenzó la Ceremonia.

Ernesto hizo el ademán característico para de formación en herradura, y al estar en posición de Siempre Alerta, Miguel, con la Bandera Scout, avanzó hasta situarse en la parte abierta de la formación junto a Juanjo, el consiliario y el Jefe de Grupo.

Juanjo habló durante unos minutos sobre la importancia del acto que íbamos a realizar y terminó invitando a los “pieternos” para que en poco tiempo formularan también ellos la Promesa. Acto seguido me llamó. ¿Por qué tendría que ser yo el primero?

— Ramón de Soto, de la patrulla Guepardos.

Pedro salió de la formación para acompañarme, llevaba el Banderín de Patrulla, saludó a los Jefes y retrocedió unos pasos hasta quedarse detrás mía. Yo me mantenía rígido y hasta un poco paralizado. Comenzó el diálogo.

— ¿Qué deseas? —preguntó Juanjo.

— Ser Scout —contesté secamente.

— ¡Para qué?

— Para aprender a mejor servir a Dios y a mi Patria.

— ¿Qué ventajas materiales esperas?

— Ninguna.

— ¿Cuáles son las Virtudes principales del Scout?

— Lealtad, Abnegación y Pureza.

— ¿Cuál es la primera obligación del Scout?

— La Buena Acción diaria.

- ¿Conoces la Ley Scout?
- Sí, la conozco.
- Dime el noveno artículo de nuestra Ley.
- El Scout es austero, trabajador y no hace nada a medias.
- ¿Prometes observar fielmente la Ley, los Principios y Virtudes de los scouts?
- Sí, de todo corazón.
- ¿Por cuánto tiempo?
- Con la ayuda de Dios, para siempre.
- ¿Puedes decir la figura humana que elijas por modelo de vida?
- Sí: Salomón.
- Confiando en tu honor y lealtad, te admitimos a formular la Promesa Scout, pero antes, como cristiano después del bautismo, acude al Padre a recibir su bendición.

Ya lo había dicho, ya estaba tranquilo, el primer paso había sido correcto y la tensión fue desapareciendo paulatinamente. Avancé unos pasos hasta ponerme frente a Álvarez y doblé mi rodilla derecha ante él.

— Que la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, junto a la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de los exploradores, recaiga sobre tí. Amén.

Me levanté y nuevamente fui hasta Juanjo. En ese momento Ernesto solicitó el saludo de todos quienes

tuviesen la Promesa y Miguel colocó horizontalmente la Bandera frente a Juanjo. Coloqué mi mano izquierda sobre ella, la derecha haciendo la Señal Scout y comencé lentamente:

— Prometo por mi honor, y con la ayuda de Dios, hacer cuanto de mí dependa por cumplir mis deberes para con Dios y la Patria, ayudar al prójimo en toda circunstancia y cumplir fielmente la Ley Scout.

Había formulado la Promesa, ya era un auténtico scout, formaba parte de los caballeros exploradores.

Juanjo me colocó la pañoleta, ese pañuelo enrollado azul y blanco por tanto los colores del Grupo, ajustándolo adecuadamente con el bonito pasador que me había fabricado. Puso la flor de lis sobre el sombrero y dándome la mano izquierda y saludándome, dijo:

— A partir de este momento, entras a formar parte de la Gran Fraternidad Mundial Scout.

Me retiré unos pasos hasta quedar frente a Pedro, le estreché la mano e hice la Promesa de Obediencia al Guía:

— Prometo obedecerte como Jefe, amarte como a un hermano mayor y ser leal a la Patrulla.

Pedro sonrió y apretó fuertemente su mano a la mía. Sacó de su bolsillo las cintas de Patrulla y me las colgó del hombro izquierdo: eran los colores amarillo y negro de los Guepardos.

Ambos saludamos a los Jefes y al resto de la Tropa, antes de dirigirnos a nuestros lugares de formación.

— Jesús Bustillo, de la Patrulla Castores —se escuchó a continuación.

CUARTO RECUERDO

No estoy seguro de que fuera aquel primer campamento la razón de peso, aunque de frágil idea, para continuar y afianzándome en el escultismo, O, cuando menos, parte esencial para una ilusión continuada. Pero el campamento no puede describirse en unas cuartillas, ni siquiera recordarlo para hablar de él; es necesario vivirlo, participar, tostarse al sol, sacarles callos a las manos y dejar que el corazón se agrande e hinche cuando respiramos en la explanada. Y un campamento vivido, el primero, siempre deja huella profunda en el interior de quienes participan.

Una de las frases más bonitas que he oído para definir un campamento scout, es aquella que Juanjo siempre tenía a bien contarnos cuando entraba en la melancolía de una exposición campamental y que Eduardo también hacía suya mientras nos preparábamos con vistas al verano.

— Campamento se escribe con diez letras independientes pero que forman un conjunto armónico y lleno de

lógica. Empieza por C de carácter; carácter antes de ir y cuando se vuelve; el carácter fuerte, viril, es necesario para acometer la idea con todo lo que encierra y no sucumbir ante las dificultades y problemas que arrastre; y después de vivir el campamento nuestro carácter se ha forjado un poco más con la realidad que entraña el sentirse más hombre. A de aventura constante, misteriosa, oculta; el campamento es toda una aventura inacabable que comienza el primer día y no termina jamás, aun cuando se exploren las cuevas, remonten ríos, construyan cabañas, se camine en la noche o se ascienda a las cumbres. La M encierra toda la maravilla del campamento y los maravillosos campamentos que juntos nos aguardan; siempre nuevos y esperados, distintos y entrañables. El provecho que cada uno saca del campamento, P, es infinito y siempre en el camino para conseguir esa formación que buscamos en nuestro escultismo; el provecho físico y espiritual pueden ser las dos aglutinantes de todo un mundo a nuestro alcance. No puede faltar la Alegría con que se vive el campamento y que es la manifestación reina durante quince días. Se trabaja con alegría, se juega con alegría y se vive alegremente. Sentirse Miembro del Grupo, de la Tropa, en definitiva, de la Patrulla, es otra de las cualidades más firmes en el campamento. Cuando se está por la noche en el fuego o se prepara la comida del mediodía, todos nos sentimos miembros y partícipes de una vida y una tarca. Todos somos uno en el campamento. E, no podía faltar, del escultismo, que es lo que posibilita la actividad y siempre está

presente en el mástil de banderas, en el espíritu que nos mueve y en el estilo con que se vive. El campamento scout se parece poco al campamento convencional, porque es un campamento para hacer escultismo. Y en donde todo lo que estamos planeando se va a realizar, el lugar para encuadrar nuestras ilusiones y tiendas de campaña no es otro que la majestuosa Naturaleza. Sin ella, todo el campamento se vendría abajo, sería deficiente y hasta un poco absurdo. El campo, los árboles, la montaña, los ríos, la lluvia, el rocío, el sol, la noche, son Naturaleza, que es lo mismo: campamento. Trabajo, escuetamente, trabajo. Todo lo que hasta aquí os he dicho no puede hacerse vagamente, sin esfuerzos. Es preciso trabajar sin descanso, como en nuestra oración, para levantar el campamento scout que queremos y ansiamos, para hacer posible esa aventura maravillosa en la Naturaleza, ese escultismo alegre para provecho de nuestro carácter y que asciende con fuerza en cada uno de nosotros, como miembros partícipes, para erguirse con Orgullo en la flor de lis que pende del corazón. El mismo orgullo con que llevamos el pañuelo al cuello, de nuestra Promesa, y cumplimos la Ley Scout.

Si estas frases, bonitas y aleccionadoras en verdad, condensan el ideal esquematizado del campamento, también, esquemáticamente, la patrulla Castores tenía a bien reírse de nosotros, los Guepardos, mediante una sui generis concepción del campamento a raíz del gran juego en el que fuimos hechos prisioneros y maltratados bárbaramente,

mientras permanecíamos atados y con la boca cerrada en los postes de los tormentos.

— Mirad, mirad —pregonaban los Castores—: he aquí a los Guepardos disfrutando del maravilloso campamento.

Y como una de las características técnicas de nuestra Patrulla era la organización, minuciosa organización en todo cuanto preparábamos o proyectábamos, pronto fue la nota risueña para que se mofaran de nosotros. Y durante aquel juego, bien que se rieron.

— Mirad, mirad como en esta parcela de los Guepardos se vive el campamento. Son Cucarachas Atadas Mediante Pita a Maderos Erguidos. Naturalmente Todos Organizados.

— Ja, ja, ja – reían sin parar los osados Castores.

Pero, naturalmente, nuestra venganza fue de rápida ejecución. Y después de ganarles en la Olimpiada Campamental, como vencedores que fuimos, tuvimos la oportunidad de someterles a nuestras imaginadas torturas. Y mientras estaban tumbados en la pradera, cual largos eran, atados de pies y manos mediante cuerdas cruzadas y sujetadas a pequeñas maderas hundidas en el suelo, les cantamos nuestra inventada canción campamental al tiempo que se les hacía cosquillas en las plantas de los pies, y Pedro, como Jefe de Patrulla, les callaba sus risas y ardorosas carcajadas con cubos de agua sobre sus histéricos rostros.

— Mirad, mirad — entonces gritábamos nosotros — aquí tenéis a los Castores del campamento. Es la Caca Atada Maquiavélicamente Para Alabarnos Mejor En Nuestro Terreno Olímpico.

Esta fue una de las características de aquel campamento, el primero vivido por mí: la lucha despiadada interpatrullas. Claro, que todo quedaba reducido a una competencia deportiva y muy dentro del estilo scout como tónica general de aquellos quince días. Al margen de las clásicas disputas para prevalecer como la mejor Patrulla, todos nos esforzábamos por hacer una buena Tropa y manteníamos las mejores relaciones a nivel de embajadores, pues no podíamos pasar a las parcelas de otros sin el consentimiento expreso de los visitados. Íbamos con cabecillas diplomáticos. En definitiva, hacíamos vida de y para la Patrulla. El Honor de la Patrulla era lo más importante.

Una de las luchas titánicas fue la “guerra del banderín”, que casi termina en batalla campal y en la que intervino hasta la Corte de Honor.

Cuando al cuarto día de estar en el campamento se pasó revista a las instalaciones en la ceremonia de la Inauguración, nos dimos cuenta que el nivel técnico de las construcciones era muy similar en las cuatro Patrullas. Si los Águilas habían hecho una cocina elevada verdaderamente preciosa y útil, los Pumas se distinguieron por su comedor, auténtica construcción arquitectónica que derrochaba imaginación y funcionalidad, mientras que los Castores

pusieron todo su trabajo en levantar una portada a su parcela, digna de considerarse como pórtico de la gloria, mientras que nosotros nos enorgullecíamos de la grandiosa torre de observación enclavada en el centro geométrico de nuestro terreno. Pues bien, los Castores se picaron porque pusimos nuestro banderín en lo alto de la torre y parecía, dada su elevación, el estandarte general de todo el enclave de la Tropa. Hubo reclamaciones oficiales al Jefe de Tropa, y las otras Patrullas se solidarizaron para influir al objeto de que nuestro banderín de patrulla no figurase en lugar tan alto y por encima de los de ellos. Juanjo juzgó el problema y decidió que no tenía jurisdicción en el terreno particular de las Patrullas, por lo que no podía solicitar a los Guepardos el que arriasen su banderín de la torre. Entonces, y siguiendo una estrategia general, las tres Patrullas acordaron elevar sus banderines por encima del nuestro.

Los Águilas, siempre tan prácticos, se contentaron con pasar una driza por lo alto del pino que más se elevaba de su parcela, y colocar en la copa el banderín. Decían, para justificarse ante nosotros pues con ellos manteníamos buenas relaciones diplomáticas, que los Águilas hacían el nido en lo más alto, y que por lo tanto tenían derecho a ondearlo allí.

Los Pumas, que trabajaron con sigilo, decidieron levantar un gran mástil que sobresaliese por encima de la espesura del bosque. (Después los Águilas se cabrearían con ellos, pues su banderín apareció más arriba de la copa del

pino). Eligieron cuatro árboles próximos entre sí y dentro de su parcela, claro está, para, y mediante troncos unidos, ir levantando el gran “monstruo”, como ellos lo llamaron. El primer madero que hacía de base fue colocado en el centro de los cuatro árboles cercanos y sujeto verticalmente mediante palos transversales amarrados a los pinos. Los Pumas se encaramaban en ellos e iban elevando el siguiente tronco, atado al anterior por un amarre en redondo, y sujetándolo a las ramas de los árboles que ya se entremezclaban. Al final, el mástil sobresalía en el último tronco que lo formaba por encima de los cuatro pinos elegidos y portando el banderín de los Pumas.

Los Castores fueron más prácticos y nos sorprendieron a todos con su original idea, que sirvió, más tarde, para que nuevamente nuestro banderín ondease más arriba de los demás. Trabajaron en la construcción de lo que denominaron el “ágil castor”. Consistió en la fabricación de un globo rudimentario a base de plásticos y pegamento, utilizando unos ponchos viejos y haciendo la estructura de finas cañas secas. En honor a la verdad hay que decir que consiguieron un bonito artefacto en donde colgar, a base de hilos de sedal que el Intendente les suministró en unos de sus viajes al pueblo, en un tanto mancillado “honor de la patrulla” simbolizado en su banderín. En la parte baja del globo y muy cerca de su abertura, estaba situada la pequeña barquilla metálica en donde ardía un algodón empapado en alcohol.

El invento, a pesar de estar ya patentado, consistía en que la llama del algodón ardiendo calentase el interior del globo y este se elevase lentamente sujetando el banderín. (Lo malo del “dirigible” era cuando se consumía el combustible y se enfriaba el aire, y el “castor” caía en picado a pesar de las miradas suplicantes de los otros castores).

Entonces nosotros también nos picamos y construimos el “guepardo volador”. Una sencilla cometa arrastraba nuestro banderín y se situaba a merced del viento, fuertemente sujetado a la torre de la parcela mediante un fino hilo de bramante. Nuevamente habíamos vencido. El Siempre Adelante, apoyado en el simbólico K-2 era el orgullo de los Guepardos.

Pero una mañana nuestra cometa amaneció rota y estrellada contra el suelo; el globo de los Castores pinchado y enredado entre unas ramas; los amarres del mástil de los Pumas cortados y por lo tanto destruido; y la cuerda que elevaba el banderín de los Águilas, cortada y desprendida.

La lucha se había entablado y todos nos acusábamos mutuamente. Que si los Castores habían oído ruidos extraños por la noche en la parcela de los Pumas; que si los Águilas habían tenido una reunión clandestina después del toque de silencio; que si un Guepardo fue amenazado por un Castor... Juanjo intervino y a petición de los Jefes de Patrulla convocó una Corte de Honor para investigar el caso y tomar decisiones al respecto, pues el honor de las patrullas estaba por los suelos. Al final, todos contentos. Ninguno había

obrado con mala intención o en contra de la Ley y el espíritu scout. El culpable había sido el “zorro”, que hizo —y bastante bien, por cierto— sus zorradas, pero que no cumplió lo estipulado en el juego: firmar sus acciones con la característica zeta.

¿Quién era el zorro? ¿Quién se había aprovechado de las tensiones entre las patrullas para sembrar el caos y la discordia? El juicio contra el zorro fue de lo más apasionante.

Ya nos había hablado de la presencia de tan singular personaje, antes de comenzar el Campamento.

— Señores: durante estos días estarán rondándonos un Zorro y dos ayudantes suyos. Nadie sabe quiénes son, tan solo ellos lo saben y tienen que ocultarlo. Se encargarán de ir haciendo zorradas, o lo que es lo mismo, la puñeta a todo el mundo. Tienen inmunidad para efectuar sus actos en cualquier lugar y momento; únicamente tienen que informarme de su próxima zorrada para darles vía libre. Vosotros podéis descubrirlos y desenmascararlos. Bien entendido que, si falláis en la acusación, estaréis sometidos al “tormento” que el acusado desee realizar. Cuando alguien haya reunido pruebas suficientes como para convocar un juicio, que lo haga. Allí se tratará de poner claridad al asunto.

Alrededor del pequeño fuego del campamento nos habíamos colocado todos los de la Tropa, cubiertos con mantas y ponchos — pues el frío era intenso — para desenmascarar a la terrible alimaña que se había cachondeado de



nosotros tan impunemente. La mayoría se frotaba las manos, como avanzada al caldeamiento general de la sesión, y para mitigar la baja temperatura reinante, mientras otros se cuchicheaban al oído para poner en claro las acusaciones pertinentes o los diferentes puntos de ataque. Algunos tenían auténticas estrategias. Y el primero que se levantó fue “el Yesus”.

— Yo acuso a Pedro, Guía de la Patrulla Guepardos, de ser el zorro.

Estoy seguro que en aquel momento toda la sierra se estremeció, pues de lo más oculto del bosque en donde se estaba desarrollando tan peculiar juicio, salió una exclamación tan grande que hasta la sombra del propio “Yesus” pareció conmoverse. A la general interrogante le sobrevino la algarabía colectiva, para terminar en una encrespada hucha de griteríos de todos contra todos. Juanjo tomó la palabra.

— Bueno, ya está bien, llevemos las cosas con calma. A ver, Pedro ¿eres tú el zorro?

—No —respondió— yo no soy el zorro.

— Jesús —continuó Juanjo— para juzgar a Pedro es necesario tener pruebas acusatorias y darle opción a que se defienda. ¿Puedes exponer la base de tus acusaciones?

— Sí, —empezó “el Yesus” con firmeza—. Tengo la prueba fundamental que demuestra la culpabilidad de Pedro: estos calzoncillos.

Nuevamente la sierra se conmovió. Las carcajadas y sobresaltos se elevaban hasta querer romper algún que otro

estrato colgado del cielo. Los “oes” y “aies” se escuchaban en eco como si salieran de un acantilado.

— Bien, Jesús —interino Juanjo— puedes continuar.

— Pongo estos calzoncillos por muestra de que Pedro es el zorro, ya que fueron los únicos que no se colorearon con mercurocromo, al igual que el resto de toda la colada que estaba tendida en el lavadero. Como recordaréis, hace ya dos días que toda la ropa lavada el día anterior amaneció pintada de rojo... todas las prendas, menos estos calzones, que por sus iniciales grabadas P.G.C., corresponden a Pedro García Correas, más conocido entre nosotros por “el cintu” y que es el Jefe de la Patrulla Guepardos; además, por su talla no hay duda, ningún otro tiene el culo tan gordo.

— Bien, Pedro —preguntó Juanjo— ¿reconoces esa prenda como tuya?

— Sí, los calzoncillos son míos, pero yo no fui el que pintó el resto de la ropa tendida. Es más, ahora que veo en poder de quien han aparecido mis calzoncillos, no me queda más remedio que acusar “al Yesus” de ser el zorro y de montar todo este numerito para ocultar su verdadera identidad y tratar de liarnos a todos. Además, cuando fuimos a recoger la ropa aquel día ya noté que me faltaba ese slip y en el suelo estaba escrita la zeta del zorro. No sólo pintó toda la ropa, sino que se llevó, haciendo una nueva zorrada, mis calzones

— De eso nada — aclaró “el Yesus” — que tus calzoncillos estaban colgados en la cuerda cuando yo fui al tendedero, y al observar que no estaban pintados me los llevé como prueba definitoria de tu delito.

— Ya —nuevamente habló Pedro— es la excusa que pones para no reconocer que te he pillado. ¿Quién te mandó ir a nuestro tendedero? ¿Serías capaz de enseñar las existencias de mercurocromo de tu botiquín? ¿Cómo explicas que fueras el primero en descubrir el saco de dormir de Fernando en el hoyo general de desperdicios? ¿No lo habías tirado tú allí, como zorro que eres, y diste la voz de alarma porque nadie había reparado en ello?

Durante un buen rato se estuvieron tirando trastos a la cabeza ambos acusadores y acusados. El resto de los asistentes nos manteníamos a la expectativa para poder juzgar sopesando los pros y contras que delatase a alguno de ellos. Lo que estaba claro era que el zorro había lado de tal manera las cosas, que sería difícil desenmascararlo de verdad; y que también había cumplido a la perfección su misión de puñetero e incordiador.

Al final, en las votaciones, ninguno de los dos fue declarado culpable. Tampoco ningún otro se aventuró a acusar a un supuesto zorro. Tanto Pedro como “el Yesus” fueron condenados a pasar la noche atados a un pino, con una manta como abrigo.

Aquella noche tardé bastante en dormirme, pues los remordimientos no me dejaban aceptar que yo, como zorro,

tuviese la culpa del castigo de mis compañeros. Pero ¿si me hubieran descubierto no habría acabado yo en el mismo lugar con ellos?

Al margen de los incidentes más o menos anecdóticos del campamento, no cabe la menor duda al decir que los quince días fueron pletóricos en experiencias y vivencias. Como la caza de los terribles “gamusinos”.

— Hay que tener mucho cuidado —informaba Pedro a los aventureros y encandilados críos— con los gamusinos, pues si bien no atacan al hombre, hay veces que te pueden morder, sobre todo cuando tienen hambre o están en celo. Fernando una noche los vio rondando por el campamento, ¿verdad?

— Sí, es cierto. Hace dos días, cuando comenzó la luna llena, vi a dos gamusinos corretear cerca de la intendencia. No los pude distinguir muy bien, pero me di cuenta de que eran peligrosos. Tenían la cabeza como de león, pero más pequeña y sin pelo, con colmillos blancos que resaltaban en la noche; el cuello era largo y delgado, quizá... sí, como el cuello de una jirafa, con manchas negras y anaranjadas; las patas fuertes y cortas, entre lobo y perro pastor, con uñas largas y muy afiladas. También tenían rabo que levantaban al correr, largo y como lleno de plumas oscuras... no sé si me explico bien.

— Yo también los vi —intervine por un momento— al volver de las letrinas y me asusté bastante al ver animales semejantes. Se me quedó grabada la expresión tan

horrenda y provocativa de sus bocas: entreabiertas, dejando ver los dientes afilados, el rugido que emitían. Me quedé inmóvil y pensé en el daño que nos podían hacer. Cuando se lo conté al resto de la Patrulla decidimos preparar la caza de los que merodean por aquí, de los pequeños, pues los grandes seguramente que ya huyeron a las cimas de los montes, donde normalmente habitan.

— ¿Traéis todos los sacos? —preguntó Pedro— ya sabéis que cuando veamos alguno de los pequeños tenemos que guardarlo rápidamente. Después haremos la danza para que salgan de su escondrijo y poder matarlos. Ahora vámonos, y ya sabéis, cada diez pasos que deis hay que lanzar el grito y golpear los palos que lleváis para meter ruido.

Era gracioso ver a los lobatos con la cara de susto, desgañitándose con la emisión del ridículo “crus-cru-gahaah” y dando fuertes golpes con dos palos cruzados. Y ellos convencidos que iban a cazar terribles alimañas.

Nuestra labor consistía en atemorizarlos y rodearlo todo de una salsa especial; que estaros un momento quietos; ¿escucháis aquel rugido?; ¿no veis moverse algo tras de esa maleza? Y en la sicosis de pánico, los Lobatos veían y oían todo.

Cuando ya empezaban a estar un poco afónicos con tanto rugido para obligar a que los gamusinos saliesen al exterior, y las manos estaban cansadas de golpear, decidimos comenzar la segunda parte de la caza: coger los gamusinos.

Contábamos que se escondían entre las ramas caídas de los árboles y los troncos secos, y como eran tan pequeños, se ocultaban sin ser vistos. Así que era necesario meter todo en los sacos y llevarlos hasta el campamento para obligarles a salir. Al rato, todos los Lobatos tenían los sacos llenos de ramas y alguna que otra piedra que les metíamos.

De regreso al campamento estaban destrozados. ¡Cada uno llevaba más de veinte kilos de peso en el saco! Y cuando ya empezaban a estar un poco “moscas” con tanto trabajo, les hicimos dejar la carga de gamusinos en la parcela de la Tropa. Tenían entonces que golpear fuertemente los sacos, mientras nosotros realizábamos la danza misteriosa alrededor de ellos.

Después de quince minutos de romper palos con tanto golpe, nosotros teníamos ya el cachondeo tan subido que nos fue imposible mantener por más tiempo la charanga.

— Hemos fracasado —decía Pedro— pues no salen los gamusinos que trajimos.

— Nos habéis engañado —increpaban los Lobatos— todo esto es un cuento.

— Que no, que es cierto —afirmábamos nosotros partidos de risa— lo que pasa es que no habéis sacudido con fuerza los sacos.

— Iros a la porra —terminaron los Lobatos— nos vamos a dormir. Los gamusinos no existen.

Y cuando ya se marchaban enfadados hacia su parcela, Fernando, que se había escondido entre los pinos con una manta liada al cuerpo y un balde de agua en la cabeza, salió corriendo, dando terribles aullidos. Los Lobatos se estremecieron por el susto y vinieron corriendo hasta donde estábamos nosotros.

— ¡Hemos visto uno! ¡Hemos visto uno muy grande! ¡Tenía cara de león y plumas de águila! ¡Lo hemos visto!

INSERTO

El rocío hizo acto de presencia en toda la explanada campamental, haciendo que en la superficie terrestre y las plantas aparecieran diminutas gotas de agua por efecto del vapor condensado en la atmósfera.

Ramón sentía frío a pesar del inmenso calor que le invadía por los recuerdos en su interior.

Se levantó de aquel lugar y llegó hasta su tienda de campaña, y también allí le acompañaron todos los insectos que participaban en la silenciosa tertulia del farol.

Apartó de la mesa los muchos papeles y facturas que allí se encontraban y retiró todo hasta que las tablas de madera mostraron su natural color albazano.

Allí continuó su melancólico recuerdo.

Aún quedaban muchas cosas en qué pensar.

QUINTO RECUERDO

Juanjo había tomado la palabra después de que se hiciera un silencio casi sepulcral.

— “Quisiera narraros algo que todavía no conocéis y que gracias a que se encontraba escrito en un librito antiguo que hace tiempo leí, ha podido llegar a mi conocimiento: se trata de nuestra flor de lis y la insignia de segunda clase.

“La Flor de Lis fue originalmente el timbre de los reyes franceses; Carlos, rey de Nápoles, debido a su ascendencia francesa, también la usaba como timbre. Durante su reinado, Flavio Gioja el Navegante, que fue quien llevó a cabo la adopción de la brújula marinera, añadió una tarjeta marcada con las letras iniciales N, S, E y W. El norte en italiano es tramontana, así que la T mayúscula representaba el norte, pero al dedicar su brújula al Rey hizo la T en forma de una Flor de Lis en honor del timbre del Rey, y fue de ese origen que nació la Insignia Scout.

“Y esa Insignia Scout, con sus tres puntas características como recordatorio de las tres promesas que un día hicisteis, os siguen hablando de deberes para con Dios y la Patria, de servicio al prójimo y de cumplimiento de la Ley Scout.

“Pero ahora tenéis ante vosotros un pequeño gallardete que os ofrezco como merecedores de la Segunda Clase.

“Es usual en heráldica poner el lema debajo del timbre de los individuos o de la asociación, pero el gallardete, en el cual se pone el lema casi siempre, tiene sus puntas hacia abajo; en el timbre de los scouts las puntas están hacia arriba para simbolizar los finales de la boca del scout que deben levantarse en una sonrisa, mostrando así, que está listo para cumplir voluntariamente su deber.

“El lema que aparece en el gallardete es “Siempre Alerta”, y que fue adoptado por la policía de Sudáfrica, que escogió dicho lema de Siempre Alerta — en inglés Be Prepared — pues concordaba con las iniciales del nombre de su fundador —Baden-Powell, que también lo es nuestro —.

“Que esta nueva insignia os siga ayudando a encontrar el auténtico camino del escultismo, ahora con mayor responsabilidad, pues ya sois Scouts de Segunda Clase”.

Sí, me habían concedido la Segunda Clase al tiempo que Pedro me nombraba sub-guía de la patrulla Guepardos. ¡Qué gran ilusión al anotar la fecha de aquel día en mi carnet de servicio! Pero ¡cuántos recuadros quedaban por rellenar! ¿Podría llegar a ser Caballero Scout? Y aquella misma noche,

cuando me acosté, soñaba con tener la destreza del pionero, la nobleza del hidalgo, el espíritu de servicio sin tregua y la alegría de los hijos de Dios.

En la Tropa hubo cambios notables, entraron nuevos muchachos y otros pocos dejaron de pertenecer al Movimiento. Yo entonces era uno de los viejos, a pesar de no llevar mucho tiempo en el Grupo, y era mirado con cierto respeto por parte de los pieteños. Además, la cinta que llevaba como subguía de patrulla dejaba notar su peso, y no sólo con vistas a los demás, sino para mi propio ser y estar, pues creo que a partir de entonces cambió notablemente mi comportamiento y forma de pensar. Quizá la pequeña responsabilidad contraída y el sentirme más Scout influyó decisivamente en mi desarrollo.

Tuve que hacerme una libreta de actividades y marcarme unos horarios rígidos para cumplir, no podía malgastar mi tiempo. Las clases del colegio me absorbían toda la mañana y por la tarde debía dedicar unas horas concretas al estudio antes de ponerme a trabajar con Pedro en la dirección de la Patrulla. Había dejado de salir con la pandilla, pues su vida y forma de ser ya no me atraían, además de no disponer de tiempo para seguir haciendo el ganso por la calle, juntarme en los billares o ir de guateques y cafeterías los sábados y los domingos. Me encontraba más a gusto en el local de la Tropa, a veces proyectando una actividad, decorando algún rincón o, simplemente, estudiando en compañía de otros scouts. Aunque a decir verdad las tardes que

estudiábamos en la base no eran muy provechosas que digamos, pues siempre había algún recuerdo que mencionar o alguna situación graciosa que analizar. Y entre pitos y flautas y los discursos filosóficos del “patoti”, alguna vez las matemáticas pasaron desapercibidas. Menos mal que Juanjo, cuando iba por las tardes al local, nos explicaba las dudas académicas contraídas y resultaban mucho más asequibles a nuestros conocimientos la recta de altura o los logaritmos neperianos.

El ser Sub-guía de Patrulla, a pesar de hacerme contraer ciertas responsabilidades, también me trajo algún privilegio. Como el asistir a las reuniones mixtas con las Guías, o el de hacer visitas con ellas a lugares de interés. En el Grupo no había entonces Unidades Femeninas — se formarían al año siguiente — y la tarde de un sábado al mes manteníamos contactos con una Compañía de las Guías de España.

Hay que reconocer que si exteriormente aquellas muchachas eran normales y semejantes a las demás chicas que yo entonces conocía, interiormente poseían todo un mundo diferente al que estaba acostumbrado entonces. Y no sólo era yo el asombrado, pues cuando nos quedábamos solos y analizábamos la reunión mantenida, todos estábamos de acuerdo en afirmar que aquellas chavalas estaban muy preparadas y nos daban cien vueltas en casi todas las cosas.

— Macho, todas están quedadas conmigo — comentaba Fernando Casi siempre —. Ramonín, ¿te diste

cuenta de la rubia? Échala una visual y ya verás que está como para cortar el hipo.

— A mí me gusta más Charo, la subjefe de las Gacelas; tiene una mirada muy graciosa, siempre se está riendo, y además, ¡vaya cachas que tiene!

— Bueno señores —interrumpía Juanjo— no se trata de ponemos de acuerdo en cuál de ellas está mejor, sino en analizar la reunión de esta tarde y ser capaces de elaborar unas conclusiones a los temas tratados. Y os quiero añadir una cosa: no ligaréis ninguno; aún os queda mucho que aprender como para llegarlas a la altura de los zapatos.

— Pues a mí la rubia no hacía más que mirarme —insistía Fernando—; eso es que tenía ganas de ligar, no hay duda.

— Fernando: como sigas diciendo sandeces te llamaré la atención en tu comportamiento —incredó Juanjo mientras echaba una mirada para fulminarle— y no volverás a participar en las reuniones mixtas. Hemos dicho que vamos a trabajar y vamos a trabajar, ni más más, ni más menos. El próximo día, para salir de dudas, la preguntas si está quedada contigo y ya está. Ahora empecemos el primer punto: labor del scout en casa.

Después de todo lo que hemos estado hablando, ¿cómo se os ocurre a vosotros que se puede trabajar en el hogar? ¿qué tipo de labores son asequibles a la parte masculina de la familia? Estamos de acuerdo, como bien dijeron las

chicas, que las labores domésticas deben ser repartidas por partes iguales entre todos los que habitan en la casa, ya que esta es el lugar común de convivencia de los mismos y forma parte del bienestar familiar; pero siempre se ha concebido a la madre como cocinera, lavadora, criada y costurera, haciendo las hijas el papel de ayudantes en todo cuanto ella hace. Y, de otra parte, el padre o cabeza de familia es el abnegado trabajador que vuelve cansado a casa y por lo tanto está justificado de efectuar cualquier trabajo casero, mientras que el hijo no hace nada en el hogar, a excepción de ensuciar, descolocar, y poner los pies encima de la mesa, porque otra cosa no sería de hombres. Bien, pues hay determinadas labores hogareñas para las que el buen scout está capacitado a realizar, dando así ejemplo de su auténtico espíritu de servicio y contribuyendo a aligerar el trabajo rutinario de la madre.

Bueno, pues hasta aquí las conclusiones de la puesta en común de hoy, ahora se trata de ponernos de acuerdo en aquellas cosas que a partir de mañana haremos en nuestras respectivas casas.

(Se hizo un silencio absoluto y el que más el que menos trataba de camuflarse tras de una mirada perdida o volteando simplemente la cabeza).

— Señores, no es necesario que hablen todos al mismo tiempo —intervino de nuevo Juanjo después de algunos minutos de pausa—, ni que alcen tanto la voz. A ver, Jaime, ¿cómo transcurre un día normal en tu casa?

— Podías haber elegido a otro —contestó malhumorado el pequeño Jaime— porque yo tengo tres hermanas y poco puedo hacer en casa.

— Te he preguntado que cómo transcurría un día normal en tu casa, no lo que haces en tu casa un día normal.

— Bueno, pues me levanto a las siete de la mañana, me lavo, desayuno y me voy al colegio, entro a las ocho. Vuelvo a comer a las dos y después entro por la tarde a las tres y media. Salgo a las seis, regreso a casa, meriando y me pongo a estudiar o me voy por ahí a jugar; y cuando tengo que preparar alguna reunión con mi Jefe de Patrulla o actividad especial de Grupo, pues no juego y estudio antes o después de ello, y el sábado y el domingo, pues ya sabéis lo que hago...

— Bien Jaime, no has contestado a mi pregunta inicial y has hablado de lo que haces en tu casa un día normal, sin quererlo lo has dicho, y sin embargo no has hablado de ver la televisión, sentarte a descansar en un sofá o perder el tiempo mirando por la ventana. Ahora se trata de que nos digas cuáles son tus trabajos asignados dentro de la casa o como ayuda a tu madre.

(Silencio total en Jaime y expectación en todos nosotros).

— ¡Es que ni tan siquiera te haces la cama por las mañanas? — de nuevo le preguntó Juanjo con ironía.

— Ya te he dicho —contestó Jaime con cierta irritación y enfado— que yo tengo tres hermanas y son ellas quienes ayudan a mi madre.

— De acuerdo, de acuerdo —volvió el Jefe de Tropa a comentar, ahora con una hermosa sonrisa en sus labios— en que tus hermanas llevan todo el peso de las labores domésticas junto a tu madre, pero ¿no podrías descargarlas de su trabajo aportando un pequeño esfuerzo por tu parte? — Juanjo se dirigía ahora a todos los demás— ¿no os podrías hacer la cama por las mañanas, después de levantaros, en vez de dejar todo el cuarto patas arriba para que lo arregle vuestra madre? ¿No podéis bajara hacer algún recado cuando a ella se le olvidó de comprar y está próxima la hora de cerrar el comercio? ¿No sois vosotros más rápidos y más jóvenes como para cargar con alguna bolsa o cesta de la compra que contenga mucho peso?, ¿os da vergüenza ir al mercado? ¿Al terminar de comer no se merece también ella un pequeño descanso? Pues ayudarla a recoger la mesa, a fregar, a colocar los cacharros de cocina, a secarlos, etc.

— También podría limpiarme yo mismo los zapatos —interrumpió Jaime en un alarde de orgullo marchitado— y limpiar los de mis hermanas, sería un trabajo menos para ellas...

— Y ayudar a nuestra madre a doblar las sábanas antes de plancharlas —solté a la concurrencia después de solidarizarme con el eufórico arrebató de servicio de Jaime— también será un trabajo casero, pues ella sola no puede

hacerlo sin ciertas dificultades. Como pelar las patatas por la noche antes de cenar, en vez de estar mirando la televisión y mientras tanto entablar una conversación con ella. Me doy cuenta de que casi nunca hablamos de cosas serias y en serio.

— Y echar las mudas y los calcetines sucios al cesto de lavar —comentó alguno— en vez de dejarlos tirados por nuestro cuarto.

— Y bajar a por el pan los domingos —dijo otro— o subir las botellas de refresco llenas...

— Bien, bien, me alegro de que seáis capaces de sugerir trabajos —habló Juanjo mientras hacía ademanes con las manos para que se callase todo el mundo— pero no se trata sólo de eso, sino de que a partir de ahora nos convenzamos de la labor que también nosotros tenemos que realizar en nuestra casa. Que nos afirmemos en que las cosas no son de chicas o de chicos, sino de cualquiera, de quien preste antes el servicio. Y por encima de todo, que hagamos bien visible y llevemos a la práctica el principio scout del hogar: “el deber del scout comienza en casa”.

Bueno, ya está bien por hoy. Podéis ir pensando en el tema de la próxima reunión con las chicas y que también es uno de nuestros principios: “el scout es hijo de su patria y ama a su país”.

— ¡Fabuloso! —exclamó complacido Fernando— el próximo día serán las chicas las que nos digan que van a ir ellas a hacer el servicio militar, ¡ja! ¡ja!

De esa reunión no puedo hablar, por primera vez falté a una actividad y fue debido a una gran gripe que tenía encima. Pero la noche de aquella reunión en la que tratamos las labores en casa, recuerdo que me metí en la cocina y le pedí a mi madre que me dejara pelar las patatas. Ella me entregó el cuchillo, los tubérculos, y me dijo complaciente antes de darme un beso en la mejilla: “me parece muy bien hijo”. Y fue suficiente, ya que era la primera vez, como para sentirse orgulloso y experimentar una grata sensación por el cuerpo.

Otro de los privilegios que obtenía por ser subguía de patrulla, era el de tener acceso directo a la biblioteca del Grupo. Si bien en nuestro pequeño rincón de lectura en el local de Tropa se podían obtener libros scouts y de temas juveniles en general, la biblioteca situada en el Kraal de Jefes era mucho más amplia en número de volúmenes y abarcaba múltiples aspectos en su temática. Además de los libros scouts clásicos, había otros títulos, también scouts, pero que yo ni me imaginaba que pudieran existir. Y eran libros franceses, ingleses, americanos y hasta brasileños. Claro que yo no dominaba entonces ningún idioma aparte del español, pero sólo el hecho de ver dibujos y fotografías de otros scouts de muchos países influía en mí para que devorase rápidamente las imágenes y tratara de descifrar el mensaje de los pies de fotos escritos en inglés o francés. Y había numerosos folletos en colores y librillos finos y volúmenes espesos. En uno de estos, escrito en español, pero traducido del

inglés, encontré un relato que me impresionó mucho y que se ha quedado marcado en mi interior desde entonces. Se titulaba “A la altura de las circunstancias” y lo transcribo a continuación respetando la forma de expresión que allí se encontraba.

AVISO: Paseo a las rocas del Carpintero. La Patrulla se reunirá en la estación de los camiones a las 9 a.m. en punto. Con uniforme completo. Traer tortas y algo para la merienda. Regreso a las 9 p.m. Firmado S. Romer, G.P.

Todavía lo recuerdo, es la forma como se propagó la noticia, excepto que Sam escribió estación y puso una h en algo.

Por supuesto nos encontramos en la parada de los camiones, todos de uniforme completo, como decía el aviso, menos David Cárdenas, que precisamente se había unido a la Tropa y no se había aún adornado con la Camisa y la Pañoleta de Grupo. Suspiramos cuando lo vimos venir. En honor de la ocasión llevaba una camisa blanca con cinturón de tiras amarillas y rojas y con una hebilla de piel de víbora, un par de pantalones abotonados abajo de la rodilla y un sombrero nuevo. Pobre muchacho ¡Obviamente iba satisfecho de sí mismo y tan orgulloso de su Sombrero Scout que no tuvimos corazón para pedir que no lo llevara! El camión empezó a caminar y nos apiñamos dentro.

Era un hermoso día de primavera, con cúmulos mecidiéndose en el azul del cielo y una alegre brisa que golpeaba los diques del norte hasta convertirse en espuma sobre las matatenas de la playa formada abajo de las colinas. Nos bañábamos en las pozas de las rocas de los alrededores. Cazamos cangrejos. Juntamos algas marinas, Hicimos patitos con las matatenas, sobre el agua, jugamos al tiro al blanco sobre un pato señuelo de piedra, hicimos todas las cosas que los Scouts hacen cuando se encuentran a la orilla del mar.

La mayor parte del tiempo tuvimos la pequeña bahía para nosotros. La gente que va los domingos prefiere las arenas y los panoramas más al Norte. David Cárdenas tuvo un día glorioso. Siendo un Pietierno, frecuentemente estuvo en dificultades. Se resbaló sobre las algas y cayó sentado en una poza. Comió más de lo acostumbrado a la hora del almuerzo y estaba ligeramente indispuesto en una cueva. A la hora de la merienda su camisa blanca ya no era tal, su cinturón estaba retorcido, sus calcetines se habían caído, las rodillas de sus pantalones azules y el asiento no debemos mencionarlo, pero estaba verde. A pesar de lo que había sucedido, su sombrero nuevo estaba exento de todo daño. Cuando el día se llenó de brisa fresca y algunas gotas de lluvia empezaron a caer después de la merienda, Sam buscó en el cielo y decidió terminar el día. Se dieron órdenes para levantar, empacar y estar listos y miramos el acantilado una vez más antes de que el Guía de Patrulla nos diera la orden de partir. Mientras estábamos parados en ese lugar una

ráfaga de viento le quitó al Pietierno su sombrero nuevo. Se fue dando volteretas por los bordes del acantilado como si fuera un aro y desapareció a la orilla. Con un grito David salió corriendo detrás de él y desapareció también. Cuando bajamos hasta él lo encontramos con la cara sobre las piedras. Parecía haberse estrellado sobre un lado, no tenía una mirada agradable. No del todo propia para un conjunto de Scouts como nosotros. Su ojo izquierdo estaba abierto mirando fijamente y estaba haciendo unos raros gorgoritos con su garganta. Nos paramos a su alrededor espantados y aterrorizados. Todos volteamos y miramos a Sam.

Exactamente por medio minuto Sam no dijo nada. Se arrodilló suavemente, tomó una de las manos y cerró el ojo abierto. Enseguida colocó cuidadosamente la cabeza del muchacho y lo golpeó ligeramente de manera que la sangre que estaba borboteando con su garganta saliera de su boca sobre las piedras. Después de eso, el gorgoreo se detuvo y todos nos sentimos mejor. Te dije en un capítulo anterior que Sam nunca ordenó ninguna cosa; tampoco hizo nada en esta ocasión, solamente nos dijo lo que teníamos que hacer y lo hicimos. Una cosa recuerdo y es que nos dio instrucciones a cada uno por nuestro nombre, no nos dijo: alguno vaya por auxilio o corran o traigan algo de agua. Dijo simplemente, ú eres el mejor corredor, o algo así, poniéndonos en nuestra Especialidad, antes de decirnos lo que deseaba que hiciéramos, y con gusto obedecimos: algo que hacer era lo que deseábamos. Jaime y Federico por compañero fueron

enviados al teléfono en el fin del camino con instrucciones de tocar el botón de emergencia y preguntar al operador por el hospital más cercano. Fue a decir a la gente del hospital que un muchacho se había caído desde una altura de 9 metros, precisamente en la parte Norte de las rocas del Carpintero y estaba inconsciente y gravemente herido.

Después de haber hecho esto, se salió a esperar hasta que llegara la ambulancia y traerla así exacto. Si los doctores del hospital enviaran algunas instrucciones especiales, Federico estaba para traerles mensajes. Jaime esperaba. El trabajo de Pedro fue reunir todos los impermeables y los cinturones para el caso de que fueran necesarios. A Roberto se le envió a los poblados más cercanos para conseguir ayuda. Al resto de la Patrulla se les mandó reunir trozos de madera en caso de que las tablillas fueran necesarias.

Yo fui uno de los que recogieron tablillas y recuerdo que pronto reunimos madera suficiente para construir una hoguera, pero Sam no nos dejó parar y nos mandó a por más. Más tarde me di cuenta de que esa idea era para mantenernos ocupados. Ya nada teníamos que hacer. El mismo estuvo agachado pacientemente cerca del Pietierno inconsciente, mirando y esperando; debe haber sido una prueba terrible para él, allí sentado precisamente sin hacer nada. Había puesto un par de impermeables sobre el joven David para mantenerle caliente y de cuando en cuando le vi haciéndolo hacia un lado para sacarle la sangre de su boca. Estuvo haciendo esto y nada más, hasta que llegó la ayuda.

Bien, ustedes no conseguirán medallas precisamente por no perder la cabeza y menos como los conozco, tanto que ninguno le dio golpecitos a Sam en la espalda y le dijo ¡Bien hecho! Ninguno le dijo que había salvado la vida de un Pietierno; ninguno le dio las gracias por haberse portado como un baluarte entre los muchachos, su cargo y el terrible espectáculo de su compañero herido. Puede ser que algunas gentes no hayan pensado que él tenía parte de culpa por permitir al Pietierno corretear sobre la colina por delante de todos.

No sé nada acerca de ello. Todo lo que sé es que Sam no solamente no perdió la cabeza sino que nos la hizo conservar a todos. No transformó en vistas de hechicero los primeros auxilios, porque comprendió que las heridas de David eran tan serias que cualquier intento de aliviarlas probablemente hubiera sido más dañoso que benéfico, pero entre todas estas limitaciones el Guía estuvo a la altura de las circunstancias.

En primer lugar logró posesionarse de la situación inmediatamente.

En segundo lugar se dio tiempo para pensar antes de tomar una decisión. En tercer lugar hizo el peor de los trabajos, el de la inactividad para él mismo y le dio a cada uno algo positivo que hacer. Al mismo tiempo permaneció en el centro de todas las cosas, desde donde pudo dirigir las operaciones si era necesario.

Finalmente, las órdenes que nos dio, fueron claras y sencillas, simplemente nos llamó a cada uno por nuestro nombre y nos dio una tarea específica de acuerdo con nuestras habilidades o afición.

Kipling lo dice en este poema: “Si puedes conservar tu cabeza, cuando todos los que te rodean la están perdiendo y te están culpando” ... es el toque de Kipling que consiguieron los Cernícalos a través de esta situación tan comprometida. Fueron las cualidades del Guía de Patrulla que habíamos visto en las pequeñas cosas, las que actuaron en las grandes.

Algún día te tocará tu turno, tú nunca sabrás cuando.

* * *

Aún recuerdo bien la excursión de Tropa que hicimos por Navacerrada. Se me antojaba parecida a la primera salida por Tablada, y en verdad, la única ligazón con aquella era el que yo figuraba el último de la columna.

Cuando llegamos a lo alto de Dos Castillas la formación se había roto en mil pedazos, pero yo debía guardar mi posición al final de la patrulla, ayudando a los dos Pietiernos no desanimándome por lo pesado de la ascensión. Al contrario, cada vez que hacía mella en mi organismo el sofoco de los muchachos nuevos miraba hacia abajo y una gratísima sensación de libertad me invadía el cuerpo. A pesar de tener cerca las sillas del remonte mecánico, no las veía con ansias



de reposo o envidiosa comodidad. Estaba más alegre sabiendo que era capaz de subir hasta lo más alto únicamente con la ayuda de mis piernas, apenas sin sentir el peso del macuto, y la fortaleza de mi espíritu gratamente entusiasmado. Y volvía a mirar ladera abajo, monte arriba, firmamento allá.

El viento frío cortaba el rostro, pero más de pureza que por gelidez, y un cielo limpio observaba con dulzura nuestro lento caminar en zigzagueante ascensión.

¿Qué significado tiene el veneno de la montaña?

Cuando se es novato en la Naturaleza y alocadamente se sube a la sierra, aún no sentimos el auténtico recogimiento que nos brindan los bosques y las piedras, los caminos y las cimas. Pero cuando ya son muchas veces que se ha llegado al límite de las fuerzas, se ha sentido la pesadez de unas botas entre guijarros, se ha endurecido el cuerpo por dormir muchas noches en el suelo y hemos bebido agua fresca de recónditos manantiales, un gusanillo venenoso fluye a través de nuestras venas. El mismo que cosquillea el espíritu cuando se ha llegado a la cima, que nos acompaña desilusionado en el extasiado descenso y que mira por nuestros ojos cuando observamos desde lejos la esbelta silueta de la montaña ya desde el valle de la despedida.

¿Hay sensación más pura que hinchar el pecho de libertad cuando se respira naturaleza en lo alto de los riscos? ¿Qué sentir más noble puede encontrarse que observar a los animales, libres en el medio, mientras los árboles que nos rodean impiden el paso del sol sobre nuestras cabezas y alguno

de sus rayos despistados incide deslumbrante sobre un remanso del río? ¿Hay firmamento más hermosamente decorado que el que cobija nuestro suelo en las noches de vivac, mientras un manto estrellado serpentea el chorro plateado de la luna? ¿Se puede alcanzar más bello horizonte que el de unos pinos erguidos en guardianes perpetuos de la casi virginal montaña, mientras el albazano resinoso nos llega con el silbido bonancible del viento?

La montaña es para vivirla, para identificarse con ella en la humildad de sus piedras, con la austeridad de las paredes, junto a la sobriedad de su figura. El hombre debe acercarse a ella con respeto, afablemente en su trato, con timidez y bondad, nunca irreverentemente, con salvajismo, exaltación o maldad. La montaña es la escuela constante de virtudes.

Por fin llegamos a lo alto y un pequeño descenso nos reunió de nuevo a todos en una charla muda de miradas y lejanas vistas hacia el valle. Más de un sombrero quería irse con el viento y los bordones apenas podían herir la dura corteza pétrea del suelo. Después, cuando ya los cuerpos estuvieron más sosegados, reanudamos la lenta marcha, esta vez con premio al esfuerzo anterior, pues el camino nos conducía por una pendiente de suave descenso y el llegar hasta la “bola” fue ya como un simple paseo.

Pero ¿qué meta es alcanzar lo que ya se tiene, a pesar de las dificultades superadas? Continuando por la “cuerda” en busca de las hermosas Cabezas de Hierro, mientras

Peñalara, desde lejos, nos retaba en una lucha sorda de belleza y majestuosidad.

La mayoría estaban cansados, pero no por ello desilusionados o sin fuerzas. Aún quedaba un duro descenso hasta Cotos para el día siguiente. ¿Y por qué relatar toda la marcha si lo más maravilloso de aquella salida fue la ceremonia del domingo? Quizá mi recuerdo vague todavía en busca de aquella celebración y no sepa apagar los auténticos y nobles sentimientos hacia la Naturaleza, la que tanto me ha enseñado y ofrecido: Y es que, entre los fríos neveros de la parte norte y el calor de la fogata en el centro de la velada, gratas sensaciones recorren mi cuerpo.

Ya sabíamos que Pedro tenía que dejar la dirección de la patrulla porque tenía que pasar a la Unidad de Mayores, pero lo que yo no podía imaginar era que me hubiera elegido para sucederle en el cargo. ¡Jefe de Patrulla! Y aún continuaba sin reaccionar cuando informalmente Pedro me lo dijo un poco antes de comenzar la ceremonia. Y hasta que Juanjo no dio por finalizada la misma, el recelo que me hacía creer estar viviendo un sueño no se disipó.

— Ramón: la Corte de Honor, habiendo observado el desarrollo de tu vida Scout dentro de la Tropa, tomando en cuenta tu espíritu Scout y viendo que reúnes las cualidades y el entusiasmo necesario, ha decidido, en solemne sesión aprobada por unanimidad, que puedes ser un buen Guía de Patrulla y me ha pedido que te nombre guía de patrulla Guepardos. Recuerda la responsabilidad que de ahora en

adelante compartirás en la Corte de Honor, en la dirección de la Tropa y de tu Patrulla. Te entrego estas dos cintas que representan tu cargo y te recuerdo que sólo son símbolo de la inmensa responsabilidad que aceptas.

Después vinieron los agasajos, las enhorabuenas, los vítores y las sonrisas. Los otros Jefes de Patrulla se acercaron hasta mí, y después de felicitarme cordialmente, se ofrecieron con sinceridad para ayudarme en todo lo que necesitase.

Aquella noche, cuando me metí en la tienda de campaña y cerré el saco, la oscuridad se hizo más patente que nunca. Necesitaba una luz que iluminara mi sueño. Abrí un poco la tienda, lo suficiente como para ver el exterior y no alterar el sueño de “mis” patrulleros y observé el cielo.

Así permanecí durante algunos minutos, extasiado, anonadado, embelesado con las estrellas. Una brisa seca me azotaba el rostro y el olor a Naturaleza impregnaba todo mi cuerpo.

“Señor y Jefe mío, que a pesar de mi debilidad me habéis escogido como jefe y guardián de mis hermanos los scouts; haced que mis palabras iluminen sus pasos por el sendero de vuestra Ley; que sepa mostrarles vuestras huellas divinas en la Naturaleza que habéis creado; enseñarles lo que debo y, conducirlos de etapa en etapa hasta ti, Señor mío; en el campo del reposo y de la dicha donde habéis establecido vuestra tienda y la nuestra, para la eternidad. Así sea”.

SEXTO RECUERDO

Aquel fuego de campamento se había desarrollado normalmente, y la normalidad en este tipo de actividad está regida por la alegría, el desenfado, el compañerismo y la ascética del estar formando círculo alrededor de un fuego y saberse parte integral del mismo. Pero quizá fuese diferente. No sé por qué me daba la impresión de que aquellas brasas estaban más encendidas. que nunca, pues las llamas ascendían pletóricas de luz y a través del humo, esa columna zigzagante ora transparente, ora opaca, se dejaba ver la otra luminosidad nocturna: la luna. Un disco lunar perfectamente redondeado, de contornos afilados y color de plata, hinchado, lleno de blancura y cuya pureza sólo era alterada por minúsculas manchas oscuras que nos hacían cambiar la idea dios-luna por satélite-luna, nos miraba incansablemente.

Las unidades femeninas se levantaron, y como siempre lo hacían, se retiraron a sus parcelas cantando los últimos compases de su canción campamental:

*“todas las flores y las estrellas
las cosas bellas las hizo Dios
el temblor de una mirada
en una niña enamorada,
la ternura de una madre
todo es sonrisa de Dios...”*

Y allí nos quedamos el resto, esperando que también los Lobatos siguiesen al viejo lobo, Akela, y se marchasen del lugar para dejar paso a la acción de apagar el fuego, reservada a la Tropa, Mayores y Rovers. Pero estos últimos también se fueron con la Manada, por lo que nosotros continuábamos junto a la Tropa.

Se levantó Jesús, el Jefe de Grupo y de Campamento, para decirnos que deberíamos aguardar las dos unidades, en silencio, durante un rato, pues había necesidad de darnos unos avisos y esperaban a que el resto del campamento se acostase. Y allí se quedó la Tropa y allí nos quedamos nosotros, más cerca del fuego, en un círculo estrechado y de mayor hermandad.

Los scouts estaban cansados y más de uno apoyaba su cabeza contra el hombro de un compañero o se dejaba mecer en un bamboleo de incierto destino. Nosotros, como

Mayores y por lo tanto ejemplo para ellos, manteníamos el silencio ambiental, junto al estoico aguante de las horas a nuestras espaldas que ya reclamaban la horizontalidad del saco.

Pasaba el tiempo.

Y de pronto, como queriendo romper la paz natural de nuestra quietud, se comenzó a escuchar un lejano eco; el viento transportaba el tenue susurro de un continuo redoblar tambores; de los cuatro puntos cardinales salían suaves golpes de rataplán, que el aire se encargaba de traer hasta nosotros. Eran los ecos de un continuo “tam-tam”.

La hoguera empezó a escupir chispas alocadas, como si también ella tuviera temor al incansable zumbido que mantenía nuestro sentido en constante atención de alerta. Primero nos mirábamos extrañados, con muecas indecisas de una incertidumbre del más allá; después, esperábamos un desenlace que justificase aquellos sonidos característicos de las imaginadas tribus indias.

Los scouts que yacían un poco adormilados abrieron los ojos y oídos cual Lobato escuchando las máximas de Baloo y preguntaban a su alrededor el origen de aquellos ecos que turbaron su paz y rompieron la hermandad con Sueño. Y así, entre la tensión mantenida por el silencio, la ausencia de Jefes, y la melodiosa musiquilla rítmica, centramos nuestra expectación ante el fogaje de la hoguera. Y quizá por contemplar aquellas lenguas amarillo-anaranjadas, que se elevaban ondulantes dando lugar a la sinuosa fumarola

ascendiendo hasta el cielo, también, nosotros, subimos a través del aire con nuestras miradas y volvimos a sentir el acecho implacable del disco lunar. Y Roberto, el de la Tropa, que estaba removiendo las brasas con una rama verde, rompió el silencio para decir:

— Señores, no debemos preocuparnos. Hoy hay luna llena y el tam-tam que se escucha no es más que el comienzo de una ceremonia india que se llama totemización.

Todos, inclinando y volteando la cabeza como en ademán de escuchar más de cerca las palabras, hicimos gestos de extrañeza. Algunos asintieron con aires alegres y esperanzadores; otros, como el Patoti, buscaba una salsa mayor para ambientarlo todo, por si fuese poco el misterio que ya nos rodeaba.

— Desho na — argulló —, lo que pashyaes que eshytamosh rodeaosh de foreshyesh y canivalesh indiosh, can deshenterraos lascha de guerra y sheshtan preparando para atacar.

— Sí, la tribu de los pies sucios — respondió alguno — que como les han cortado el agua por no pagar el recibo, han decidido guerrear contra los rostros pálidos. ¿Y tú, Patoti, de qué lado estás?

— ¿Por qué lo preguntas?

— No, por nada — continuó la voz oculta — como eres rostro pálido hasta parecer el rey de los hepáticos... y también pareces el jefe de la tribu, por lo “limpios” y “perfumados” que tienes siempre los pinreles...

— Yo creo que sí — continuó Roberto, el de la tropa —, que se trata de totemnizaciones. Ese tambor que escuchamos es el característico de las tribus indias cuando van a realizar una ceremonia de investir nuevos guerreros, que sólo puede hacerse cuando hay luna llena. Un amigo scout de otro Grupo me habló hace tiempo de ello, de las pruebas que tienen que pasar y de los nombres de guerra que escogen, y...

— Y tú, — le cortó el Patoti — como eres shocorrishta, te llamarán “jeringa rota”.

— Macho, — continuó Roberto, el de la Tropa — pues a ti te llamarán “mofeta perfumada” que es lo más adecuado para bautizar tus pies.

— ¡Chishsh!, no te excitesh jeringuilla que te dalinfarto.

— Bueno señores — intervine yo — ya está bien de incongruencias, más vale que nos callemos y miremos aquellas luces ambulantes que vienen hacia nosotros.

Efectivamente, cuatro antorchas encendidas impregnaban el ambiente con sus lenguas temblorosas, y si primero se observaban como puntos pequeños, apiñados, ahora se tornaban grandes gargantas de fuego separadas que se elevaban hacia el cielo.

El ritmo del tam-tam se hizo más patente, como rompiendo definitivamente con el temor callado que anteriormente lo mantenía casi imperceptible, para pasar a golpear también nuestros tímpanos con su trepidante sonido.

Cuando ya las antorchas estaban cerca y la música aumentó de intensidad, comenzamos a observar las caras y cuerpos de los portadores, que se movían descontorsionadamente en un baile hechizado y pletórico de ademanes. Si la luz de las antorchas jugueteaba entre sombras para mostrarnos sus rostros, la claridad de la luna, ese haz luminoso que el astro desprendía, también jugaba con sombras sobre sus cuerpos.

Eran cuatro auténticos guerreros indios los que hasta nosotros habían llegado y que ya danzaban en el interior del círculo —agrandado para ser más espacioso— del casi apagado fuego de campamento.

Cuatro cuerpos pintados, semidesnudos, llenos de plumas bailaban sin cesar al son del incansable tam-tam. Llevaban mocasines de lona rústicos, atados por finos cordeles de cuero hasta el tobillo, en donde se arropaban con unos aros metálicos y otras cintas de colores; iban cubiertos con pequeños faldellines de piel curtida que terminaban en múltiples flecos o cortes; sobre el cuello, cubriendo gran parte del pecho, mostraban collares dorados, colgajos de vidrio, filásticas llenas de aretes y, sobresaliendo, un gran disco plateado que se movía vertiginosamente con el continuo danzar al que estaba sometido; un brazo extendido hacia el cielo portaba la gran antorcha que iluminaba sin cesar todo el espectáculo y que describía misteriosas figuras a través del aire, mientras que el otro, en donde se ajustaba un grueso aro de bronce, reposaba sobre la espalda unas veces, o apoyado en la testa del cuchillo suspendido del lado izquierdo de sus

cinturas; los rostros estaban desfigurados, ocultos bajo un sin fin de rayajos multicolores; las frentes cubiertas por una ancha cinta de algodón bordada, de donde arrancaban unas preciosísimas, blanquecinas y grisáceas plumas, que contorneaba toda la cabeza del guerrero.

Aquel espectáculo era hermoso, lleno de color, que destacaba por encima de la grandiosa Naturaleza acompañante, y nos sumergía en un mundo fascinante con el que algunas veces habíamos soñado.

Quizá fuesen los de la Tropa quienes más disfrutasen del momento, pues sus ojos no hacían más que seguir atónitos el danzar de los indios y sus bocas entreabiertas dejaban encontrar un aletear de satisfacción.

Terminó aquella danza y los “salvajes” salieron del círculo, ocupando cada uno su lugar asignado por los cuatro puntos cardinales. La música lejana se apagó y las antorchas se erguían ahora más triunfantes. El silencio sólo era alterado por el crujir de algún madero en la hoguera.

Y, de pronto, casi rompiendo de la impresión nuestros ya impresionados corazones, surgió de la oscuridad una tétrica sombra que saltó velozmente por encima de nuestras cabezas. Un grito agudo le acompañaba. Aquel nuevo indio fue a posarse muy cerca del fuego, en donde las brasas eran de un lánguido bermellón, y su cuerpo estático, inerte, quieto, rígido, se mantenía inmutable a pesar del humo que ascendía desde el suelo. Hizo un ademán con su brazo izquierdo sobre las teas apagadas, y al instante surgieron

grandes llamaradas verdosas que dieron lugar a una fumarola anaranjada. En ese momento surgió de nuevo el tam-tam de los tambores, pero a un ritmo mucho más trepidante. También aquel indio se puso a danzar vertiginosamente unas veces, y lentamente otras, cuando hacía sonar sus cascabeles y maracas mientras andaba renqueante alrededor del fuego que misteriosamente se tornaba en verde, azul o amarillo fuego.

Concluyó su encantador baile y marchó a sentarse muy cerca de las brasas. Fue cuando pudimos observarle mejor, aunque no consiguiéramos reconocerle. Llevaba pantalón largo tipo “mohicano”, con muchísimos flecos, y un chaleco de donde también pendían hilos y cintas de colores; la franja de algodón alrededor de la cabeza no llevaba plumas, estaba limpia y matizaba mucho más la gran coleta de pelo negro que caía sobre la espalda; la cara oculta tras de una careta multicolor de misterioso semblante, sólo dejaba ver unos aros colgando de las orejas. Nuevamente se paró el tam-tam. ¿Quién sería ese personaje o desconocido y enigmático danzarín? (Nunca lo supe ni nunca sabré quién se ocultaba tras aquella máscara).

Volieron los cuatro guerreros al círculo, y uno, el que más grande llevaba el plumaje que casi le tapaba por completo la espalda, fue a sentarse junto a él. Ambos miraban fijamente el fuego, los otros tres se acercaron hasta nosotros: comenzaba la selección.

Dos indios hacían de escolta al tercero, quien lentamente acercaba su antorcha hasta casi quemar nuestras expectantes caras, para reconocernos. Primero miraba fijamente, unos instantes, el indio de plumas largas que se había sentado junto al desconocido —¿hechicero? — asentía o negaba con su cabeza, mientras mantenía la mirada perdida en la hoguera. Si hacía un ademán negativo los guerreros pasaban a iluminar el rostro del siguiente, y así a todos los que en el círculo estábamos. Cuando daba una respuesta afirmativa, la cara del elegido era cruzada de parte a parte por la antorcha del guerrero, en forma de rápida equis, y al instante el hechicero “hacía” que del fuego se desprendiese una bolsa de humo anaranjado. Uno a uno fueron eligiéndose los futuros guerreros.

Cuando me llegó el turno, estaba un poco apesadumbrado, tan sólo habían cruzado con la antorcha a dos scouts y cuatro compañeros de equipo; quedábamos, finalizando el círculo, Patoti y yo. Y cuando aquel indio se me acercó cerré los ojos, de temor, y porque el calor casi me quemaba; sentí dos zumbidos secos que recorrieron mi faz. Iba a ser totemnizado. La fumarola anaranjada ascendió hasta disolverse en el aire.

Entonces habló aquel indio sentado junto al hechicero (era Águila Incansable, el jefe de la tribu), extendió sus brazos al cielo y comenzó:

— El fuego y la luna, nuestros dioses, han querido que nuevos guerreros sean elegidos y totemnizados. Todo

aquel que no haya sentido cruzar el calor por su rostro, debe abandonar este círculo y esperar otra luna lina. Los demás pueden acercarse a nosotros.

Y allí nos quedamos cinco mayores y dos scouts junto a los tres guerreros, el jefe de la tribu y su hechicero. El resto se marchó a las parcelas.

Cuando ya el silencio era nuevamente nuestro acompañante, a la par que dejaba sentir su peso en medio de todo aquel misterioso círculo, habló el hechicero mientras volvía a colorear los casi apagados tizones —irguiéndose triunfantes cada vez que pasaba su mano por encima de ellos— y ya el tam-tam parecía haber enmudecido definitivamente.

— Águila Incansable, jefe de la tribu cherokee a la que orgullosamente pertenecemos como hijos guerreros, propuso hace ya tres lunas totemnizar nuevos guerreros que se hubiesen hecho acreedores a tal honor. El consejo cherokee escuchó sus sabias palabras y dictaminó ponerlos a prueba a vosotros siete scouts, y que una vez superadas os dará opción a ingresar como guerreros en nuestra familia. Debéis saber que no todos sirven para guerreros, aguerridos guerreros que son el orgullo de nuestra tribu, pues las pruebas han de ser duras y difíciles; mas vuestro espíritu y adiestramiento alcanzado os habla en favor para que intentéis alcanzar la meta de ser totemnizados. Nuestra ceremonia, transmitida a través de los tiempos, dará lugar a que el Consejo os nombre guerreros con el animal por vosotros elegido.

Pero antes de que esa noche llegue, dentro de poco pues la luna apremia, debéis escuchar a Águila Incansable, que ostenta el penacho de jefe desde hace ya muchas lunas.

— Sólo hay un doble camino para llegar a ser Cherokee: superar las pruebas, y que Puma Sensato os invoque a los dioses. El primer sendero deberéis recorrerlo solos, demostrando estar capacitados para ser guerreros, cumpliendo con honor y entereza todo aquello que el Consejo os va a proponer; después será nuestro hechicero, quien en la ceremonia secreta a la que sólo llegarán aquellos que cubriesen el primer camino, hablará con el fuego y la luna para que siempre os protejan en vuestra marcha y orienten por la vida.

El Consejo ha decidido que debéis atravesar las montañas para dormir lo más cerca posible del cielo; avanzaréis todos juntos por la noche, en silencio, para no despertar a los espíritus que duermen. Cuando el sol se levante iréis hasta el nacimiento de la vida, dirigir vuestras miradas a la única de agua y comenzad vuestro camino.

Ahora ya os podéis marchar. Coged las mantas que están junto al tótem y que los buenos espíritus os guíen.

Al levantarnos para ir hacia el tótem —cuidadosamente labrado y pintado durante los días de campamento por Jesús y Eduardo— comenzó de nuevo a escucharse el tam-tam.

José Manuel, Fernando, Pedro, El Patoti y yo íbamos delante; los scouts, Roberto y Chema, nos seguían de cerca

pero sin juntarse a nosotros, como formando parte de un ente distinto, a pesar del destino común, o buscando en las distancias la diferenciación de unidades. Pero cuando ya teníamos lejos la estampa campamental, perdiéndose a la visión el último cáncamo del mástil por donde pasaba —casi siempre— la enredada cuerda que ahora descansaba sin el peso de las banderas, nos juntamos todos para decidir o adoptar una postura válida después de aquellas circunstancias.

Fue Pedro el que comenzó:

— Bueno, macho, ya está bien de cabezas caídas y semblantes oscuros. Nos han vacilado y todavía estamos atontados. Andamos por andar, pues ni sabemos a dónde vamos ni por donde hemos de ir; desde luego, macho, estamos más despistados que un chepa en un gimnasio, y...

— Algo si sabemos —argumentó Fernando— y es que, según las palabras de Águila Incansable, debemos “avanzar en silencio para no despertar a los espíritus que duermen”; o sea, que es fundamental, para pasar la primera prueba, el mantenernos callados, o cuando menos, en silencio. Pero, ¿nos vamos a creer lo de los espíritus, no es un poco tonto pensar en esa bobada?

— En realidad — contesté yo — no creo que se trate de indios acechantes o vigilantes que están apostados por el camino para asaltarnos si nos descuidamos, como en las verdaderas pruebas que pasan los indios de algunas tribus para

ser guerreros y en las que están expuestos a ser descubiertos y muertos por otros, ya que no llevan armas con que defenderse, ni siquiera de las fieras, sino que han querido adentrarnos en la “salsa” imaginaria para que “vivamos” más profundamente estos momentos. Bueno, eso creo, aunque el resto del mensaje más me parece un jeroglífico que otra cosa. ¿Tú qué opinas Patoti?

— Puesh queshtá claro, mashyo, noshyan tomao el cabello como jaimitosh y debemosh deshenterrar el hachsysa de guerra y...

— Déjate de chorradas y piensa en algo verosímil — le cortó Fernando —.

— Yo creo — intervino Roberto, el de la Tropa — que deberíamos analizar tranquilamente todo el mensaje del Jefe, pues estoy seguro que sus palabras encierran algo. En las totemnizaciones siempre hay que pasar pruebas; me han contado que muchas son duras y siempre difíciles y hasta dolorosas. Hablan de marcarte en la piel el nombre elegido, con un cuchillo al fuego, de pisar un rato descalzo las brasas del fuego, cortarte el pelo y pintarte la cabeza con mercromina, estar sin comer durante una semana, o, como en el caso de mi amigo, comerte un bocadillo de tierra. Por lo que creo que esto no es una prueba verdaderamente, sino el principio para poder pasar la prueba. ¿Comprendéis? Algo sencillo para hacer una nueva selección y pasar a las totemnizaciones; mas todo creo que está en base a mantenernos juntos

y hacer las cosas juntos, pues de nada valdría decir “todos juntos avanzaréis”.

— Eso, eso —exclamó José Manuel— y dormir lo más cerca posible del cielo, es dormir en lo alto de un monte, en la cima de la montaña, o en el tejado de una casa.

— O en la torre de los forestales —intervino de nuevo Roberto, el de la Tropa— me parece más razonable, por la seguridad que entraña, el que quieran que durmamos todos juntos y en sitio resguardado. ¿Está más cerca del cielo la cima o la torre que se levanta sobre ella?

— Masycho, o tueresh clarividente o un enano pivotante infiltrao; tiesh mash shesho que una vaca, shin ofender, eh...

— Pues entonces —dije yo— demos media vuelta para regresar al campamento por este mismo camino y coger el sendero que sube hasta la torre forestal por detrás de las parcelas de la Tropa.

— ¿Os dáis cuenta por qué lo del silencio? —dijo alguno. La torre forestal no era muy grande pero sí lo suficientemente espaciosa como para poder estirarnos todos en su interior, sobre la plataforma cubierta. Habíamos estado allí, de paso, cuando una de las exploraciones habituales del campamento, y la vez que el forestal nos enseñó a mandar el parte diario por radioteléfono.

En la base de cemento descansaban las cuatro gruesas patas metálicas que originaban toda la estructura. Los hierros se entremezclaban, cruzaban y sustentaban hasta lo

más alto de la torre, en donde reposaba la plataforma metálica. Se ascendía hasta ella por dentro y mediante una escalera vertical, de finos barrotes de hierro, rodeada por otras láminas delgadas que la envolvían, en forma de tubo, y cuya función era no dejar el cuerpo expuesto al vacío en una posible caída. Terminaba la escalera en una trampilla para dejar libre el acceso a la plataforma.

Una vez dentro nos podíamos estirar cual largo éramos, pues la altura de la caseta rondaba los dos metros, y a través de las vidrieras se podía observar todo el inmenso pinar que se extendía a nuestros pies, mientras nos apoyábamos en la frágil barandilla que por el interior circundaba todo el “anfiteatro”. Hasta donde la vista alcanzaba, en el valle y parte de las laderas montañosas, se observaba la gran mancha oscura que la luz plateada de la luna nos mostraba como bosque; enormes pinares viejos y otros más de repoblación, se abrían de vez en cuando para albergar las tenues lucecillas de algún pueblo. Diseminados por toda aquella espesa mancha, se adivinaba la civilización perdida para nosotros después de los días campamentales. Y ahora estábamos “cerca del cielo”, contemplando la tierra, como hijos adoptivos de una mitología ancestral. Habíamos ascendido hasta lo más alto, casi para poder alcanzar el ilusionado manto de estrellas alrededor de la encendida luna, y mientras nos juntábamos, tapados con las gruesas mantas que nos dieron, para sentir más de cerca el calor humano, nuestra ilusión se depositaba en la llegada del nuevo día.

— Doy mi reino por un bocadillo de sardinas con callos —dijo Pedro, mientras buscaba la forma más idónea para aposentarse— o de garbanzos, pues tengo más hambre que el perro un ciego.

— Pues si yo fuese ciego —contestó Fernando— me comería el perro. Y pensar que mañana no vamos a poder tomar el desayuno. ¿Os imagináis, ahora, las gigantescas rebanadas de pan con mantequilla, ese pan reciente que todo lo diluye, y mermelada, sumergiéndose lentamente en el pote lleno de cacao?

— En mi Patrulla —argumentó Roberto, el de la Tropa— desayunamos picatostes; el cocinero se encarga de sorprendernos todas las mañanas con algo nuevo; ayer pan frito con azúcar, y para mañana tenía pensado damos tostadas con aceite y ajo. El nuestro sí que es un cocinero y lo demás tontería.

— Puesy yo daría el brazo izquierdo por pashar ahora mishmo la prueba de la totemnizashion y que fueshe comerme un bocata de tierra, o de hormigash, o de anchoash, o de eshpárragos con freshash...

— Eso, macho —le contesté— cómete el bocadillo y saca el brazo de ahí, que me estás clavando el codo.

— Bueno —volvió de nuevo Roberto, el de la Tropa— sabemos que debemos levantarnos temprano, para ir “cuando el sol se levante” hasta el “nacimiento de la vida”. ¿Pero dónde está?

— Coño —saltó Fernando— tú que lo sabes todo, pues tendremos que ir a preguntárselo a una parturienta.

— Masyho, tu siempre tan fino; como diría Eduardo, ya sholtashte el chsiste fashil y groshyero.

— Bueno señores —intervino José Manuel— dejémonos de sandeces y tratemos de descifrar el resto del mensaje de Águila Incansable. Evidentemente la cosa está clara, al menos para mí, y es obvio, para Perry Mason, pues se trata de llegarnos hasta el nacimiento del río. ¿Recordáis la lagunilla y la cascada de agua que caía sobre las piedras, donde nos fuimos a bañar en la salida de Tropa?

— Claro — continué — el nacimiento de la vida debe referirse al agua, al principio del río, ya que también forma parte de la mitología como Dios al que los primitivos adoraban. El fuego, la luna, el sol, el agua eran grandiosidades con categorías sobrenaturales y no es de extrañar que el nacimiento de la vida no sea otro que, como dice José Manuel, el nacimiento del río, y la túnica de agua la cascada esa. Pero ¿qué tenemos que hacer allí y de qué forma comienza nuestro camino? ¿Tú qué dices Patoti?

Patoti ya no decía nada pues, y al igual que los demás, estaba empezando a dormirse y a través de su boca entreabierta dejaba salir los extraños y característicos ruidillos, que, sin llegar a ser ronquidos, me informaron de su plácido sueño.

A través de los cristales de la torre no se dejaba ver la luna, tan sólo llegaba hasta nosotros un reflejo blanquecino,

como hilillo plateado, que resbalaba sobre lo alto de la torrera; y al caer formaba pequeños haces luminosos siempre claros, transparentes y encendidos.

Quizá fuésemos nosotros los primeros en ver salir el sol ese día. Desde lo más alto de toda aquella zona, el astro rey se erguía triunfante y sin miedo, más allá del horizonte. Esa última línea, a veces quebrada por los montes y valles, parecía romperse para que el ardiente globo, de un rojizo intenso, surgiese con rapidez y fuera elevándose en busca de su destino en el cénit. Los finos estratos de verde pálido y gris azulado eran sus acompañantes mañaneros, como escolta obligada de un protocolo en día bueno.

A nosotros también nos seguían pequeños pajarillos y hasta una graciosa ardilla, desde lejos, aún adormecida, pues ya sabe que los hombres no son sus amigos. Descendimos por el otro lado de la montaña, pues el río le daba vuelta y no era preciso bajar hasta el campamento, para seguirlo y remontarlo. (El nacimiento de un río me da la impresión que está en proporción inversa a su importancia, pues si a un río grande, tal como el Tajo, le corresponde su principio ridículo en los montes de Albarracín —a pesar de la grandiosidad con que los monumentos allí se yerguen— un río con menos importancia, el Cuervo, Tormes, Moros, pongamos por caso, hacen de su nacimiento un continuo canto a la belleza. Y aquel río era uno de ellos; por su caudal y longitud pasaba desapercibido; por su esbeltez, era el rey de los ríos. Parecía como si ya supiese que su destino no estaba en

llegar al ancho mar o perdido océano, y buscarse en su corta vida de recorrido una plenitud en la existencia).

Llegamos hasta las tres lagunillas cuando ya el rocío se perdía bajo el calor del sol. La “túnica de agua” era una graciosa cascada que caía desde una piedra aislada y en donde el agua se disipaba por toda su base antes de saltar al vacío, dando origen a un cristalino y transparente manto. Las tres lagunillas configuraban un encantador colorido en el nacimiento, gracias al verde intenso de los pinos, el gris jaspeado de las piedras, el verdoyo suave de las profundidades, el azul claro del agua y en derredor, envolviéndolo todo en un arco iris terreno, la luz del sol incidiendo sobre árboles, rocas, fondo y “mar”.

Ya estábamos allí mientras chapoteábamos en el agua para lavarnos un poco la cara y el cuerpo, apareció misteriosamente Puma Sensato, que desde la piedra por donde manaba el agua, extendió su mano derecha hacia nosotros y comenzó:

— Jóvenes guerreros: el Consejo Cherokee ya decidió cuáles serían las pruebas para vosotros antes de ser totemizados. Durante todo el día debéis trabajar sin descanso y... sin hablar; más como tendréis la boca cerrada, no comeréis nada sólido. Los guerreros vigilarán para que no paséis un momento sin trabajo; vosotros mismos cuidaréis del silencio, para lo que os debéis colgar al cuello un trozo de madera en donde marcaréis a cuchillo una muesca por cada palabra dicha. Esta noche, cuando todo el campamento

descanse y esté apagado, ir hasta el fuego en donde el Consejo Cherokee os estará aguardando. Elegir vuestro nombre de guerra y comenzar el camino. En esta luna llena se realizarán las totemizaciones.

No nos habíamos secado el agua después de lavarnos, por la rápida e inesperada presencia del hechicero, pero ya no hacía falta; el fresco aire de la mañana se la había llevado, mientras permanecíamos absortos escuchando aquellas palabras. Y se marchó de la misma forma que había llegado: misteriosamente.

Si tratase de explicar las caras que en aquellos momentos teníamos, seguramente que no lo haría con fidelidad, pues era tan grande el atontamiento y embelesamiento en el que nos encontrábamos, que cualquier fotografía es difícil de imaginar. Nos mirábamos extrañados y por medio de ademanes empezamos a explicar el contenido de aquellas palabras. Mas era muy complicado y hubo algún momento en el que el poner el dedo índice verticalmente sobre los labios sirvió para que varias veces no cayésemos en la falta de HABLAR.

A partir de ese momento terminó nuestro destino común, era preciso comenzar el camino en solitario, trabajando y cumpliendo con la prueba ante nosotros presentada. Llegamos al campamento cuando ya las unidades se estaban levantando y todo aquel lugar era un remolino viviente de bostezos y algarabía. Lo primero que hicimos fue coger un trozo de madera, atarle una cuerda por los extremos y



colgarlo cuello. El cuchillo al cinturón por si era necesario utilizarlo para “marcar” alguna palabra dicha.

Aquel día se me hizo largo e interminable. Primero aguantar las miradas y preguntas curiosas del campamento, de los compañeros que querían información acerca de lo sucedido la noche anterior, o del porqué de aquellos palos sobre el pecho. Y yo tratando de eludirlos, escabulléndome sin contestar a las a veces insistentes preguntas, en busca de un nuevo trabajo en donde ocuparme.

Había momentos en los que iba a tensar un amarre y ya estaban allí Pedro o Fernando; fui a limpiar nuestras tiendas de campaña y allí estaban Patoti y Jesús. Decidí salir a ofrecer mi trabajo a los demás. Y estuve cargando madera, leña, de un lado para otro; llevaba troncos a los Lobatos, api-laba ramas y piñas y tocones junto al fuego; transporté docenas de cubos de agua desde el río hasta la cocina de los pequeños, hasta las parcelas de las Guías, al pilón del lavadero; barrí la explanada campamental, tensé amarres de las construcciones y pelé patatas cual soldado arrestado. Y cuando llegó la hora de la comida vi alejarse de mi lado la succulenta ensaladilla que precedía al bien dorado pollo. Fregué cacharros, pilas babilónicas e interminables de potos, platos, sartenes y perolas.

Al llegar la tarde el campamento estaba sumido en la paz que sigue al descanso de la siesta, únicamente alterado por el continuo ir y venir de nosotros siete, en busca del siguiente trabajo. Yo por la tarde recogí piñas, descargué el

coche de la intendencia, afilé hachas, hice regueros y desinfecté las letrinas.

El sol ya se estaba ocultando cuando el aire transportaba el delicioso olorcillo de la cena casi lista. Y otra vez mi estómago, mediante desgarradores chillidos, reclamaba algo con que apagar el hambre; pero las ganas de comer sólo se saciaban encendiendo el fuego, fregando nuevos cacharros, cambiando las camisas de algún lumogas de las Alitas y tensando los vientos de cualquier tienda.

La luna volvió a presidir todo el fuego de campamento con su continuo chorro plateado de luz. Las Unidades Femeninas se levantaron y, como siempre lo hacían, se retiraron a sus parcelas cantando los últimos compases de su canción campamental:

*...Él dio al arroyo su melodía
y al nuevo día, un ruiseñor;
Dios alegre, Dios amigo,
el Dios que siempre va conmigo
compartiendo mi esperanza,
brindando vida y amor...*

El resto de los acampados también se marcharon y llegamos los siete futuros guerreros, como si se tratase de los últimos de Filipinas: sucios, jadeantes, cansados, adormilados, rotos...

Nos sentamos junto al fuego y nos miramos unos a otros, contando imaginariamente y en silencio las muescas sobre la madera. Patoti ganaba a todos: nueve marcas; Roberto, el de la Tropa, el que menos tenía: sólo dos; y yo me había quedado en cinco.

Pasó el tiempo mientras cerrábamos los ojos en busca de un fugaz descanso y al rato comenzó a escucharse el tam-tam. Iba a comenzar la ceremonia SECRETA de la Totemnización

Águila Incansable salió de entre las sombras. Toro Tenaz, Reno Alegre y Mandril Charlatán, abrían la comitiva luminosa con el críspar del fuego en sus antorchas. Detrás, con lentitud, llevando el ritmo de un renqueante danzar, apareció Puma Sensato: el hechicero.

Al día siguiente ya no se levantó Ramón: amanecía MAPACHE NOBLE.

SÉPTIMO RECUERDO

Fue precisamente al descender del autocar y ver las pequeñas lucecillas del pueblo destellar tenues entre la inmensa oscuridad, cuando me dí cuenta de lo cerrada que estaba la noche. Era una de esas noches en las que la negrura del ambiente y el espesor de las sombras hacen más patente la grandiosidad de la Naturaleza: cuando las estrellas no se ven y la luna se oculta entre compactos estratos, se adivina más el silencio y el peso de la magna obra de Dios. Y Dios no me iba a abandonar esa noche, esa oscura noche en la que lo iba a necesitar más que nunca.

Mientras esperábamos que el conductor abriera el maletero, José Manuel y yo nos miramos con ojos expresivos del temor que nos invadía. Un temor oculto, callado, ahogado en el interior para no darlo a conocer pero que se transmite instintivamente de la forma más sencilla, natural y silenciosa: una mirada.

Recogimos nuestros macutos y al andar por la calle del pueblo en dirección al único bar que nos habían informado estaría abierto a esas horas de la noche, empecé a notar la tirantez de las correas hiriéndome los hombros. No llevaba la mochila excesivamente cargada, lo fundamental y esencial para esos casos, pero la pequeña tienda colocada encima de la tapa hacía presión y el correaje transmitía la multiplicación del peso adicional.

— ¡Estás seguro de saber encontrar el refugio? —le decía a José Manuel mientras caminábamos—. Mira que podríamos dormir juntos y realizar nuestro raid sin necesidad de separarnos. (Trataba de justificar mis dudas y temores en base a la comprensión de su posible problema; el no llevaba tienda de campaña y debería dormir en un refugio —aunque nuestros refugios de montaña sean tan solo cuatro piedras que ayer eran una casilla y hoy son ruinas— señalado en la carta topográfica como existente en una zona elevada entre los montes por donde deberíamos caminar).

— No te preocupes —contestó secamente— lo encontraré.

Y sin otro comentario enfilamos hacia el letrero luminoso característico de cualquier bar.

José Manuel era muy reservado y callado, introvertido, pero ante mí siempre se había mostrado afectuoso y hasta un poco charlatán; quizá la responsabilidad ante la prueba a realizar le mantenía también en tensión. Era dos años mayor que yo y posiblemente por eso él era mi pareja y

no cualquier otro compañero del Equipo de edad similar a la mía. Lo consideré normal, pues conociendo a Eduardo, el Jefe de Equipo, aquel se sentiría más tranquilo si las parejas que iban a realizar la prueba de 48 horas se complementaban verticalmente (este término era el utilizado por Eduardo para distinguir equipos, patrullas o parejas de edades distintas; y de edades similares en el caso de las horizontales). Y el caso es que se había decidido: José Manuel y Ramón formarán la A48, Juan y Pedro la B-48, Fernando y Jesús la C48 y Daniel con el “patoti” la D-48. Los sobres que os entrego a cada uno contienen las instrucciones para el viaje, lugares de paso y acampada, vuestros propios puntos de meditación, la encuesta para el trabajo, y un sobre especial que sólo deberéis abrir en caso de extrema necesidad y urgencia. Bueno muchachos, nos reuniremos en la base pasadomañana a las 19.30; os deseo a todos “buena caza”. Entonemos el “yubi-biji”.

Aún lo recuerdo bien: jailio-yubi-ji-a-ja-ja, el himno del equipo, la letra indescifrable que elevaba nuestras ilusiones por encima de cualquier dificultad conceptual; los melodiosos acordes de una tonada silbada en la segunda parte del himno, que izaba la ascética del compañerismo y la sumisión a una empresa colectiva. Siempre lo entonábamos: en los momentos felices y agradables de un fuego de campamento, durante la difícil ascensión de cualquier escarpada pendiente o, como en aquel caso, cuando nos separábamos y hacíamos más patente la unidad de nuestros ideales ante la

soledad que nos aguardaba. “Jailio-yubi-yubi-i-a-ja-ja” era el estribillo de una marcha alemana, los compases en reciedumbre de una canción militar. Y era nuestro himno —que nunca supimos ni quisimos descifrar— no por lo que intrínsecamente significase o a quienes pertenecía, sino porque cuando lo escuchamos —una tarde en casa de Fernando mientras seleccionábamos la música para el festival navideño— nos gustó y más tarde lo empezamos a tararear mientras realizábamos nuestra empresa del “avishya”.

Todo empezó durante una de nuestras excursiones habituales por Tablada y Cabeza Lijar. En aquella época no había asfalto ni motos mete-ruido-trial que transformasen la Naturaleza en híbridos cementeros de las ciudades o rompiesen la solemne paz de las cumbres que hizo abandonar —cuando no matar— a los pocos animales que quedaban en su hábitat natural e imperturbable a través de los tiempos. Por la paz y belleza del paisaje toda aquella zona, hasta Pinarrellanos, Peña Blanca y Cueva Valiente, eran nuestros habituales lugares de salida.

Y fue aquel Noviembre, cuando las primeras nevadas hacían su aparición en el Guadarrama cubriéndolo todo de lagunillas blancas primero aquí y más tarde se extendía en puro manto navideño por allá, que al estar en Collado Hornillo decidimos descender directamente hasta San Rafael. Y la nieve estaba muy blanda haciendo que nos hundiéramos hasta la rodilla, que ni güetres ni pantalones de ventisca nos iban a servir de mucho.

Entonces Patoti — ¡cómo no! — poniendo su chubasquero sobre la nieve y sentándose en él se deslizó por la pendiente en busca de un ingrátido vacío o un pino que se le pusiera por delante. Todos nos quedamos expectantes observando cómo se ocultaba bajo la espesura el gorro de montaña azul de nuestro compañero, y después anonadados cuando frenó, involuntariamente, a causa de un revolcón, cien metros más abajo. Eduardo, con su característica voz seria pero risueña al mismo tiempo, dijo: “señores, imitemos al Patoti y dejémonos caer hasta nuestro destino en un slalom gigante de volteretas y trompicones. Guardemos la ropa seca entre los ponchos, pues la vamos a necesitar cuando lleguemos a la estación”.

— ¡Bajar avishyando! —gritó Patoti desde su posición—.

— ¿Qué dice? —pregunto Eduardo curvando las cejas y dejando ver su dentadura a través de una sonrisa.

— Que bajemos avishyando —contestó Fernando.

— Macho traduce —le hizo observar Eduardo— que a ese no hay un dios que le entienda.

— Dice —aclaró Fernando — que bajemos “avishyando”. Y avishyando — continuó — viene de “avishyar”, que en la jerga del Patoti quiere decir sencillamente avisar. Nos dice que bajemos “avisando”. Supongo que por aquello de tener tiempo para apartarse en caso de que nos echemos encima de él.

Y todos, al unísono, empezamos a reírnos.

— ¡Que pashya, avishyais o qué!

Eduardo se sentó en su anorak, gritó PISTAA y comenzó el descenso más gracioso de todos. Parecía un perrito de plástico de esos que se les da cuerda y mueven las patas en ademán de caminar cuando se les echa en un cubo de agua. Y Eduardo movía los brazos como aspas de molino e introducía las manos en la nieve para cobrar más impulso. Después, nos lanzamos todos al “avishya”.

Así, de esa manera tan tonta o absurda, pero que demuestra la ilusionada imaginación aventurera y venturosa de nuestro equipo, dio comienzo uno de los vicios mayores que hemos tenido y el nacimiento de una de nuestras empresas viciosas. Y hablo tanto de vicio no en un sentido corruptivo, sino del emanado por la imperiosa necesidad de realizar las cosas que nos hubiéramos propuesto por encima de todo; pronto se convertían en naturales, después necesarias y por último insoslayables. Nosotros: teníamos el vicio o la virtud —dos uves antagónicas y muchas veces yuxtapuestas— de acabar lo que en un principio nos proponíamos como aventura-empresa (el scout no hace nada a medias, Ley 7^a) y fue el “avishya” la actividad escogida unánimemente por todos. Sencilla, envolvente, arriesgada, fascinadora, “con gusanillo”.

Ninguno de nosotros había esquiado nunca, pero teníamos que aprender. Primero lecciones teóricas y nociones básicas de la actividad a través de manuales, libros, diapositivas, etc. Mientras tanto el “extra-job”, parte

importante de la empresa, pues sería la forma de conseguir dinero y poder alquilar las tablas primero y comprarlas después, cuando fuésemos unos auténticos filigraneros del slalom gigante y enano. (Parecerá una tontería, pero conseguimos los ocho comprarnos las tablas y bastones —equipo de montaña y botas ya teníamos— a base de los trabajos más insospechados, pero que, a fuerza de sudor, sueño y derroche de energías, supusieron la posibilidad económica que necesitábamos).

Aquí podemos encontrar ya una de las partes más positivas de nuestro reto, pues no todo iban a ser descensos y prácticas de niños aburguesados, que, y en unión a la última y básica finalidad, el acercamiento al ambiente rural en la estación más cruda del año, componían la realidad social de nuestra empresa. Sí, nos propusimos dominar el esquí como factor importante para la práctica de la alta montaña y así poder acercarnos hasta los pueblos —donde deberíamos convivir durante algunos días— aislados por la nieve. Primero y como meta concreta una Zona próxima a Gredos, después, y si todo iba bien, extender nuestro avishya-yubiji hasta la provincia cántabro-asturiana. (Bueno, creo que me estoy saliendo un poco de madre y ya habrá oportunidad y momento para recordar nuestras maravillosas aventuras por Hoyos del Espino, El Arenal, Potes, Bulnes, etc. Lo que sí adelantaré ahora es que el primer día de esquí, Patoti —el iniciador de todo el tinglado— sufrió un esguince de tobillo; subíamos incansablemente sábados y domingos a

Navacerrada, desde las ocho de la mañana a las seis de la tarde esquiábamos sin parar —claro que perdíamos mucho tiempo subiendo las pistas, pero nunca utilizamos un remonte mecánico, así nos los propusimos para diferenciarnos de los “niños-tubo-forfait-nivea” y conseguir una mejor preparación física — y comíamos un bocadillo a la vuelta, en el autocar, es decir, que no parábamos ni para comer; al mes de estar esquiando nos lanzábamos por el Telégrafo, al mes y medio éramos el terror de Navalusillos y más tarde hicimos nuestra primera Cuerda Larga y fue cuando vino la ola de frío que azotó a media España y empezamos a esquiar por Gredos mientras seguíamos el camino de la Alta Rura).

Sí, la empresa del “avishya” — una de las más bonitas y largas que hemos hecho — pasó a nuestra historia particular en gran parte debido al jailio-yubiji que entonábamos mientras la pequeña serpiente multicolor se deslizaba por la blancura fría de las cumbres y la humedad deslumbrante de los valles.

Eduardo comenzaba:

— Señores, aquel punto lejano es nuestra primera meta. Bajémonos las gafas, apretémonos el correaje del macuto y a la voz de ¡ya! hiramos con nuestros cantos y cofis la nieve virgen, mientras el viento transporta nuestro eterno canto del yubiji. ¡Hale jop!

Y todos a una, el típico impulso suave y jailo-yubi-yubi-yubi-ji-a-ja-ja.

Ya estábamos muy cerca del pequeño cartel que nos anunciaba la presencia del bar buscado. El típico viejete de pueblo — inconfundible boina calada al uso y costumbre del lugar, la cachava por delante y nunca como sostén del propio cuerpo, la pequeña colilla adherida al labio inferior y bien sujeta a él (quizá sea ya casi costra) sin necesidad de chuparla pues ya hace tiempo que se apagó — entró en la taberna y dejó salir una bolsa-bocanada de aire, calor y “respiros”.

— Nos sentará bien tomar un café — le comenté a José Manuel — mientras preguntamos por los mendas.

— Me parece estupendo, pues aún no he entrado en calor y algo caliente nos sentará bien.

Atravesamos la puerta, frontera entre la noche silenciosa y el crepúsculo bullicioso, y, maquinal, instintivamente — como siempre lo hacíamos desde que nos lo enseñaron como norma de convivencia — dejamos caer los pesados macutos junto a la pared, en compañía de las primeras miradas curiosas y expectantes.

Ya nos era familiar e inseparable la sensación de ser observados, con recelo unas veces, intriga otras y cachondeo las más. Recuerdo varias situaciones grotescas. Aquella en un pueblecito toledano en donde éramos paracaidistas ante las miradas de los lugareños; y una más cercana — ¡parece mentira! — de la capital, en Belvis del Jarama, donde nos mostrábamos ante la imaginación puebleril como el equipo de fútbol rival del domingo.

Muy pocos han sido los pueblos por donde hemos pasado que nos hallan “clasificado” de la forma más sencilla y natural: son scouts. En parte debido a la silenciosa y callada marcha del Escultismo en nuestro país, lenta y sinuosa vereda que fue y va ascendiendo sin exteriorizaciones grandilocuentes, pero auténtico camino, en definitiva, forjador de mejores hombres y ciudadanos; y en parte también, conluyo, por la presencia de la entidad oficial, reconocida, subvencionada y sostenida, absorbente, gratificada en jefaturas, potenciada y única organización juvenil a la que los muchachos podían pertenecer: o eras de la OJE o paracaidista. No había más solución.

Pero ¡cuán sabio es el tiempo!, con el devenir cronológico y en base a un comportamiento, forma de ser y obrar, por donde habían pasado los scouts ya no se ofrecían dudas para volver a saber quiénes eran. Desde Peñas hasta Tarifa, desde La Nao a San Vicente, se sabe, conoce y siente, una presencia juvenil distinta, diferente, otra.

Como otros fueron los comentarios que ya se escuchaban y como otras son las frases que ya se oyen. Aquella bonita en el bonito Villarcayo —punto pequeño y casi oculto de nuestra geografía y de tan gratos recuerdos por la empresa “lesche”— en la que ya hacían una diferenciación político-social: “mira, no son de falange. ¡no te das cuenta! en vez de yugo y flechas llevan el pañuelo al cuello; estos son los que estuvieron trabajando con el Tadeo y no quisieron cobrarle los jornales”. Aquella pérdida en el perdido

Moscardón —donde Patoti se empeñaba en llamar “turulatas” a los turolenses— en las que estas, las turolenses, nos diferenciaban por la amistad brindada o el correcto comportamiento junto a ellas, en lugar del habitual fanfarroneo al que las boinas rojas del Tremedal las tenían acostumbradas y hasta el hijo de la madre patria que allí, forzosamente, se había engendrado. Aquella agreste en el agreste Hornillo —nevero de humildes casas en la frialdad de los Galayos— en donde después de haber trabajado en la reconstrucción de un refugio, los del pueblo nos hablaron de quiénes habían hecho el trabajo anterior, es decir, su demolición, me insinuaré: el vendaval “montañas nevadas pedruscos al viento”.

Sí, de la expectación habíamos pasado a la sonrisa de una comprensión. Pero los scouts no eran todavía muy conocidos, quizá por gracia y gracias a esa lenta y sinuosa vereda que ahora llegaba hasta los contrafuertes del Tiemblo de ayer.

Dejamos los pesados macutos junto al muro y ante la senil sonrisa del de la cachava nos mostramos con la alegría juvenil respetuosa con las distancias; y anduvimos un poco antes de llegar hasta él y de sopetón le preguntamos:

— ¡Hola! ¿Qué hay? ¿Nos podría decir dónde podemos encontrar a estas horas al panadero?

La cachava, que hasta “escuchar” nuestra pregunta se mostraba firme y sentía callada sobre su cayado todo el peso del viejete a través de sus gruesas manos superpuestas y aun encima el mentón redondeado como punto de apoyo

de todo el cuerpo humano, se empezó lentamente a erguir temblorosa, y al llegar a la altura en donde brazo y cachava se complementan en una horizontalidad, empezó a hablar por boca de su dueño:

— Pallastá lindalecio, el del subasta, y pallastá —la cachava recorrió entonces un radio de noventa grados antes de detenerse— la tahona; pal otro lao la plaza. Y pa servirles un servidor —continuó mientras la cachava recobraba su posición de viga erecta— quentre toeste personal esil único que sae poné dos pares derraduras al jamelgo más liao. ¿Sabe puesusté quesun jamelgo? —se dirigió levantando la vista y la sonrisa hacia José Manuel.

— No señor, o posiblemente, sí señor —titubeó— pero me gustaría aprender eso y mucho más a través de usted, que me supongo será el herrero del pueblo y que gustosamente acompañaré durante una jornada de su trabajo. Me puede mandar hacer cualquier cosa o tan solo dejarme ver cómo lo hace usted; y si no necesita un ayudante no se preocupe, no tendrá que pagarme nada porque queremos trabajar sin cobrar. No, no crea que estamos chiflados, lo que ocurre es que tenemos que estar un día trabajando con alguien para poder pasar una prueba. Es algo así como ir en busca de un ascenso, pero antes pasando por un pequeño sacrificio. ¿Comprende?

— No, no comprendo ná, peo si loquisté quié es trabajá duro un día, puesna, quesí su religión lase trabajá sin

resibí jorná, pues bien; ¿y paqué quieren saber dondestá el de la tahona?

— Pues verá —casi contagiado intervine yo— aquí mi compañero deseaba hacer su trabajo con herrero, y mira por donde hemos ido a parar directamente a él, pero yo tengo ganas de trabajar con un panadero y me hace ilusión conocer todo el proceso de fabricación del sustancial elemento, es decir, del pan, y...

— Bueno — me cortó José Manuel — es que para trabajar debemos separarnos, yo con usted y él prefiere al panadero, y como ya sabe dónde está la panadería, bueno la tahona, pues puede ir a ver a ¿cómo se llama? ... ah sí, el señor Indalecio, y pedirle permiso para trabajar, mientras usted y yo...

— Un momento —interrumpí— ¿no dijo usted que estaba aquí jugando a la canasta?

— A la subasta, al subastao —aclaró nuevamente con la cachava.

— Pues nada — continué —, haga usted el favor de llamarlo, nos lo presenta y le contamos nuevamente el rollo, je, je...

Miré con respiro, o mejor dicho, vi ilusionado al tiempo que suspiraba tranquilo, alejarse al fantasma de un posible corte si tuviera que haberme presentado solo ante el panadero y contarle todo otra vez; y viendo el tamaño que tenía —sentado como estaba— y la cara de pocos amigos mientras fustigaba la mesa con duros golpes de nudillos al

depositar las cartas, o mejor dicho, al matar los naipes mandando arrastres ajenos.

— ¡Indalé! — gritó el herrero —. ¡Indalé!, venpacá.

— Un momento Ugenio — contestó el señor Indalcio — quenseguida termino con estos.

Y cuando terminó se llegó hasta nosotros los dos metros por uno de masa humana que a la altura de la nariz presentaba una misma de dos por un... centímetro.

Cuando ya estábamos en la calle nos sentíamos felices, alegres, sabedores de haber vencido una primera dificultad. Volvíamos a caminar, esta vez en dirección a lo más oscuro del pueblo, la salida hacia la noche negra, dejando atrás lucecillas aisladas y continuos ladridos. Primero rápidos y seguidos, después lentos e interminables, de algún perro — mejor perrazo— callejero.

Allá, desde donde se pierde triste el último haz de luz, da vuelta la carretera, y en la misma curva arranca frágil un pequeño sendero, trocha o vereda, pero camino en definitiva, que nos iría acercando hacia los umbrales del monte. Terreno de labranza a un lado, surcos hirientes en el suelo, pequeños viñedos retorcidos al otro. Y el sendero, trocha o vereda, se fue perdiendo en una lenta ascensión mientras al fondo del barranco se empezaba escuchar el canto bronco de un descenso fluvial trepidante.

En donde corta a la cañada, en el paso imaginario de un por siempre cruzar ganado, lugar donde crece —aunque siempre parezca estático— el rebusto y alto roble de ramas

lacias, pero enérgicas ramas, en la frontera irreal del extenso bosque y la calvicie de labranza, también el sendero, trocha o vereda, se bifurca dando lugar al nacimiento de otro camino, pista u holladero.

Y allí, en la pequeña sombra del gigante erguido, juguetera, tenue y siempre a merced del antojo luminoso entre la lucha insaciable de nubes y luna, comenzó mi soledad.

— Que tengas suerte Ramón — me dijo José Manuel —. Nos veremos el domingo por la mañana en el pueblo. Yo debo continuar por aquí. Buena caza.

— Buena caza. Suerte también.

Y me quedé observando como los firmes pasos de mi hasta entonces compañero de marcha hacían crujir las ramas caídas sobre el camino y escuchaba el mudo eco de una silueta en el bosque.

Comenzó mi calvario o ¿por qué no? mi alegría de vivir.

No estaba muy seguro de mi propia capacidad para salir triunfante de las adversidades; múltiples problemas — eso pensaba entonces— que se me tenían que plantear dado que estaba solo. Aislado dentro de un bosque, bajo la mirada acechante y perdida de unos riscos y la compañía solitaria de las cimas. Así empezaban mis primeras cuarenta y ocho horas, dos mil ochocientos minutos, cientos setenta y dos mil ochocientos segundos de vida como auténtico scout; repartidas y distribuidas en partes iguales para una meditación personal y un trabajo social.

Y anduve un poco. Paré. Continué otro trecho. Descansé. Conté los segundos transcurridos: sólo cien. ¡Cuánto tarda en pasar el tiempo! ¡Cuánto tiempo queda por pasar! Me vino a la imaginación el recuerdo de Mari Carmen.

Todo era distinto a lo que recordaba, pues allí el reloj parecía detenerse mientras que ahora las manecillas giraban sin cesar. Implacables. Jueces supremos de un veredicto final: “lo siento, ya es la hora”, me dijeron. Y el tiempo había pasado aquel día tan rápidamente que apenas fui capaz de ver la realidad. La triste realidad de observar el cuerpo inerte, paralizado, quieto, de Mari Carmen. Fui a verla con un vecino de casa al sanatorio, después que nos enterásemos del accidente sufrido. Y ayer, ese lejano ayer, era mi amor platónico entre el portal y la escalera de su casa; era la conversación ahogada de un hola y un adiós; era el sueño perdido mientras meditaba el alcance de sus palabras: ese hola tan bien dicho, ese adiós de pícara sonrisa, ese hola con gracia femenina, ese adiós con tan sencillo tono de voz. Y en aquel momento, espacio juvenil entre dos adolescentes, tan solo hubieron un hola y más tarde otro adiós. Mari Carmen seguía con vida pero segada en su caminar.

Y yo caminaba pensando en los que no podían andar, tratando de llegar hasta los orígenes primarios de mi propia vida.

Vida que también estuvo a punto de paralizarse cuando sentí cerca la presencia de alguien que venía hacia mí. O mejor dicho, de alguien que caminaba en dirección

opuesta, pues tanto podía ir yo hacia él, como él hacia mí. Pero en aquel momento y con aquellas circunstancias no podía pensar muy razonablemente, estaba alerta y receloso: “más cerca Ramón. Sólo te separan de él cincuenta metros, echa a correr”, me decía a mí mismo. Y cuando estuvo tan cerca que casi podía oír los latidos de su corazón:

— Buas noches caminante.

— Hoooola, buenas noches.

Y estas palabras se fueron olvidando a través del aire.

“¿Por qué eres tan desconfiado?” — me preguntaba —. “Más vale prevenir que curar” —contesté—. Y maquinalmente eché el macuto al suelo, lo abrí, saqué mi cuchillo de monte, pasé su funda por el cinturón y me tumbé en la vaguadilla del camino, encendí un cigarro y ya me puse a meditar.

Estás aquí Ramón, Ramón el scout, con tu uniforme, orgulloso de portarlo porque sabes lo que significa, sabes que varios millones de muchachos y muchachas en todo el mundo llevan uno parecido con un significado similar, sabes que el pañuelo enrollado al cuello simboliza tu promesa, aquella que hiciste —quizá un poco inconscientemente— y por la cual debes cumplir tus deberes para con Dios y la Patria, ayudarás al prójimo en toda circunstancia y observarás fielmente la Ley Scout; realmente es un compromiso difícil si tratas de llevarlo hasta el final, si lo guardas con todo su alcance y significado, empezando por Dios, el Ser Supremo que en estos momentos te está guiando y al que debes tu existencia, ese Niño Jesús al que

cantabas villancicos y ese Jesús Crucificado ante el que te arrodillas fielmente; pero tus deberes para con Dios no se limitan a ir a misa todos los domingos y fiestas de guardar, o echar una limosna de vez en cuando en el cesto o besarle la mano al obispo —¿te acuerdas cuanto tuviste que hacerlo y le diste la mano como a otra persona cualquiera y el párroco te echó una mirada que casi te fulmina?— o persignarte cuando pasas delante de una iglesia o contarle tu vida en fascículos —que siempre son repetidos— al cura oculto tras el confesionario o recitar el rosario con cuentagotas o temer al pecado después que cometiste impurezas o rezar mucho antes de los exámenes o...; no Ramón, tú sabes que todo eso y mucho más no son tus deberes para con Dios, ¿qué me dices si al salir de misa e ir a tomar la caña dominical desprecias a tus compañeros, das de lado a la comprensión humana o empiezas a insultar y pelearte con cualquiera?, ¿y si ves a la gitana con el niño y ya no le das nada de limosna porque te faltaría para la cerveza, pero te sientes satisfecho por lo echado en el cesto?, ¿y si en vez del obispo o el Papa, es el pobre viejo que te da asco por la baba que corre por su boca o el pellejo que recubre sus miembros, eres capaz de manifestarle tu atención, respeto y cariño?, ¿has ido alguna vez a hacer tu Señá scout a un sanatorio donde hay niños enfermos o impedidos y animarles con tu escultismo durante tan solo una tarde?, ¿qué me dices si te confiesas de vez en cuando ante tus padres, te pusieras la penitencia de ser cada día mejor con ellos, comprendiéndolos, respetándolos, queriéndolos y obedeciéndolos?, ¿o estudiar con fuerza y ahínco

para poder ser útil mañana a los demás y ayudarles a que también ellos puedan estudiar y trabajar y vivir y ser felices?, ¿y si supieras encontrar en el sexo opuesto algo más que la obsesión por la carne, que después influirá en tus actos solitarios, tratando de que entre tú y las chicas halla confianza, intimidad y respeto?, ¿y si descubrieses a Dios entre estos pinos que te rodean, o encima de aquella piedra, o a través de aquella nube?, Ramón, creo que no cumples bien tus deberes para con Dios, no los entiendes, ¿qué piensas de los que cuando salen de misa se suben al avión para tirar bombas y matar niños y gente inocente en el Vietnam?, ¿qué opinas de los que pasean ufanos con grandes riquezas y después son capaces de negar su ropa vieja y usada a quienes más la necesitan?, ¿le has regalado alguna vez un juguete —de los muchos que has roto y arrinconado— a un niño que no tiene lo que tú?, no Ramón, más vale que a partir de ahora no vayas a misa y te dediques a los demás, el Niño del pesebre lo comprenderá y estará contento cuando al hablar con Él le pidas menos para ti, te acuerdes de darle las gracias después de un buen examen y seas capaz de encontrarle en cualquier momento de tu vida; y Jesús Crucificado sufrirá menos si cargas tu también un poco con la cruz, sacrificándote por los demás, no siendo egoísta ni orgulloso, trabajando con alegría, respetando a tus padres, amigos y compañeros, en definitiva, siendo un buen cristiano, que es lo mismo, un buen scout.

Me levanté de la cuneta contento y preocupado. Acababa de encontrarme con mi amigo Jesús, ese amigo al

que antes no llamaba de tú y al que me costaba buscar. Pero tenía miedo ante el compromiso efectuado ya que sería difícil llevarlo adelante con entereza y alegría, con auténtico espíritu y sentimiento scout.

Recordaba aquella misa nocturna en el último campamento, pues nunca había sentido tan de cerca la Eucaristía; el vino verdaderamente me supo a sangre y había conseguido identificarme completamente con Él. Y todo gracias a la sencilla celebración: el consiliario de uniforme como nosotros nueve, en un poto de aluminio el vino, en otro pan de molde, la noche estrellada, el fuego y el olor a humo en el ambiente, la homilía dicha por nosotros mismos. Cada uno explicó como supo y pudo el alcance del Evangelio y la Palabra de Dios; nos habíamos sumido por completo en la mística que nunca antes habíamos sabido encontrar en el gran templo de nuestra parroquia cualquier domingo.

Continuaba andando y acordándome de vez en cuando de Mari Carmen, quería verla pronto y contarle muchas cosas, contagiarle mi alegría por la vida, consultarle y ayudarle en su pesar lo más y mejor posible.

Andaba mientras los espesos cúmulos dejaban en libertad la salida de los primeros haces de luz del disco lunar hinchado, lleno, enorme, “luna de lobos” pensé y un sobresalto me apartó de tan extasiada contemplación. Había escuchado un ladrido, ¿o un aullido? “Un scout sonríe y canta ante las dificultades y peligros” me dije, y me puse a cantar bajito mientras cogía dos piedras del camino.

Realmente estaba asustado, ¿salir corriendo?, ¿esconderme?, ¿subirme a lo alto de un pino?; los ladridos se escuchaban ya más cerca, pensaba en una lucha implacable, sin testigos, entre un rabioso can y el hábil scout. ¿Sería capaz de matar a un lobo con mi cuchillo? “Si fuese un lobo no vendría solo —pensaba— sino en manada de hambrientos lobos”. Desconcertado, asustado y tembloroso continué mi camino; andaba despacio, casi silenciosamente, parándome de vez en cuando para cerciorarme de que lo que escuchaba era cierto y no el fruto de mi imaginación.

Y efectivamente salió el perro. Y vino corriendo hacia mí. Y se paró cinco metros delante. Y seguía ladrando. Y me enseñaba los colmillos amenazadoramente. Y tenía las patas en tensión. Y continuaba ladrando locamente y yo asustado sin poder tan siquiera correr —sería peor— pero también sin poderle tirar una piedra o “degollarlo” con mi machete. Y quería andar y el perro me lo impedía y daba vueltas alrededor mío y..., de la curva del camino salió un hombre. Y gritó: “yastabien Aníbal”, y el perro se calló y se fue junto a su amo. Y cuando uno y otro estuvieron cerca de mí, le pregunté a aquel:

— ¿Siempre tiene tan malas pulgas?

— No señor —me contestó con una sonrisa irónica entre los labios— casi siempre ataca y en cuanto huele sangre ya es mu difícil separarlo.

— ¿Luego he tenido suerte? —continué preguntando.

— Pué sí señor, y tenga cuidao pues andar sólo poaquí es peligroso; no po los perros del monte, sio por algún desalmao qualla por ahí. Hace mu poco quauno del pueblo lasaltaron dos desconosios, no pa robarle, pue poco tenía, sino para dale una palisa.

Perro y amo continuaron su camino y yo seguí el mío, adentrándome cada vez más en la espesura y en la soledad del bosque. El eco del río era ya casi imperceptible pues había subido bastante, y la noche se encerraba en sí misma para darme mayor sensación de impotencia y aislamiento: “Dame señor un corazón vigilante”.

Ya habían transcurrido más de dos horas desde que me separé de José Manuel y había llegado hasta la fuente. Un pequeño hilillo de agua fría corría a través de una teja rota y formaba en el suelo una lagunilla en donde saltaban renacuajos de vez en cuando. Dejé el macuto, me lavé las manos y la cara; empezaba a hacer frío y me puse el jersey de montaña, abrí el sobre con instrucciones:

Ya estás en el punto de agua. Tendrás que dejar el camino. Observa en el mapa la cota 1.300 que pasa por la fuente y síguela en dirección oeste. Llega hasta un collado y verás que existe una construcción aislada. Deberás dirigirte a ese punto, traza el rumbo que más te interesa, pues observarás que en línea recta tendrás que atravesar varios arroyos y es muy posible que estén crecidos y dificultosos de cruzar. Tu verás lo que más te conviene. Cuando llegues a la casa abres el sobre número cuatro. Buena Caza”.

Desde donde estaba hasta la casilla había sólo unos cuatro kilómetros en línea recta, que en pleno monte se transforman en bastante más de una hora de marcha. Decidí llevar el rumbo trescientos diez hasta llegar a la cima por su lado noroeste y desde allí descender al collado. Si quisiera seguir en busca de la casilla por entre el bosque, seguramente que me perdería por no poder mantener el rumbo constante y puntos de referencia idóneos. Más fácil, aunque también más trabajosa, era la opción escogida. Corregí el rumbo magnético para mayor exactitud y tomé el primer punto de destino.

Me encantaba la seguridad de poder desenvolverme en aquel medio sin temor a perderme. Servía de mucho la técnica aprendida y los constantes juegos de orientación durante mi adiestramiento scout. Era capaz de ir a cualquier lugar; una carta topográfica, la brújula, un lápiz y una regla. Todo perfecto.

“Ya estás en el punto de agua” ...

Volví a leer el sobre con las últimas instrucciones y entonces me empecé a acordar de nuestra subida por la Peñita Arenas y la Cabrilla. Íbamos con el señor “Poli” —el Apolinar— que nos hacía de guía. Quizá fuese aquella experiencia la primera en la que utilizamos un guía, pero Eduardo lo conocía —fue en sus terrenos donde hicimos la cabaña como preparación a la que después haríamos en el campamento— y se había empeñado en enseñarnos todos los secretos de aquella zona hasta Los Galayos. “Poli” —el

Apolinar— había sido durante treinta años el guarda de toda la sierra y el que traía y llevaba el correo de una parte a otra de las montañas. Se la conocía como “la palma de su mano”, expresión nunca mejor apostillada, y quería recordar sus viejos —o mejor sus jóvenes— años de trotamontes. Para nosotros fue una novedad, pues además de ir y subir por aquellas zonas tan maravillosamente encantadas y atractivas, “Poli”, —el Apolinar— nos iba enseñando todos los secretos de la montaña: desde el lugar donde se establecían los puntos de tiro para la caza de la cabra, los lugares de saltos y presencia de estas, los “jitos” que señalaban los caminos, las hierbas que podíamos mascar en la boca, hasta las fuentes “ocultas” de la montaña. Sí, los puntos de agua como él los llamaba y las fuentes rebosantes que nosotros nos imaginábamos en aquella subida tan sofocante de aquel Junio soleado. “Yastamos cerca del puntodagua” decía, y nosotros no escuchábamos el alegre canto del hipotético chorrillo de agua. Y “yastamos en el punto dagua, podéis beber hasta cría ranasen lestómago, puesasta el próximo punto, en to lo alto de la cuerda, y no hay masagua”. Y nosotros nos quedamos extrañados pues no encontrábamos la fuente. Y entonces “Poli” —el Apolinar— se acercó hasta una gran piedra que estaba al lado del camino, empezó a escarbar por debajo de ella y al instante se había formado un pequeño charco de agua. Retiró un poco de tierra dejando los yerbajos y canalizó el agua hasta una vieja lata que cerca de allí se

encontraba. Y allí estaba el punto de del “Poli” —el Apolinar— y allí estaba la fuente de los scouts — de los exploradores —.

El señor Apolinar, el “Poli” también para nosotros, nos enseñó muchas cosas que hasta entonces creíamos saber y dominar.

“Ramón, empieza a subir”, me dije, y ya empezaba a olvidar el hilillo de agua rompiendo la paz de la lagunilla “enrenecujada”.

Había muchos helechos, ramas y piñas que me impedían avanzar en silencio. Instantáneamente me llegó el recuerdo del “indio mutilón”, la destreza para avanzar calladamente sin que otros adivinasen mi desplazamiento. Allí era más difícil, pero me propuse hacer lo posible por imitar a los antiguos indios y avanzar sigilosamente por el bosque.

Un bosque incesantemente desarrollado de pino común. Recordaba la variedad de plantas, árboles y semillas que conocía. Sabía distinguir, como cualquier scout avanzado, el roble, cedro, arce, chopo, abeto, eucalipto, abedul, olivo, acacia, sauce, etc., las características de cada uno de ellos, su uso industrial y los lugares de desarrollo.

Me había gustado bastante la iniciación al cono cimiento de la Naturaleza que en mi adiestramiento scout seguía y como desarrollo de la especialidad de Botánico que en la Tropa me habían concedido. Lo que ya no me gustaba era el otro ciclo al que estaba sometida la Naturaleza: el destructor, que el hombre mantenía implacablemente. Yo, como

scout, pensaba en el artículo sexto de nuestra Ley: ver en la Naturaleza la obra de Dios, proteger a los animales y plantas. ¡Qué maravillosa contemplación de la Naturaleza!

Seguía subiendo sin parar. El temor ante la soledad se iba olvidando por mi continuo embelesamiento y absorción en todo lo que me rodeaba y la esperanza por llegar a la cima y extasiarme nuevamente en la contemplación de todo.

Recuerdo nuestra primera ascensión al Almanzor, el desgastador avance hasta la plataforma, el brusco cambio de marcha para subir al refugio, la lenta recurva del Morezón para llegar al muro, la encantadora visión de la laguna grande, la dura ascensión de los contrafuertes, el difícil paso por la Portilla del Crampón y... la maravillosa sensación de estar en la cumbre. Apiñados. Reunidos en tan poco espacio, ocho muchachos, sin mediar palabra. El viento azotaba nuestras mejillas y manteníamos la mirada perdida en el horizonte, basto horizonte que nos empequeñecía y grandiosa sensación que hacía olvidar el sufrimiento físico por llegar hasta allí.

Continuaba subiendo mientras mis chirucas rompían suavemente el silencio de la noche con un continuo crujir al pisar el manto “detritus” del suelo. Mire mis piernas, descubiertas entre el pantalón y las medias. Años atrás me daba vergüenza ir en pantalón corto; ahora conocía la realidad y la importancia de su uso: comodidad en la marcha, sentimiento exterior. Pensaba: “muchacha, de la llamada montañera, de los que se bautizan auténticos scouts e

incluso de los ostentosos Jefes, creen que el pantalón corto es uso exclusivo de los niños. Son los que andan por Becerril de la Sierra o por Aranjuez con “bávaros” y botas mixtas. ¡Qué barbaridad! Son unos exhibicionistas. El pantalón bávaro se utiliza para escalar y las mixtas para conjugar la alta montaña y el esquí. ¿Qué hacían aquellos scouts de semejante manera vestidos en el curso de adiestramiento de El Escorial y andando dentro de un edificio? Daban risa. Y como ellos, hay muchos que después ni saben andar por el monte. Yo estoy muy tranquilo con el convencimiento de usar correctamente el uniforme. Nosotros no pretendemos ni tratamos de “fardar” ante los que no saben de la montaña. Soy capaz de distinguir un auténtico alpinista del “dominguero” con sólo echarle una mirada; rápidamente sé quien viene de “encontrarse” con la Naturaleza y quien de comerse la tortilla en el campo. Muchos presumen de equipo y botas, y nunca han hecho una bavaresa o han superado un quinto grado. Y como scouts, no debemos confundir la vida en la Naturaleza con el alpinismo de alta montaña, o cuando menos, creernos hacer una cosa que no es cierta. Hay quienes piensan que en las estribaciones del Guadarrama van a montar un campamento base como en el Annapurna”.

Ya casi estaba en la cumbre y continuaba pensando en el uso del uniforme. Eduardo siempre nos daba ejemplo en su porte y por lo tanto nosotros le imitábamos y nos convencíamos de su uso adecuado. Ni insignias ajenas o superfluas, cordones, condecoraciones, colgantes, etc. Sobriedad,

limpieza y “buena percha” que decía. La pañoleta y la flor de lis.

Llegué a lo más alto del monte y antes de comenzar el descenso directo a la casilla, continué escribiendo sobre mi Promesa:

Ramón, tus deberes para con la Patria. ¿Tú sabes lo que es la Patria?

Pues no es un terreno que empieza en Portugal y termina en los Pirineos, o viceversa, no es una superficie llena de españoles que puedes llamar estado español, nación española o patria hispana. Tus deberes para con la Patria no consisten en hacer el servicio militar cuando te toque, tus deberes para con la Patria comienzan en tu casa y continúan, fuera de ella, como ciudadano. Sí, Ramón, tu patria es tu familia, la auténtica tierra en donde has nacido y tu patria en la sociedad, la gran familia que enmarca tu ciudadanía, y es allí, y es acá, en donde deben comenzar tus deberes, y por consiguiente, tus derechos; tu familia, Ramón, es la pequeña patria de la madre patria, es un eslabón heráldico de tu escudo nacional, ¿conoces la historia de la madre patria? Cumplir debidamente tus deberes para con la patria grande es conocer, primero, la historia, ser objetivo con ella, sacar las conclusiones por las que se ha llegado hasta el momento presente, y, después, con el conocimiento exhaustivo como base, crear y edificar la base de tu ciudadanía, y un deber ciudadano, social, es el típico de ayudar a cruzar la calle a la ancianita, y también cuidar de los campos y jardines, mantener limpias las calles, ser respetuoso

en los transportes colectivos, ayudar a quien necesite de tí, transmitir a las gentes la alegría de sentirse parte y arte de una colectividad; ser buen ciudadano es contribuir junto a las autoridades en la empresa comunitaria de un bienestar social, es conocer con detalle los medios administrativos de los que se sirve el Estado, es comprender el trabajo de los gobernantes, es denunciar y evitar las corrupciones y mantener la limpieza de la justicia en el cumplimiento de las leyes,... tantas cosas, Ramón, que sería necesario empezar a trabajar en tu Patria, con tus deberes, para que mañana seas un elemento de la sociedad capaz de saber disfrutar de las libertades y derechos emanados tras el asentamiento y cumplimiento de tus deberes, mañana tendrás otra familia, estarás en un barrio distinto o en un pueblo diferente, tendrás un trabajo y contribuirás a la grandeza con el orgullo de sentirte español; claro que también puedes empezar por ser el eterno contestatario e inconformista que llevas dentro, como la mayoría de tus compañeros de edad, y utilizar la negativa y destructiva crítica del disconformismo, ¿recuerdas aquella reunión en casa del Patoti? Hablabais de política, de sindicatos, de anarquismo, y al final, después de darle muchas vueltas a la cabeza, llegasteis a una conclusión comunitaria: como hombres os sentíais políticos, como scouts, apolíticos, y también acordasteis el apolitismo, que no es lo mismo que anti o contrapolitismo —o partidismo, como sabiamente apuntó Eduardo— en vuestras manifestaciones scouts, ¿recuerdas las conclusiones?; analizasteis la situación del país, situaciones que no llegasteis a

comprender plenamente pues estabais verdes en historia, decidiendo no criticar ni ser jueces de una contienda absurda, pero tomando las enseñanzas necesarias para que nunca cayeseis en semejante barbaridad; manteneros imparciales respecto a unos y otros, cada hecho y cada actuación fue el fruto de un estado concreto, vosotros no podíais ser el fruto de unos hechos humanos, sino la voluntad del Dios bueno, del mismo que lloró a rojos y azules; estar por encima de cualquier idea política, que encontrasteis ser una tapadera de las manifestaciones orgullosas de poder innatas al hombre soberbio, y elevar los ideales humanos de justicia y libertad; tratar de mezclar las cosas buenas de cada partido —aun de los que estaban en la clandestinidad— para ensalzar el partido único: el de todos los españoles; estar al servicio de la Patria, pero reconociendo a esta como el conjunto de hombres y mujeres reunidos por características históricas y hechos irreversibles, empeñados en una empresa colectiva: vivir en libertad. Sí, Ramón, entonces queríais arreglar el mundo y ahora tienes ya que estar en el trabajo. ¿Recuerdas?: DEJAR ESTE MUNDO UN POCO MEJOR DE COMO LO ENCONTRASTEIS. Para cumplir tus deberes a la patria trázate el siguiente camino: ser mejor miembro de tu familia, conocer profundamente la historia de España, buscar en todas tus manifestaciones de la vida el respeto a los demás, estudiar y trabajar para que mañana ocupes un puesto en la sociedad y puedas participar activamente en el ideario propuesto de justicia y libertad humana —sino estás preparado no servirá de nada el chillar y gritar y

en definitiva no hacer nada— pero si tan sólo vas a criticar, vas a destruir lo poco o mucho, bueno o malo que hay, vas a ser un paria de la sociedad, vas a dejarte llevar por las falsedades y corrupciones, vas a traicionar a tus semejantes hundiéndolo a tus propios semejantes y vas a ser tan sólo un lastre de tu familia y de la sociedad hasta que te mueras, es mejor, Ramón, que dejes la pañoleta, des media vuelta y te marches a tu casita. Ya has empezado a comprender tus deberes para con la patria, o si lo prefieres, tus deberes para con los hombres de tu familia y las familias de esos hombres.

Cerré el cuaderno, guardé al bolígrafo, respiré profundamente, hinché el pecho de libertad y empecé el descenso hasta la casa, la casilla que mostraba tejas de un rojo fuerte o bermejo, gritando ante la luz de una luna ya grandota, ya brillante y ya acompañada de las primeras estrellas.

Bajaba con cuidado, despacio, colocando debidamente los pies y doblando las piernas al tiempo que echaba el cuerpo hacia atrás. Ahora sí que empezaba a sentir el peso del macuto y me dejaba caer un poco fatigado por el tiempo de marcha y la subida directa. Subida que aunque no había sido excesivamente dura me indujo a una meditación, y ahora, bajando, también la grandiosidad del universo me obligaba a pensar.

Había cambiado —no yo, sino las fuerzas ocultas de la Naturaleza— la noche oscura por el día apagado, los grandes pinos por las pequeñas retamas, la ilusionada ascensión por la realista bajada. Y entonces, bajo el influjo de ese día

semioculto en la noche, empecé a distinguir el juego armonioso de las estrellas en la bóveda celeste. Seguía con mi vista perdida los trazos irreales para encontrar la Polar, la línea imaginaria por Merack y Dubhe; Cassiopeae se tornaba ahora eme ahora uve doble, pero siempre abría sus brazos para señalarme también la Polar; y veía la inseparable pareja Pollux y Castor, y allá, lejos, inalcanzable, el luminoso triángulo Vega-Altair-Deneb, y atravesando el bonito cinturón de Orión, rozando casi a Bellatrix, mirar hacia arriba o hacia abajo y ver Aldebarán allá, Sirius acá. ¡Tantas estrellas, tantos soles, tantos mundos! ¡Qué pequeño es el hombre y sin embargo cuan grande pretende ser y que orgulloso se siente por creer serlo!

La casa era pequeña, construcción de piedra, que dejaba ver su interior por los varios agujeros que mostraba. Una ventana, mejor un hueco en donde estuvo una ventana, la puerta entreabierta, el suelo algo sucio, y al fondo, en un rincón, en el ángulo de dos muros, la chimenea que se elevaba hasta atravesar y perderse por las vigas del techo. ¿Qué raro? —me preguntaba—. Salí al exterior y efectivamente no estaba equivocado, no había chimenea encima del tejado.

Durante el descanso hasta la casa no vi chimenea alguna encima del tejado. Recuerdo que lo primero que había pensado cuando vi la casa de la cima, era la posibilidad de que hubiese alguien, y lo primero que esperaba era el humo salir por la hipotética chimenea.

Y eso me recordó que ya tenía hambre, que necesitaba descansar un rato estando caliente. Y cuando llegué hasta la casilla me propuse quedarme allí.

Observé nuevamente el mapa y busqué agua cercana; según la carta pasaba o debería pasar, un arroyuelo cerca de ella y por la parte posterior. Apagué la linterna, me quedé inmóvil y agudicé el oído. Efectivamente, había agua cerca.

Entré nuevamente en el refugio y decidí quedarme allí, pues lo encontraba cómodo y necesitaba descansar; pensaba que dentro estaría más resguardado y el temor al avance de la noche me parecería menos “tenebroso”. Saqué el lumo del macuto y encendiéndolo lo coloqué sobre uno de los poytes próximos a la chimenea. Fue cuando realmente me percaté de lo sucio que estaba todo; ramas caídas por el suelo, barro, desperdicios y las paredes seminegras, pintarrajeadas con estupideces y alusiones obscenas. Verdaderamente daba pena el estado en el que se encontraba la construcción, y lo más importante, el interior con tantos signos de haber sufrido el paso de la barbarie “tortillera” y estúpida de la montaña. *(En fin, Ramón, acuérdate de lo primero que aprendiste en las excursiones de Tropa remontando el río Moros: pasabais por muchos refugios: Puente Negro, Plazuela de la Cebada... y allí, en ese último, hicisteis lo que a ti te parecía una absurda acción, pues no suponía beneficio para vosotros sino para los que vinieran posteriormente: limpiar, recoger y*

siempre dejar leña apilada para encender prontamente un fuego).

Y entonces recogí del suelo una rama grande que aún mantenía ramillas pequeñas, y a modo de rústica escoba, comencé a limpiar el suelo; cuando estuvo bien barrido cogí la cantimplora y me fui a buscar agua para salpicar todo con agitadas gotas. Más tarde desenfundé el hacha (el hacha canadiense de tan gratos recuerdos) y salí a buscar madera para el fuego y para dejar cuando me fuese, pues al venir un posterior visitante siempre encontraría por la noche una rápida posibilidad de encender fuego, y si lloviese, la madera allí depositada estaría seca; esperando que éste último hiciera la misma operación que yo y así transmitir una cadena insaciable de generosidad y buenas costumbres.

Encendí el fuego, lentamente, aprovechando al máximo la combustión de las ramas pequeñas antes de atizarlo con mayores; poco a poco, sin miedo al paso del tiempo, sin prisas. con maniobras de paciencia que se convierten en arte. ¡Una más, ya está! Y empezaba a echar tronquitos y después troncos y más tarde ya estaba la “pira” bastante elevada y por último la destrucción, la rotura de la base y el desmoronamiento de las lenguas de fuego, la extensa superficie ardiendo que más tarde se transforma en duraderas y caloríficas ascuas, en perennes y rojizas brasas.

Mientras miraba absorbo el crujir de la madera y escuchaba junto al calor que desprendían, pensaba — ¡qué gran semillero de recuerdos supone la fija contemplación de

las llamas flamear en un continuo juego de colores! — el aprendizaje en la técnica de hacer fuego. (Porque encender un fuego no es nada sencillo si se pretende hacer adecuadamente: desde elegir el tipo más apropiado, sí, el más apropiado dentro de la extensa gama de las variantes hasta saber mantenerlo en la altura y calorías necesarias).

Recordaba aquel “polinesio” en Peralejos para asar las truchas que habíamos pescado; el “refractario” cerca de la Ciudad Encantada que nos ayudaba a pasar calientes la fría noche; aquel “elevado” en Beteta durante el campamento de Semana Santa y en la cocina de la parcela; y uno con “trípode” en el gran juego de las tribus, cerca de la Laguna Negra de Urbión. Sí, distintos fuegos para diferentes momentos y necesidades. Y aquellas brasas que estaban delante mía iban a servir para que calentase el poto con agua, donde echar después el sobre de sopa, y para que se fuesen asando las patatas que había depositado entre ellas. Y mientras la cena se iba preparando, abrí el sobre núm. 4 con instrucciones: *“Ya estás en la casa. Bien. Te falta poco para llegar a tu destino. Cerca de la casa encontrarás un riachuelo. Debes remontarlo hasta que llegues a una gran piedra que es por donde mana el agua. Por allí cerca encontrarás unas praderas en donde puedes acampar. Elige el lugar que reúna mejores condiciones. Si hace mal tiempo o llueve, puedes quedarte a dormir en la casa, si no, continúa hasta el lugar de acampada. Por la mañana comenzarás la meditación sobre los puntos que llevas preparados (sobre azul). Acuérdate de*

regresar al pueblo con tiempo suficiente para llegar a la cita del trabajo. Vuelvo a repetirte que si hace mala noche te quedes ahí. Buenas noches y Buena Caza”.

¡Qué cachondo! —pensé—. Buenas noches, aquí, solo, aislado, casi perdido, con miedo hasta de mi sombra, y quiere que aun continúe para dormir lejos de este confort. Está apañado; Ramón se queda aquí como yo me llamo Ramón.

Removía los rebeldes grumos de leche en polvo que no se sometían al calor del agua, cuando saqué nuevamente papel y lápiz:

Aún no has terminado de analizar tu Promesa; te quedaste en ayudar al prójimo en toda circunstancia, tu prójimo, tu hermano, el señor desconocido con quien te cruzas en la parada del autobús cuando vas a la academia, la señora del puesto azul en donde compras los celtas, el acompañante circunstancial en la butaca de cualquier cine, Mari Carmen...; Sí, Ramón, tu prójimo está tan cerca de ti que es difícil no saber encontrarlo; no debes limitarte a tener relaciones con los seres allegados, tienes que extender tu comprensión, afecto y cariño hasta juntarte con todos los seres de la tierra, porque tu prójimo tanto es el pastor como el soldador de la fábrica; tu prójimo son los compañeros del equipo y son los amigos de tus compañeros del equipo; prójimo es la gitana de la parroquia y la tía buena de química; sí, encontrando al prójimo en todos los que te rodean, en todas las personas con quien te cruzas o con las que hablas, siempre tendrás oportunidad de

ayudarles; pero ayudar, vuelvo a repetirte, no es sólo agarrar a la ancianita y obligarla a cruzar la calle, ayudar es poner al servicio de los demás tus habilidades y conocimientos, tus inquietudes y tus fuerzas, y ayudar en toda circunstancia es subordinar tus intereses a las necesidades de los demás: no siendo egoísta, no esperando recompensa por tus actos, siendo altruista y sacrificándote por todos ellos. Debes tener bien presente, Ramón, que no será aquí en la tierra en donde se juzguen tus actos, por lo tanto no deberás buscar el reconocimiento aquí, sino donde tú ya sabes: “AYUDAR AL PRÓJIMO EN TODA CIRCUNSTANCIA”, enterado, prójimo son muchos y circunstancias son todas: El trabajo que le quitas a tu madre de encima si cada mañana, después de levantarte, te haces tú mismo la cama, o la ayudas en los recados; el explicar una lección a tu compañero que no pudo ir a clase por estar enfermo; el no malgastar el dinero que posees y pienses en las necesidades que otros pasan, precisamente, por malgastar tú el que tienes: el comprender y ayudar a Mari Carmen en estos momentos difíciles: el ser útil mañana a los demás con tu puesto en la sociedad, el... vuelvo a repetirte, prójimo y circunstancias desde que te levantas hasta que te acuestas. ¿Y tu Buena Acción diaria? Una circunstancia más de las mil y una que puedes hacer a tu prójimo: Proponte no sólo una, sino todas las que puedas y cuando las hagas no pienses que ya ha concluido tu trabajo ese día, no, ayudarás a tu prójimo y realizarás tu Buena Acción estudiando y trabajando y llegando el día de mañana a ser un buen ciudadano con un puesto de

responsabilidad en la sociedad. Hasta entonces vete preparando y busca a todos los que te rodean y sirve de la forma más bonita y natural: con alegría por hacer lo que sientes”.

Las brasas se estaban agrisando y ya no tenían el rojo intenso del tiempo atrás, apenas podía seguir escribiendo sin forzarme demasiado la vista o avivarlas. ¿Me iba a quedar allí? (El Scout cifra su honor en ser digno de confianza, 1ª Ley; el Scout es Leal, 2ª Ley).

Recogí todo, amontoné la madera sobrante y apagué el fuego de la forma que ya era tradicional en nuestro equipo, desde la “meada” comunitaria y hechicera que impregnaba el aire de un éter ascendente para invocar a los dioses después de cualquier fuego de campamento. Pero como estaba solo y la “pócima” no daba para más, tuve que salir a coger agua y dejarlo completamente apagado. Abandonaba el refugio y me parecía más bonito, limpio, acogedor, dispuesto a ser utilizado nuevamente. Las tejas coloradas seguían brillando, ahora más que nunca, ante el chorro enorme de luz que la luna desprendía mientras las estrellas competían en una lucha implacable para demostrar cual lucía más y con mayor intensidad.

Remontar aquel riachuelo era cosa de niños. Ora subía por aquí, ora cruzaba allá. Si el pequeño torrente de agua, juguetón, divertido, se desplazaba al libre antojo de una mayor comodidad en el descenso, describiendo vueltas absurdas o formando diminutas cascadillas, yo, también jugaba por el monte con entera libertad. Saltos, rodeos,

detenerme, continuar. Unas veces, las pocas, el arroyuelo se transformaba en riachuelo, y otras, las más, era tan sólo un finísimo hilillo de agua. Y así, tranquilamente, contagiado con la parsimonia con que fluía el agua, llegué hasta el gran pedrusco. Enorme, redondeado, granítico; era más pequeño que el “tolmo” pero más grande que el “cerdito” de la Pedriza del Manzanares. Sí, quizá se pareciese más a este último que al primero, en donde había comenzado mis pinitos en escalada durante la “vena” que me entró por luchar contra las rocas y despellejarme las manos en las paredes de piedra.

Y también allí estaban las praderas: una, dos, otra más pequeña y una última tan grande como un campo de fútbol; aunque no podía ver la auténtica extensión por la falta de luz, me imaginaba y se me antojaba muy grande. Inspeccioné todo aquel terreno, desde la piedra, en donde efectivamente estaba el nacimiento del arroyo, hasta el límite del nuevo pinar en donde se terminaban las llanuras verdosas y un poco inclinadas.

Decidí acampar en la pequeña, en la que estaba muy cerquita de los primeros pinos y en donde la hierba y las matas estaban más crecidas. “Buen colchón voy a tener”, me dije, y limpiando de ramas, piñas y piedras el suelo, comencé a plantar mi tienda de campaña tomando posesión de aquellas tierras como si fortaleza de mi “ducado” se tratase.

Yo, Ramón, dueño y señor temporal de aquellas tierras, de los inhóspitos y ocultos terrenos que la madre Naturaleza ponía a mi disposición. Me imaginaba ser un

“nauta” de las antiguas expediciones a las indias. Como si de un Almirante de la Mar Oceana o un Ojeda se tratase, veía en aquellos lugares los nuevos virreinos de mis señores los reyes; hacía la conquista imaginaria de montes y valles para ponerlos a disposición de mis compañeros, de mis hermanos scouts, de todos aquellos que saben y quieren disfrutar de la Naturaleza porque se sienten identificados con ella. Y el riachuelo de hoy se me antojaba Amazonas del pasado; los pinos, circundantes árboles tropicales de donde hacer “bohíos”. y tomar frutos para apagar mi sed; el gran pedrusco desde lejos se erguía ante mí como la isla Trinidad del tercer viaje colombino, las praderas, hierbas y helechos, no eran más que oscuros sargazos que se levantaban sobre la quietud del mar.

Pero ¡oh insigne y Adelantado de Indias: Ramón!; por detrás de aquellas sombras podían salir los temibles indios Caracas, o los antropófagos de los Cayos, o Simón Bolívar, el Libertador. Y como el temor me invadía nuevamente por culpa de la imaginación aventurera que me había llevado hasta ese continente todavía salvaje, decidí, temblorosamente, meterme en el saco, cerrar la tienda de campaña y dejarme mecer por los brazos de Sueño. Y mis brazos se posaron, uno a un lado y al otro, el otro, sobre el machete el primero y encima del hacha, aquel. Y otra vez, a pesar de mi bien guardada custodia, el temblor callado ascendía desde los pies y se tornaba ciclón tropical en mi cabeza.

Decidí, más temblorosamente aún, salir fuera, “vivaquear”, intentar dormirme “viendo” lo que pudiese pasar cerca de mí o mirando las sombras que se movían por gracia y culpa del circunstancial eclipse luna-nube.

Aquel “vivac” no era ciertamente un “vivac”. Dormir al aire libre no es lo mismo que hacerse un cobijo al aire libre para dormir.

Recordaba aquella casi perfecta construcción en las cercanías del nacimiento del río Cuervo; bonito y salvaje paraíso en donde el agua desciende incansablemente desde lo alto de la cascada va formando cortinas en su caída y se deja acariciar de cerca por la frondosa y antiquísima vegetación siempre coloreada en torno a un verde, suave, fuerte, pero siempre verde de esperanza, como si en aquel nacimiento se buscara la esperanzadora salida al inmenso mar. Remontamos la vertiginosa y fina muralla de agua hasta el origen de su vida, en las entrañas pétreas de un canalillo granítico, como si de un cordón umbilical se tratase y se encontrara entre la bolsa madre de agua en su interior y el pequeño hijo al que da luz.

Pues, subiendo por todos aquellos pedruscos, desde la parte izquierda que es la más accesible y siguiendo un imaginario camino que se va formando entre las estribaciones y contrafuertes de piedra hasta la base en donde se levantan las gigantescas paredes verticales, existen numerosos puntos en donde poder pasar las noches resguardados, con seguridad, y como nosotros decíamos: “en lecho de cabras”.

Habíamos elegido una graciosa construcción natural y en la cual una enorme piedra se había ido a colocar próxima a otra que la hacía de base por un lado y su convexa constitución apoyada en la tierra por el otro. Si es bastante difícil de imaginar, basta con que pensemos en la letra griega landa y ya nos hacemos a la idea. Pues bien, entre las dos paredes de nuestra “landa” y en su parte posterior, la Naturaleza había querido que creciese allí unos enormes arbustos para tapar la construcción y únicamente dejar a la vista su parte delantera, tal como vemos a “landa” dibujada. Y ese trozo a merced descubierto es el que domina toda la vista hasta el valle, es la entrada natural a nuestro “lecho de cabras” y en donde hicimos aquel “vivac” durante dos noches. Tan sólo tuvimos que ir colocando piedras y más piedras en hilera desde el suelo hasta el techo del durmiente pedrusco, dejando en la parte central un agujero “entrada de iglú” para que pudiésemos entrar y salir. Nuestro refugio resultó ser de lo más acogedor, pues una vez todos dentro y colocando un poncho en la “puerta”, es tan confortable como un hotel de media estrella. El único inconveniente que tenía era la angustiosa sensación de saberse “oprimido” entre las piedras: cuando abres los ojos y ves el techo, piensas en que se va a desplomar sobre ti porque falle el sustento natural que lo mantiene. Pero en medio de una aparatosa, eléctrica y aguafiestas tormentas, lo que procede es un sitio en donde no bañarse mientras duermes y poder dormir sin que el viento te

arrastre; y el “lecho de cabras” o “nido del cuervo” es un auténtico “vivac” para ser utilizado en esos casos.

Mas yo no tenía muchas ganas de trabajar en la construcción de un vivac, aunque tan sólo fuera de ramas y helechos e incluso de palo y poncho, pues siempre tendría la tienda de campaña para resguardarme en caso de lluvia, aunque me asfixiaba en su interior —no sabía si a causa de las “tribus” salvajes o por desechar la contemplación de la bella noche— así que me conformé con extender poncho, manta, saco y dejar a un pronto alcance mis “armas” blancas para “degollar” lobos, o cuando menos, perros asilvestrados, o por si acaso, ratas de bosque que buscan pequeñas lombrices —quién sabe si no víboras y serpientes— para alimentarse.

Cerré los ojos, hablé con mi amigo Jesús y me quedé dormido.

*“Dame señor un corazón vigilante
que ningún pensamiento vano aleje de ti.
Un corazón noble
que ningún afecto indigno rebaje.
Un corazón recto
que ninguna maldad desvíe.
Un corazón fuerte
que ninguna pasión esclavice.
Un corazón generoso
para servir”.*

Era aún temprano cuando me desperté, quizá un poco por el frío, quizá, seguramente, por el cosquilleo que sentía en la cara. Sacudí la cara violentamente, antes de que tuviese tiempo de sacar brazos y manos del saco, para que la araña saltase a corretear por la fría y húmeda hierba. Me rasqué la mejilla, pues el picor que precede a la hinchazón ya era irreversible, antes de pasar ambas manos por detrás de la cabeza.

A lo lejos, pero tan cerca como para creerlo alcanzable, de entre la tibieza del día, surgía el astro rey. Un sol rojizo ascendía por los anaranjados cirros y grisáceos estratos. Rápida, velozmente, como si él también creyese en darnos un amanecer temprano por madrugar o si buscase con ella la ayuda de Dios, el sol se levantaba, y como en la canción, hizo huir a las estrellas.

*“Sale el sol y huyen las estrellas
y en lontananza empieza a clarear.”*

Después de estar un rato bajo los influjos de múltiples haces de sol calentándome, cuando ya hacía calor como para ir apagando la humedad del extenso rocío, recubriendo el manto vegetal y mineral de ardiente fuego para que saliesen de sus madrigueras los habitantes del tercer reino, el animal, decidí, yo también, abandonar mi circunstancial refugio nocturno.

Hice los habituales ejercicios gimnásticos, flexiones, torsiones, carrera y “respiros”, como decía Eduardo después de haber hecho una galopada mañanera: “señores, toca el turno para recuperar fuerzas, inhalando este cristalino y purificador aire en pequeñas dosis de bocanadas y respiros”.

Me lavé en el arroyo, bueno, me salpiqué un poco con agua y me peiné aún conservando entre el pelo las plumas perdidas del saco de dormir. Hice el desayuno calentando leche en polvo, mezclada con un poco de cacao, y preparándome unas gigantescas rebanadas de pan que hábilmente tosté, pacientemente, al fuego del camping que se dissipaba a través del poto.

Después del desayuno, devorado con ganas y gusto, recogí mi hotel ambulante, empacando la tienda y haciendo el macuto, saqué el sobre azul con los puntos de meditación, la libreta, el lápiz y me alejé de aquel lugar siguiendo el vuelo a ras de tierra de una pareja de bellos tordos que graznaban entre sí y me transmitían el aviso de que el día había llegado para todos. Y como ellos eran mucho más rápidos que yo, subiendo y bajando ingravidamente a merced de pequeños impulsos, decidí seguir la pista de una orejuda liebre que se dejó ver a través de unos matorrales. Pero también fue demasiado rápida y la perdí, tumbándome entonces sobre la ya seca hierba, junto a un montículo de tierra fina por donde ascendía larga y lánguidamente una hilera de trabajadoras hormigas. “Estas sí que no se me escapan”, pensé, y al instante, abrí el famoso y ansiado sobre azul. Rápidamente



reconocí mi letra, a veces firme, a veces incoherente y al final de todo el visto bueno de Eduardo.

Comenzaba así:

PUNTOS DE MEDITACIÓN DEL SCOUT RAMÓN DE SOTO HERNÁNDEZ.

Yo quisiera, durante la realización de las 48 horas, pensar sobre los siguientes puntos, llegando a mi convencimiento y madurez a través de un encuentro personal.

1) Promesa Scout.

2) Ley Scout.

3) Mi desarrollo como hombre.

4) Servicio a los demás.

5) La vida.

Después, y completando la prueba a la que voluntariamente me presento, trabajaré desinteresadamente con el panadero del pueblo para acercarme a la realidad del trabajo y forma de vida en el ambiente rural.

Firmado: Mapache Noble.

VºBº Toro Tenaz

Y después de leer el “apellido” tótem de Eduardo y observar los rasgos de su insólita firma, me puse a contemplar la tenacidad con que las hormigas subían hasta lo más alto del montículo de tierra, un sin fin de variadas y minúsculas partículas absolutamente irreconocibles.

Removí con un pequeño palo entre la arena y al instante toda aquella montaña se transformó en volcán viviente. Cientos, miles de hormigas correteaban sin cesar de un lado para otro; entraban por el cráter, salían de él; la hilera o camino que hasta entonces ascendía recto y bien matizado por los diminutos cuerpecillos andantes que lo formaban, se tornó anárquico movimiento desesperado y al libre antojo de las asustadas hormigas. Varios miles de ellas, unas ni tan siquiera llegaban a lo alto, se dejaban orientar en su recorrido por la presencia de otras muchas. Parecía un mundo revuelto sobre la torre de Babel.

Dejé aquel palo que me introdujo a un absurdo juego, pues mediante mi estúpido antojo había herido a unos seres indefensos sin ninguna justificación o razón.

“¿Te gustaría, Ramón, que mañana unos seres monstruosos llegasen hasta tu barrio y entre horrorosas sonrisas y gigantescos chillidos y por medio de un terremoto inesperado, ¿destrozasen tu casa en donde desesperadamente se lanzan alocados tus padres en busca de un desconcertante destino?”

“Tú, Ramón, que tantas veces has criticado a los cazadores que se llaman deportistas, por no comprender el objetivo ni el placer de matar seres indefensos, tú, te has portado de una forma similar, te has reído de la debilidad del pequeño y te aprovechaste de tu superioridad, lo mismo da matar hormigas que pájaros, abatir un gorrión que asesinar un ciervo. ¿Y todo para qué?, ¿para demostrar la puntería que uno tiene, probar el buen funcionamiento de las armas destructoras,

sentirse superior ante los demás? Si quieres probar todo eso hay otros medios menos sangrientos e innobles: ejercita tu habilidad tirando a un bote, una moneda, un botón pequeño y, luego, cuando necesites mayor destreza, lanza el bote, la moneda o el botón con fuerza a través del aire y dispara; ponte delante de un jabalí para combatirle con sus mismas armas, es decir, a pecho descubierto; corre detrás de un ciervo, de una gacela o un “bambi” y trata de alcanzarlo en vez de matarlo “deportivamente” y en nombre de una “hazaña inigualable”. Tú, Ramón, ¿quieres también olvidarte del 6º artículo de la Ley?”

Me había entristecido aquel pensamiento, y sobre todo, la cercana posibilidad de alimentar un instinto destructor. Yo, que había sentido un placer inmenso cuando de niño me hice amigo de aquel perro callejero al que vendé la pata fracturada; que había fabricado nidos para los gorriones y ponía migas de pan en mi ventana; y ahora, estaba dispuesto a “degollar” perros, matar animales tontamente, destruir algo tan maravilloso que se llama VIDA, aún la de seres tan insignificantes como las hormigas.

Me levanté de aquel siniestro lugar y fui en busca de un lejano camino en donde desembocar mi ahogada marcha y lento pasear.

Y llegué hasta el abismo en donde se curva la ladera del monte, junto al pino torcido que se asoma intrépidamente para ver correr el agua al fondo del barranco. Allí volvía a ver la grandiosidad de la Naturaleza y la pequeñez del

ser humano. Allí me recosté sobre la seca corteza del pino y continué mi “trabajo” de meditación.

“... y cumplir fielmente la Ley Scout, El último punto de tu Promesa, Ramón, la síntesis en diez escuetos artículos de tu forma de ser, obrar y ver las cosas. ¿Conoces la Ley Scout?: te acordarás de la Corte de Honor antes de que te dijeren que ibas a hacer la Promesa, cuando temblorosamente entraste en la habitación y de sopetón te preguntaron: “el 7º artículo” y tú, maquinalmente, contestaste: “el scout es obediente, disciplinado y no hace nada a medias”. Bien, mantienes fresca la memoria, y entonces recordarás lo que tu Jefe de Patrulla te replicó: “La Ley Scout no hay que saberla de carrerilla, hace falta cumplirla; no se trata de conocer 10 artículos, sino de vivir conforme a ellos”.

Muy bien, Ramón, has superado nuevamente la prueba de retención — ¿acaso te han hecho ya efecto tantos juegos de Kim? — pero ahora ya no eres un niño al que le gustan el sombrero de cuatro hoyos y llevar el bordón siendo el primero de la Patrulla; casi te has convertido en un hombre y como tal ya debes pensar. Y un auténtico hombre, ese que se mide por el corazón y la razón más que por la fuerza, un hombre de hoy — a la altura de la vida y la civilización actual — también se rige por un código de honor como los antiguos caballeros medievales. Ellos luchaban contra “dragones” en defensa de los débiles, nosotros, también combatimos contra todo lo que simboliza el mal y servimos al prójimo. Ellos daban ejemplo por su caballeridad, nosotros, siendo buenos

ciudadanos. Y como eslabón entre aquellos y los nuevos caballeros de hoy, un código de conducta ante el que se responde, no con una espada que acaricia tus hombros, sino con una flor de lis llevada en el pecho.

Esa ley de vida, condensada en 10 apartados o artículos característicos, no imponen obligaciones ni te prohíbe acciones. Tan sólo te dice cómo es un scout, cómo vive un scout y qué es lo que debes observar para ser scout. Si te das cuenta, es una Ley que puedes y debes mantener aun cuando algún día dejes de pertenecer al Movimiento como scout activo, porque su contenido no es exclusivo nuestro, sino de todos los hombres buenos del mundo. Fíjate bien:

El scout cifra su honor en ser digno de confianza.

El scout es leal.

El scout es útil, servicial y ayuda al prójimo.

El scout es amigo de todos y hermano de cualquier scout.

El scout es cortés y caballeroso.

El scout ve en la Naturaleza la obra de Dios y protege a los animales y plantas.

El scout es obediente y disciplinado y no hace nada a medias.

El scout está siempre alegre, sonríe y canta ante las dificultades y peligros.

El scout es austero, trabajador y no hace nada a medias.

El scout es puro y sano en pensamientos, palabras y obras.

Luego si quieres ser scout, un buen scout, tratarás de ser fiel a estos diez artículos, que vuelvo a insistirte, no te obligan ni prohíben, sino que te orientan a observar una conducta que libremente aceptas como tuya.

Ramón, tampoco se trata de que cuando vayas a hacer algo mires a ver si va en contra o a favor de la Ley, no, tan solo pregúntate. a ti mismo si es bueno o malo, si además de convenirte ayuda a los demás, si limitas la libertad de otros y, entonces. hazla, verás como has cumplido con la Ley Scout.

¡Qué maravilloso! Si todos los hombres confiáramos unos en otros, sabiendo que con honradez y honro nos desenvolvemos en la vida, sabedores de que no falseamos, que actuamos respetándonos unos a los otros y que sólo nuestra conciencia aquí, y Dios allá, son los jueces de nuestros actos.

¡Qué bonito! es guardar lealtad ciega por la confianza en los demás; ser leales con nuestros padres, con nuestros superiores y con nuestros subordinados y, sobre todo, con nosotros mismos.

¡Qué sensación! de sentirse útiles y poder ayudarnos mutuamente en cualquier circunstancia y ante las dificultades que surgen. Ser útiles es estar “alerta” y preparados en la vida, y siendo útiles, es fácil encontrar la felicidad.

¡Qué hermosa! es la amistad y el saberse ligado a otros por un mismo ideal, encontrarse siempre entre compañeros,

entre hermanos, tener siempre puntos de apoyo y ofrecer el nuestro a los demás, que sepan y sepamos encontrar al amigo.

¡Qué extraordinaria! es la vida, si pasamos por ella cortésmente, caballerosamente, respetuosamente, cediendo ante el débil, ayudándolo y protegiéndole, con sencillez y humildad.

¡Qué belleza poder contemplar siempre la Naturaleza tal cual es, como Dios la ha puesto a nuestro alcance! Mantener siempre intacta la vida, esa vida a la que también tienen derecho los animales, las plantas...

¡Qué grandeza! es avanzar con rectitud, obedientes, con la savia dada por nuestros padres y la esperanza de que nuestros hijos la sigan también. Y saber orientar a los demás porque aprendimos antes a obedecer y a caminar.

¡Qué felicidad! se encuentra en mantener la alegría en la vida, enfrentándonos valientemente ante las dificultades, con gallardía en el peligro, animosamente en los problemas. Alegría por vivir, sonrisa continua de vida.

¡Qué tranquilidad! por tener un puesto en la sociedad y sentirnos capaces de trabajar, avanzando siempre sin detenernos en busca de los objetivos. Poder vivir felices de nuestro trabajo, de nuestra utilidad, sin ser carga o lastre de nuestra familia y amigos, siendo nosotros mismos y realizándonos plenamente, totalmente.

¡Qué limpieza! de espíritu es mantenernos siempre sanos, física y moralmente sanos, convencidos de nuestra pureza

en las acciones, la claridad de nuestras obras y la pulcritud en los pensamientos.

¿Te das cuenta, Ramón, de lo maravillosa que es la vida? ¿De qué es necesario saber vivir, prepararse y compartir la vida? Eso es la Ley Scout, una forma sincera, alegre y juvenil de vivir. Limpiamente, sin intereses canosos, capaces de morir felices porque encontramos la felicidad en vida. Y no sólo ahora, cuando cuerpo y alma son jóvenes, sino: mañana, manteniéndonos siempre jóvenes”.

Me levanté de allí rebosante de felicidad, pletórico de fuerzas y con una entera sensación de libertad. “Soy libre para vivir” gritaba, y aquella pareja de tordos se vino a posar cerca de mí, juntos, con la sonrisa en sus picos. Y yo me arrodillé, extendí los brazos al cielo y pedí:

“Por favor, Dios mío, ayuda mucho a Maricarmen”.

Había llegado nuevamente pueblo cuando las primeras luces se encendían y ya la noche había desposeído de su reinado al día. Y estaba nuevamente allí, donde terminaba frágil el pequeño sendero, trocha o vereda, en la misma curva donde daba vuelta la carretera y se aparecían alegres los primeros haces de luz.

Tomé la parte izquierda de la carretera y avance ligero, sin lastre a mis espaldas, pues durante aquellas 24 horas había hecho más que en 16 años; llevaba un gran equipaje dentro de mi sobre azul y que había desglosado en una sencilla PROMESA.

Serían aproximadamente las nueve de la noche cuando me llegué hasta aquel bar en donde había quedado con el señor Indalecio, el de la tahona, para irnos juntos a la panadería y empezar a trabajar con él, a medianoche, como era habitual. Y allí estaba Eugenio, el de la cachava, que se sonrió paternalmente y quien rompió las distancias.

— Buenas noches peregrino, ¿muchos lobos polmonte?

— No —le contesté—, algún que otro elefante perdido pero inofensivo. Je, je...

— ¡Pues donde está lotro?, ¿pues ya sa rajao? —volvió a preguntarme—.

— Mi compañero llegará mañana, temprano, hoy dormiré cerca del pueblo y al amanecer estará en la herrería. Bueno, eso es lo que me dijo. Yo me he adelantado por el panadero, bueno, el de la tahona, pues me dijo que empezaba a trabajar por la noche.

— Sí, claro, Lindalecio es común murciélagos, trabaja pola noche y duerme poldía. Allastá —continuó— con su partidalsubastao.

— Gracias, señor Eugenio, mañana le iré a ver antes de irme. Buenas noches.

— Buas noches mozo.

Y, efectivamente, en la mesa del rincón, cerca ya de la barra, donde se apiñaban unos cuantos curiosos, estaba mi “patrón” junto a otros tres compañeros de juego.

— ¡Hombre!, exclamó, mientras golpeaba con dureza la última carta de la jugada ya concluida— aquí está mi ayudante. ¡Una silla paste mozo!

Y sin quererlo, sin buscarlo, al instante, me encontraba sentado junto a ellos sintiendo el alcoholizado aliento de un hombre detrás mía, apoyado en el respaldo de la silla y que continuamente me empujaba hasta casi darme de narices sobre el usado y ya viejo tapete verde.

Y allí estuve, medio dormido, medio despierto, aguantando estoicamente el final de la partida, mientras observaba el “apecho” con que los cuatro se entregaban, entre faroles iniciales sobre la puntuación que eran capaces de obtener y la rabiosa alegría con que “mataban” algún as o tres del contrario.

Ya me encontraba allí donde había soñado durante tanto tiempo, respirando un aire especial entre bollo y tortel, caminando por un pasillo de piedra y cemento mal alisado en el que se podía ver numerosas montañitas blancas de harina perdida.

A la entrada había un rústico mostrador de madera ya vieja, muy usada, pero limpia y lisa, en donde me supuse que se vendería el pan; detrás, dos estanterías en forma de baldas curvadas que ahora tan sólo sujetaban el peso aislado de tres panecillos redondeados de un beis rojizo. El pasillo desembocaba en una espaciosa habitación; había una gran pila de sacos, bolsas vacías, un lavabo y dos sillas. Nada más.

Y contigua a ella otra menor, con el famoso horno, una gran pileta de hierro que sustentaba dos aspas giratorias y una extraña maquinilla con una cinta transportadora de goma.

Había un hombre que entraba y salía cargado de troncos y palos por la otra puerta que daba al patio y en donde se encontraba una enorme montaña de madera bien formada, a pesar de las rugosidades y “torcidos” de las encinas.

— José —dijo el señor Indalecio—, éste es el nuevo oficial. ¿Qué le damos pacaga?

— Pues, que vaya echando lancina al horno —secamente contestó—.

Y, rápidamente, con un ademán de asentimiento, para demostrar que estaba dispuesto a todo, comencé a cargar troncos. El horno ya estaba encendido y a través de una compuerta se dejó ver sus satánicas entrañas. Cada vez que se abría era necesario taparse la cara, salía una gran bocanada de fuego y había que introducir con mucha rapidez el nuevo alimento.

Después cargué baldes de agua desde el lavabo a la pileta de hierro, en donde el señor Indalecio echaba sin cesar más y más harina, mientras José continuaba atizando el horno. Me encantaba la idea de poder meter manos y brazos para amasar aquella pasta de un amarillo crudo, pero las aspas empezaron a girar y no era precisa una labor manual.

También se echó la levadura, unas pastillas a modo de jabón, que desprendían un fuerte olor avinagrado y la sal,

desgranados terrones para sazonar toda aquella mezcla. Hasta entonces esa labor me gustaba, formaba parte de una cadena de trabajo en busca de un objetivo comunitario, pero la siguiente operación fue la más fascinadora para mí.

El señor Indalecio me encargó ir cogiendo —entonces ya podía meter las manos en la masa— trozos y pesarlos en una pequeña balanza; a un lado estaban dos pesas de hierro, en el otro, iba colocando las “bolas” de masa y que sacaba de la pileta. A unas las pegaba luego otro poco y cuando la balanza no se estabilizaba por el excesivo peso de la mezcla, la arrancaba pegajosamente una parte hasta que la flechilla central se quedaba en cero. Era cuestión de que cada “mogote” tuviese un peso exacto, y el señor Indalecio los cogía, aplastaba, alisaba y daba forma redondeada antes de colocarlos ordenadamente sobre unas planchas de madera. Y José también cogía de aquella masa, la echaba en la otra maqui- nilla que por acción de unos rodillos iba escupiendo alargadas y raquílicas longanizas que cuidadosamente recogía para ordenarlas —como si de un ejército de soldaditos de plomo se tratase— en filas o hileras paralelas sobre otras planchas; y cuando llenaba una, la cubría con una lona semihúmeda, espolvoreaba un poco de harina y comenzaba un nuevo piso.

Así se fue pasando la noche. Ya eran más de las tres de la madrugada y un calor asfixiante acompañaba nuestro trabajo. Cambié las pesas y ahora colocaba “futuros” panes más grandotes. Uno más, cientos de ellos se iban

amontonando en una torre y de vez en cuando el señor Indalecio decía: “ya quea poco”.

Y aquel momento llegó. Yo ya estaba rendido, me pesaban los ojos y a pesar de que mi única ropa eran los pantalones cortos, tenía un calor enorme y sudaba continuamente. José cogió un larguísimo palo que terminaba en una superficie cuadrada de madera. El señor Indalecio iba colocando uno, dos, hasta seis panes sobre la tabla, abrió una puertecilla del horno en forma semicircular y extendiéndome una cuchilla me dijo:

— Toma, Ramón, márcalos.

— ¿Y cómo se hace eso? — pregunté—.

— No tienes más que dar dos cortes en forma de cruz paque después, con la calor, sabra el pan y se cueza pa-dentro.

Y yo, emocionado, pensando en la gran responsabilidad que se me confería, fui trazando cruces sobre aquellos panes y después hice rombos y estrellas de David y pequeños agujerillos y...

José entonces introducía la paleta en el horno y con un movimiento seco, brusco, calculado, los panes se depositaban dulcemente sobre la base giratoria que se movía para hacer coincidir sus huecos o espacios libres de panes con la puertecilla por donde los introducía. Y cuando toda la base se llenó de panes, la giró varias veces por completo para ratificar que no quedaban huecos, cerró la trampilla. Los panes se estaban cociendo.

Era bonito observar con qué habilidad iban colocando los panes sobre la paleta. José la ponía a su altura y el señor Indalecio, con un ademán rápido que sonaba a ¡BLOP!, movía la lona en donde se habían colocado y los panes daban un pequeño salto sin que se descompusiesen o golpeasen. “Todo un arte”, pensé, pues cuando lo intenté, cinco panes rodaron por el suelo y tuvieron nuevamente el destino en la pileta amasadora.

Así fueron pasando las horas en mi nuevo trabajo. Veía sudar a aquellos dos hombres, afanarse sin descanso en una lucha continua contra la pereza, sin detenerse, encontrando siempre una cosa que hacer.

De vez en cuando se miraba el horno, los primeros panes ya estaban cocidos y era menester sacarlos. Lentamente se daba vuelta a la base giratoria del horno para ver el característico color dorado sobre los panes ya listos, e introducían nuevamente la paleta, hasta el fondo, el pan o panes se posaba o posaban sobre ella y entonces eran extraídos hacia afuera. Se dejaban caer sobre sacos vacíos de harina, en cajas de madera, en el suelo...

Todos aquellos panes calientes, ardientes, echando fuego, debían reposar antes de llevarlos a la venta y según se iban sacando continuaba la metida al horno de algunos más; después las barras, pistolas, barritas y panecillos, la cola interminable para hacerse y después hacer apagar el hambre de sus consumidores.

Yo también hice un trabajo especial aquella noche y con vista a llevar un regalo para el equipo; había amasado concienzudamente un kilo de aquella amalgama cruda, la di forma redondeada como de pan normal y con la cuchilla, después de haberme ejercitado en su hábil manejo, fui dibujando una frágil flor de lis y la rodeé con ocho pequeñas estrellas. Quería que al cocer aquel pan, tan cuidadosamente preparado, la flor de lis se abriese despacio hasta conseguir un relieve apropiado que matizara ciertamente el pan y las ocho estrellas no eran más que el recuerdo y presencia de mis compañeros de equipo. Yo mismo lo metí en el horno y yo mismo lo saqué cuando ya me dijeron que estaría hecho: Y, efectivamente, al mismo tiempo que los primeros y madrugadores compradores hacían repicar la campanilla de la entrada en busca de “su” pan, el mío, el de mis compañeros, también cruzaba la ventanilla del horno dando muestra de un artesano trabajo cariñosamente concebido.

Serían aproximadamente las seis de la mañana cuando me dejé caer sobre un montón de sacos vacíos, estaba muy cansado, tenía sueño y el señor Indalecio me invitó a que durmiese. Los panes estaban saliendo del horno y José los vendía en el pequeño despacho de la entrada. Les dije que me avisaran, que me despertasen cuando fuesen a salir con el carrillo a llevar el pan por las calles y casas del pueblo, quería acompañarles para concluir totalmente mi trabajo y servirles de ayuda. Y, así, pensando en todo lo que había hecho esa noche, lo que me habían enseñado, lo que aprendí,

pensando en el sudoroso trabajo que hacían, en su necesaria dedicación a los demás, en su puesto en aquella colectividad humana alrededor de una antigua parroquia, el calor con que concebían cada pan y el interés que mostraban en ellos, pensando en lo importante que es el trabajo de los hombres me quedé dormido plácidamente mientras respiraba un agradable olorillo de bollo y tortel.

OCTAVO RECUERDO

Fue nuestra última salida, aunque Eduardo se empeñase en decir que era la penúltima, ya que habría oportunidad en la vida para que nos volviésemos a encontrar y entonásemos nuestro legendario “jailio-yubi-yubiji”. Pero, para qué engañarse, la despedida estaba próxima y aquella excursión sería el colofón natural que sellase nuestro compromiso y mantuviera la esperanza en un volvernos a juntar. El camino terminaba y un nuevo sendero se abría en nuestras vidas.

El local que teníamos en la torre parroquial, un poco apartado de la otra parroquia que acogía el resto del Grupo era nuestra guarida y base permanente. Si allí nos reuníamos para estudiar, charlar o escuchar música, también es verdad que era el lugar idóneo para comenzar nuestra preparación. Ahora éramos NOVELES y formábamos parte del futuro equipo de jefes. Las necesidades Grupo exigían para el próximo curso el tener capacitados nuevos Ayudantes de

Unidad, que con el tiempo se convirtiesen en Jefes. Pero, claro está, no todos continuarían en el Grupo ni todos alcanzarían el grado propuesto. La idea estaba en capacitarse para poder dar lo que habíamos recibido, es decir, enseñar el escultismo que a nosotros nos habían enseñado, vivir como scouts dirigiendo a otros scouts. Si en principio cualquier joven puede sentirse dichoso con tales perspectivas, nosotros fuimos menos entusiastas, y más aún, nos sentíamos defraudados.

Los jefes decían que ya no podían ofrecernos más, que nuestras etapas en el escultismo habían concluido, que continuar sería “quemarnos” y que era preciso cambiar el rumbo de nuestro “ser scout”. Teníamos que empezar a dar, transformarnos para saber ofrecer todo lo que llevábamos dentro.

Pero nosotros estábamos tristes: queríamos seguir con las fantásticas excursiones, las aventuras misteriosas, la alegría del fuego, el respirar en la esplanada, competir en las construcciones, jugar hasta el anochecer, deslizarnos por las pendientes nevadas, explorar cuevas profundas, cantar a otros muchachos, sudar en los campamentos, montar vivacs en las cumbres, beber de los torrentes, hacinarnos en un furgón de mercancías, acompañar a los pastores, dirigir el tráfico, plantar árboles, construir puentes, soñar bajo las estrellas, asar truchas, subir hasta las cimas, remar en los ríos, guardar el campamento, deslizarnos por las tirolinas, actuar en el festival; postular por las calles, mojarnos en las

tormentas, rezar en silencio, ver el amanecer antes que nadie, rodar por las praderas, zambullirnos en la laguna, izar las banderas, aprender el as de guías, desfilan en un San Jorge, clavetear chinchetas en el bordón, construir cabañas, recoger frutos, montar en burro, subir la leche al campamento, asar patatas en las brasas, enseñar la ciudad a los turistas, ir a las fábricas, hacer un torniquete, luchar contra los tábanos, cantar en la parroquia, vender “crismas”, destensar vientos, hacer regueros, actuar en el fuego de campamento, viajar en la caja del camión, dormir en un pajar, hacer nidos en los árboles, solicitar trabajo en los pueblos, dar de comer al ganado, las guerras de piñas, lavar cacharros en la fuente, atar Lobatos al mástil, hacer una Promesa, montar el Belén de Navidad, remendar las tiendas, pintar el techo del local, tocar la guitarra al fondo de los autocares, asaltar campamentos de Guías, aguantar las broncas estoicamente, lavar las camisetas de trabajo, pasar miedo en la soledad, reconocer estrellas en el firmamento, hacer maquetas, construir balsas, animar a los chavales del sanatorio, trepar por los riscos, sacarle callos a las manos, comer mal, dormir peor, reventar ampollas, segar los campos, hacer señales de humo, destrozar el motor de la moto, caminar perdidos por el bosque, tocar las campanas de la iglesia, descubrir al Zorro, sentir el aire en las mejillas, oler a tierra mojada, apagar el fuego, convencer a las chicas para que vengan a la fiesta, pintar murales, rastrear pistas, encontrar a Beltengheusen, afilar el machete, cambiar de camisa los faroles, hacer bavaresas, meter buriles, ver de cerca

caer el rayo, hacer el macuto, levantar el mástil, jugar a Kim, al bull-dog, al bordón, cortar con hacha, hacer supervivencia, dar clases, hacer encuestas, cantar en el crepúsculo, escuchar el tam-tam, transportar heridos, donar sangre, ver saltar a las liebres, escuchar en la vía del tren, vigilar desde la torre, apadrinar a un pietierno, y siempre, siempre, sentirnos muy cerca de Dios.

Nuestra tristeza aglutinaba todo estos y muchos recuerdos más. Pero por encima de todo éramos scouts que queríamos seguir haciendo escultismo y nuestra lealtad para con el Movimiento exigía nuestra entrega. De tal forma que aquel otoño empezamos a ser NOVELES.

* * *

El local en la torre de la parroquia nos lo había proporcionado el Jefe de Grupo para una mayor independencia con relación al resto de las Unidades y de tal forma que Jesús, nuestro consiliario, trabajase más estrechamente con nosotros ya que pertenecía a la comunidad religiosa que allí se asentaba.

En realidad no era muy grande, sencillamente acogedor, en donde teníamos ordenados todos los “trastos” y que cuidábamos con esmero, ya que suponía nuestro segundo hogar y algo muy importante: era nuestro local,

nuestro mundo cerrado al tumulto de las calles y al ruidoso tráfico.

Había un pequeño trastero en donde normalmente se dejarían los trastos, pero lo que convencionalmente configura tal término, era para nosotros utilidad y un posible servicio, así que dejamos los trastos para el local y encerramos en el trastero todas las ediciones de los cinco libros escritos por el padre Monsegú que anteriormente ocupaban el espacio de nuestra base. Sólo se salvó un ejemplar de cada número, para la biblioteca y como deferencia a la comunidad religiosa por si pasaban por allí y veían que no teníamos a mano las sabias palabras y castísimos consejos del padre en cuestión. Pero a nosotros nos sonaba a chirigota el estar en pecado mortal por observar el tobillo de una chavala (no digamos un muslete) o ir al infierno por asistir de vez en cuando al cine, aunque no utilizásemos la fila de los mancos. Hasta el propio Jesús —consiliario— se reía de los consejos allí escritos y aclaraba que mucho más pernicioso era asimilar semejantes payasadas que verdaderamente equivocaban a la juventud. Así que entrastamos toda la literatura represiva y pusimos en la biblioteca el “Mono Desnudo”; encerramos al cura en el cuartucho y pusimos en la pared un dibujo de “Jesús es el camino”; olvidamos los cantos gregorianos y llevamos un antiguo tocadiscos para escuchar música; y pintamos una gran flor de lis en la pared, que con su color azul, daba a toda la estancia una luminosidad alegre y pura que se

oponía a la lúgubre oscuridad en donde descansaba la grisácea visión del padre Monsegú.

Además del armatoste de la gramola, teníamos un armario en donde se guardaban las herramientas y todo el material de campismo; las estanterías que hacían de biblioteca; un gran cuadro en donde se reproducían “cincuenta y cinco nudos diferentes; dos mesas de madera con ocho sillas; y una pequeña alfombra en donde descansaban dos banquetas artesanas y un armarito —pequeño bar no alcohólico— en el que se encontraba una lámpara. El muro que quedaba vacío fue llenándose rápidamente de pañoletas, insignias y distintivos scouts. La base de los Noveles era un auténtico local scout, en donde se conjugaban el estilo y las inquietudes juveniles.

Formábamos dos equipos. De una parte: Pedro, “el Yesus”, Susana, Alfonso, Carlos y Margarita; por otro lado: “patoti”, Jesús, Maricarmen, Fernando y yo. Ambos grupos tenían en principio trabajo distinto, aunque el resultado final fuese la exposición comunitaria.

Durante el primer trimestre unos leerían, resumirían y asimilarían los libros: Guía para el Jefe de Tropa, Educación y Escultismo y Roverismo hacia el éxito; mientras que los otros centrarían su trabajo sobre Escultismo para muchachos, Escultismo ruta de libertad y el Manual de Lobatos.

Se trataba de conseguir una profundización básica sobre los moldes tradicionales del conocimiento scout,

haciendo una distinción lógica en el tratamiento de las tres ramas existentes. El trabajo en equipo permitía elaborar conclusiones y discutir conceptos fundamentales desde distintos puntos de vista o asimilación. De cada uno de los textos enumerados se sacaron unos apuntes resumiendo su contenido y que hacían hincapié en las partes esenciales y transportando las enseñanzas al campo concreto de nuestra situación real, los muchachos de hoy y las condiciones sociales del país. Fue un trabajo muy interesante y un experimento cualificado, pues tratamos de acomodar el escultismo a unas exigencias distintas a las existentes en el momento de su creación.

Durante ese tiempo continuamos con nuestra vida de campo pero como complemento a una preparación técnica; cada salida la dedicábamos al adiestramiento en determinadas artes campistas o en el conocimiento exhaustivo de la Naturaleza. Ya no se trataba de hacer una excursión para alcanzar la cima o contemplar los valles, ahora se programaban para buscar sitios nuevos de acampada y comprender la distinción entre el pino y el abeto, cocinar con brasas o emplear un lumogas para señales. Teníamos que experimentar todas las técnicas para familiarizarnos enteramente con ellas y conocer sus secretos, aclarar todas las dudas y justificar su empleo antes de que los niños empezasen a preguntar por qué de las cosas.

Si hasta entonces éramos nosotros los que preguntábamos, ya que las inquietudes latentes en el interior humano

son más intensas en la edad juvenil, también es verdad que siempre teníamos a nuestro alcance los sabios, acertados consejos, y explicaciones de nuestros Jefes. El Jefe era, además del hermano mayor y el ejemplo constante del scout, el hombre que todas nuestras dudas e incongruencias transformaba en pequeños eslabones formativos de una cadena continua para nuestro provecho. Era guía y guardián, Jefe y amigo, exigencia y esfuerzo. ¿Cómo podríamos nosotros tratar de emular medianamente tan solo, toda aquella experiencia y formación que al Jefe se le exige? ¿Íbamos a ser capaces de animar y dirigir a otros muchachos más jóvenes sin jugar con ellos y haciendo un escultismo productivo para todos?

Ahora me explico todo el nerviosismo interior que nos abatía cuando empezó a trabajar el equipo. Éramos conscientes de la importancia capital que suponía nuestro aprendizaje para el futuro. No queríamos caer en la desgracia de muchos pseudo-educadores o jefes scouts incapacitados, que creyendo saberlo todo se lanzan a la loca aventura de un antiescultismo, desvirtuando el Movimiento y haciendo del ser scout una careta externa de su inmadurez.

A nosotros nos habían ofrecido y dado mucho, ¿deberíamos romper con ello y no ser capaces de dar más? Una cosa era importante: nuestra vivencia como scouts. Partíamos con la base de un camino ya trazado, ya en parte recorrido y ya maduro por el tiempo. Sólo nos faltaba una cosa: saber transportarlo. Y ese saber o ser-más, sólo se encontraría



EL CABALLERO AZTECAS DE HACIENDA
ASOCIACION SCOUTS MEXICANA
LA CASA DE BADEN POWELL DE LONDRES INGLATERRA
SECRETARIA DE HACIENDA Y C.P.
1968 MEXICO 1968

con el trabajo y la preparación, premisas básicas para empezar con vistas a un futuro que considerábamos ya no muy lejano.

Y después de conjugar la teoría encontrada en los libros con la práctica de sus aplicaciones, pasamos al lugar concreto de nuestras experiencias. Intensificamos el trabajo para atender tres cosas: los libros, la técnica y los contactos.

A principios del año siguiente formábamos parte del Grupo como Ayudantes Adjuntos de Unidad, participando en la gestión directora de cada una de las Ramas. Nos íbamos rotando para conocer plenamente el mundo práctico de cada Unidad y si el primer mes fue dedicado a ayudar en la Manada, el segundo fue para la Tropa y por último los Mayores. De esta forma conocimos directamente la problemática de cada etapa y podíamos hacernos una composición de lugar con objeto de saber elegir cuál sería la Rama en la que especializarse, más acorde con nuestro estilo, carácter o capacidad.

Yo elegí los scouts, quizá porque conocía poco el mundo de los Lobatos, quizá porque los Mayores me infundían mucho respeto. También influyó el recuerdo “sagrado” que hacia ellos mantenía, pues mi estancia en la Tropa había sido la que cambió el curso de mi vida y la que me ayudó a ser como soy. Me gustaba enormemente trabajar con esos muchachos, y seguro que daría mucho mejor rendimiento que en cualquier otra Unidad. Así que el tercer trimestre lo pasé como Ayudante Adjunto de Tropa y el equipo de

noveles empezó a disgregarse lentamente, extinguiéndose despacio, pues nuestras ocupaciones eran ya efectivas.

Manteníamos relaciones aisladas en el local, informales, en las que comentábamos nuestros distintos trabajos y puntos de vista. Y la selección había comenzado. Ya sólo continuábamos siete, pues “el Yésus”, Margarita, Maricarmen, Alfonso y Fernando abandonaron el trabajo antes de finalizar la Ronda.

Sí, quizá fuese excesiva la tarea propuesta en un principio, pero las exigencias y ansias de superación estaban muy por encima de otras ilusiones. ¿Cómo se le puede negar a unos jóvenes los distintos campos de desarrollo que se le ofrecen en una determinada etapa de su vida? ¿Debíamos encerrarnos en nuestra quimera escultista, ese mundo cada vez más elevado, y dar de lado a otras manifestaciones inherentes a muchachos de nuestra misma edad? ¿Dónde estaban las discotecas, los guateques, el ligoteo callejero, las inconformidades políticos-sociales, el probar un “porro”, o el buscar un consumismo desmesurado? Mucho antes de trabajar en el equipo y en respuesta a nuestras inquietudes, habíamos planteado en la comunidad el encasillamiento al que estábamos sometidos dentro de un orden establecido. Y la respuesta la encontramos en nuestro espíritu, en la fijeza voluntaria a unas premisas básicas que ordenadamente iban respondiendo a nuestras necesidades, sin tener que mezclarlas con las que vulgarmente se identifican con la juventud. El que está en el escultismo es porque quiere y lo desea, a

nadie se le obliga ni se le impone, todos somos libres de aceptarlo y vivirlo o despreciarlo marginalmente. Y los Noveles no queríamos ser parias de los ambientes musicales de moda, ni desaprovechar nuestras ilusiones y energías en vanas tardes improductivas, ni buscar caminos oscuros o degradables para la mente y el cuerpo, ni tan siquiera ser borregos de un redil desbocado en pos de absurdas pretensiones. Nuestras ansias de libertad, de expresión, de ser-más por saber-más, de plasmar en realidades nuestras ilusiones, estaban bordadas en la flor de lis que orgullosamente llevábamos cerca del corazón.

* * *

Y en nuestra última salida caminábamos cantando alegremente muchas de las canciones clásicas, interrumpiéndolas singularmente con un ¿os acordáis cuando? , ¿te acuerdas de? , ¿fue en? Todos coincidíamos en las estupendas experiencias de los momentos vividos conjuntamente y en la seguridad de estar ilusionados con nuestro nuevo trabajo.

Llegamos hasta el cruce de caminos en Plazuela de la Cebada, después de pasar por Puente Negro, en la zona de El Espinar, y Eduardo propuso adentrarnos hasta el pequeño refugio de la fuente. Nos pareció bien, pues tres horas de marcha, tan rápidamente pasadas, aún no se dejaban notar en nuestras piernas. Mas aún, Pedro propuso llegar hasta el embalse, pero fue rechazada la sugerencia porque aquella salida era de “relax” y queríamos charlar cómodamente en

un refugio. Y si no llega a ser porque escuchamos el canto suave del agua en la fuente, hubiésemos continuado sin saberlo, pues dejamos atrás el refugio en unos quinientos metros. Pero estaba allí, escondido entre la espesura del pinar y un poco alejado del camino.

Si nos gustaba aquel sitio era porque poca gente lo conocía y se quedaban atrás en los cuatro refugios más visibles. Aquel era pequeño, acogedor y casi nuestro.

Nada más verlo recordamos el trabajo realizado para ponerle la puerta y las ventanas. Estaba destrozado cuando llegamos allí por primera vez y no nos faltó ilusión para programar otra excursión en donde llevásemos material y arregláramos todos los desperfectos. Y cuando vimos nuevamente plasmado el esfuerzo en su acondicionamiento, nos dimos cuenta más aún de la cantidad de cosas hermosas que juntos habíamos hecho. Era emotivo recordar a Carlos lleno de hollín limpiando la chimenea: al “Jesus” cortando troncos para hacer los marcos; a Pedro subido en el tejado colocando placas de pizarra; y al Patoti disfrazado de “lagarterana” barriendo el suelo y encalando las paredes; y a Eduardo que amasaba cemento con tierra mientras Jesús transportaba interminables baldes de agua desde la fuente.

Era un trabajo en equipo, una ilusión comunitaria, un esfuerzo colectivo.

¡Qué gran noche pasamos recordando todas nuestras andanzas! Y, al final, cuando dejamos de remover las brasas para que también ellas descansaran en su lánguido color

bermejo, pusimos fin a la velada con una entrega de recuerdos.

Cada uno llevaba algo bonito para los demás, con objeto de sellar eternamente el trozo de vida que juntas habíamos pasado. Y todavía tengo el óleo pintado por Jesús en el que aparecemos los seis alrededor de una pequeña tienda de campaña y al fondo Peñablanca; la ampliación fotográfica que hizo Carlos de la conquista del Almanzor; los versos que en un momento de inspiración compuso Patoti para el equipo; la navaja que a cada uno nos regaló Pedro; y el librito scout con frases importantes que había confeccionado Eduardo y en donde estaba anotada, como recordatorio perpetuo, nuestra investidura de Rovers:

“Recibe este distintivo amarillo, del color del sol, que te recordará que debes conservar el entusiasmo y la alegría de los Lobatos, cultivar el hombre-niño y dar a los hombres, come el sol a la tierra. todo tu amor transformado en luz. Este distintivo verde, del calor de los campos españoles, te hará sentir la esperanza de que, si ya no eres un scout por tu edad, supiste cumplir durante el tiempo que lo fuiste y mucho más podrás ahora dar de ti lo que se espera. Este distintivo rojo te recordará cada minuto que debes vivir el escultismo en sus tres etapas, pues el Rover ha de ser para siempre un SCOUT completo. Te recordará también que debes ser un ejemplo para tus hermanos menores. Recibe le cantimplora del peregrino y no des de beber a tu alma, sino en las fuentes puras del amar y la verdad. Recibe esta hacha, símbolo de la energía, que te abrirá camino

en medio de las dificultades. Cúbrete con este sombrero, cuya insignia demostrará a todos que eres un Rover de España. Y estas hombreras verdes con la insignia y las iniciales de Rover Scout darán a conocer a todos los que veas en tu camino que eres un hombre dispuesto a Servir en todo momento a cualquier semejante. Es, pues, una grave responsabilidad que pesa sobre tus hombros. Y, ahora, hermano Rover, puedes partir; la ruta está abierta”.

Mi recuerdo estaba en la tapa de los macutos; una pequeña placa de aluminio en la que se leía grabada la siguiente inscripción: EQUIPO DE NOVELES.

Y la mañana siguiente la pasamos planeando el futuro, hablando de cómo nos iban los exámenes de nuestras respectivas carreras o del ascenso que le habían prometido en su trabajo a Gumersindo (el patoti). Entonces Gumersindo se desmelenó y en un arrebato de orgullosa decisión nos cantó las pequeñas estrofas de una canción que daba origen a su conocido apodo: pastorcillo a tus ovejas —patotillo atuoveja (como él decía) —; pastor, pastorcito, pastorcito, pastor — pato, patotillete, patotillete, pato—. “Patoti”, el benjamín de la Tropa, el más cachondo.

Y junto a un remanso del río Moros, cuando ya la tarde se avecinaba con el nacimiento del crepúsculo, paramos nuestra marcha, dejamos los macutos y entrelazamos nuestras manos para cantar la despedida.

“No nos entristecemos

*al irnos a separar
la esperanza tenemos
de volvernos a encontrar”*

— ¡Atención!: ¿Scouts siempre?

— ¡Alerta!

Habían pasado seis años, siete meses y cuatro días, desde que hice aquella primera excursión por la sierra de Guadarrama. ¿Podría ser un buen Jefe Scout?

FINAL

Ramón se levantó cuando ya el sol acompañaba el despertar de la Naturaleza, dando calor a las plantas, transmitiendo energía a las piedras y descomponiendo su color en la transparente frescura del torrente. Un haz de luz iba a dar vida al campamento. Y él observaba con respeto y humildad todo el proceso generador a través de las cuartillas escritas, de los sentimientos expuestos, de la experiencia revivida.

Dejó a un lado la mesa, desplazó la pequeña silla y salió a la pradera para respirar profundamente y hacer llegar el aire a lo más profundo de sus pulmones, como si en cada bocanada se le fuera la vida y descansase eternamente después de hacerlo. Llegó hasta el río y se lavó la cara dejando que el frescor de la mañana la secase, poniendo sus mejillas al viento y perdiendo la mirada más allá del horizonte montañoso. Volvió a la explanada campamental en donde se levantaba triunfante el mástil y las cuerdas pendían

dulcemente de la cruceta sin que el peso de las banderas tensaran los finos cabos de cáñamo.

Miraba los dobleces de la roja y gualda y el cárdeno con la flor de lis. ¿Acaso pensaba en la ligazón de ambas para el florecimiento de la primera? ¿Quizá la oriflama scout se extendía más allá del pedazo de tela con los colores nacionales? Ramón ya sólo observaba, pues por su mente habían pasado tantos recuerdos relacionando ambos estandartes, que sabía a conciencia de la importancia de una fusión en la percepción de los matices. Allí estaban por algo y para significar mucho.

Dejó de mirarlas cuando ya empezaban a apretar su corazón, envolviéndolo suavemente y al mismo tiempo con fuerza, como siempre le pasaba cuando se sumía en el orgullo ascendente de su mística.

Continuó su camino hacia la parcela de los jefes.

Había tres tiendas de campaña, si bien la central — del consiliario— era de dimensiones más reducidas, en donde descansaban los jefes masculinos en una y femeninos en otra.

El porta macutos debidamente colocado y haciendo su función correctamente, destacaba sobre el verdoyo del campo con la mezcla de colores que las telas plásticas confeccionaban. Raro era encontrar una parcela de Jefes limpia y recogida, pero como exigencia desde el principio se habían planteado la necesidad de mantenerla ordenada como ejemplo para los acampados y que de buen seguro transportarían

a las suyas propias. Y Ramón se daba cuenta de todo ello, de la minuciosa fiscalización que los muchachos ejercen y de las enseñanzas que les reportan el ejemplo continuo de los Jefes. Como siempre había dicho: “debemos ser los mejores scouts del campamento”.

Fue abriendo una por una las tres cremalleras, dejando que el silencio del bosque se alterase con el resquebrajeo característico del metal.

— Venga; arriba, son las siete y media, ya es un poco tarde, a trabajar.

Alguno, de sopetón, se incorporó velozmente; y alguna, con lentitud, se desperezaba a través de la fuerza en sus brazos. Prontamente se juntaron todos mientras recogían los sacos de dormir o sacaban las bolsas de aseo del macuto, mezclándose las sonrisas mañaneras y enfados tempraneros, según como hubiesen pasado la noche. Al rato ya estaban todos corriendo hacia el río, en una gimnasia informal, buscando la claridad diaria para sus rostros. Y entre alguna broma, chapuzón y olor a colonia, se fueron preparando para dar comienzo a un nuevo día campamental.

El “gran jefe” los observaba regresar desde el mástil, siempre lo hacia allí, mirando sus uniformes de trabajo, las toallas peleándose, o el interminable pasar de un cepillo por los cabellos femeninos. Le gustaba ver a su equipo en armonía o en alegre discordia. Sabía cómo se desarrollaría el día con solo verlos regresar. Y siempre se hacía la misma

pregunta: ¿qué fuerza les empuja a realizar su trabajo?, ¿por qué dirigen a los muchachos que ahora están durmiendo?

Quizás Ramón se viese reflejado en alguno de aquellos Jefes o se buscara a sí mismo en el interior de una tienda de campaña. Todo lo que esa noche había meditado y escrito le fue pasando fugazmente por la cabeza. En un momento escuchó la voz inconfundible del “patoti”, vio el banderín de los Guepardos, recordó su Promesa Scout, danzó como un indio alrededor del fuego, amasó pan, llegó escalando a una cima y descendió cantando el Yubi-ji hasta el trastero del padre Monsegú. Se encontraba satisfecho con sus recuerdos.

Y entonces se le acercó el Jefe de la Tropa y le preguntó:

— ¿Has pensado en lo que vas a decir esta tarde antes de comenzar las ceremonias? Hay que conseguir que sean emotivas y signifiquen mucho para los chavales.

— Si; creo que he pensado algo — contestó con una leve sonrisa en los labios —.

Cartagena de Indias, verano del 78.